



90 años, 10 décadas:

Faenas y luces de Alfonso Pérez Romo

Jorge Terrones
Coordinador



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DE AGUASCALIENTES





90 años, 10 décadas:
Faenas y luces de Alfonso Pérez Romo



90 años, 10 décadas:

Faenas y luces de Alfonso Pérez Romo

Jorge Terrones
Coordinador



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DE AGUASCALIENTES

90 años, 10 décadas:

Faenas y luces de Alfonso Pérez Romo

Primera edición 2024
(versión electrónica)

Universidad Autónoma de Aguascalientes
Av. Universidad 940
Ciudad Universitaria, 20100
Aguascalientes, México
editorial.uaa.mx/
libros.uaa.mx/

Jorge Prieto Terrones
Coordinador

Alfonso Pérez Romo †
Xavier González Fisher
Otto Granados Roldán
Jesús Eduardo Martín Jáuregui
Javier Borrego Estrada
Librado Jiménez Pedroza
Carlos Landeros Gallegos
Cecilia Pérez Talamantes
Ingrid Pérez Tangassi
Juan Ángel José Pérez Talamantes

María Teresa Arellano Madrazo vda. de Rodríguez †
Ignacio Ruelas Olvera
Jacinta Ruiz Rabasa
Ximena Ruiz Rabasa
Andrés Reyes Rodríguez
Eudoro Fonseca Yerena
Agustín Ramón Morales Peña
Jesús Antonio de la Torre Rangel
María del Carmen Pérez Talamantes

ISBN: 978-607-8972-53-1

Hecho en México / *Made in Mexico*



*El truco está en volver bendición
la memoria.*

Dana Gioia



Índice

Prólogo	13
El niño y su placita: la cultura taurina del Doctor Pérez Romo <i>Jorge Terrones</i>	15
I Atrio	23
Aguascalientes y los toros <i>Alfonso Pérez Romo</i> †	25
II Ruedos	31
Alfonso Pérez Romo, un empresario con visión universal <i>Xavier González Fisher</i>	33
De la Plaza a las plazas: la gran diferencia <i>Otto Granados Roldán</i>	43
Intensamente <i>Jesús Eduardo Martín Jáuregui</i>	57

Diálogo con el pasado: entrevista de Juan Ángel José Pérez Talamantes a David Clemente Sánchez	69
III Evocaciones	81
En una tarde de abril <i>María Teresa Arellano Madrazo vda. de Rodríguez</i> †	83
Qué suerte la mía <i>Javier Borrego Estrada</i>	87
El palco del Doctor <i>Librado Jiménez</i>	93
Carta dirigida al Doctor Alfonso Pérez Romo <i>Carlos Landeros Gallegos</i>	103
Alfonso Pérez Romo: <i>Acalitano</i> <i>Ignacio Ruelas Olvera</i>	105
Fragmentos en oro y plata <i>Jacinta Ruiz Rabasa</i>	117
Encierro en la Sierra Fría <i>Ximena Ruiz Rabasa</i>	123
IV Galería	127

V Ritos	153
Don Alfonso, la amistad y la Fiesta <i>Andrés Reyes Rodríguez</i>	155
El aroma y el sentido profundo del toreo <i>Eudoro Fonseca Yérena</i>	173
Don Alfonso Pérez Romo; de cómo nace una pasión <i>Agustín Ramón Morales Peña</i>	187
Alfonso Pérez Romo: aficionado, pintor y filósofo del toreo <i>Jesús Antonio de la Torre Rangel</i>	193
VI Herencias	199
Con la Fiesta Brava en el corazón <i>María del Carmen Pérez Talamantes</i>	201
¿Por qué vuelven los toreros? <i>Cecilia Pérez Talamantes</i>	213
Una brisa triste por los olivos <i>Ingrid Pérez Tangassi</i>	229
La tauromaquia de Alfonso Pérez Romo <i>Juan Ángel José Pérez Talamantes</i>	237
Semblanzas	247



The image features a complex abstract geometric layout. On the left side, there are four vertical red rectangular blocks stacked on top of each other, separated by thin black horizontal lines. To the right of these red blocks, there are several horizontal bands: a grey band at the top, a red band, a black band, a white band, and another red band. The word "Prólogo" is centered in the black band in a white serif font.

Prólogo



El niño y su placita: la cultura taurina del Doctor Pérez Romo

Jorge Terrones

I

El azar ha hecho que algunos mexicanos no nacieran en México. Carlos Fuentes nació en Panamá; Chavela Vargas, en Costa Rica; Elena Poniatowska, en Francia. Y tanto Fuentes como Vargas y Poniatowska son mexicanos. Lo mismo podría decirse de este fenómeno cuando ocurre a nivel interno de nuestro país: el azar ha hecho que varios aguascalentenses no nacieran en Aguascalientes. Manuel M. Ponce nació en Fresnillo, Zaca-

tecas; Víctor Sandoval, en Colotlán, Jalisco; Enrique Guzmán, en Guadalajara, Jalisco. Y los tres son hidrocálidos.

Nacido el 13 de diciembre de 1924, en Hidalgo del Parral, Chihuahua, el Doctor Alfonso Pérez Romo, aguascalentense, fue un hombre poliédrico: pediatra, esteta, profesor, empresario, crítico, escritor, fundador de instituciones. Sin embargo, decir que una buena parte de su vida la dedicó, por ejemplo, a estudiar varias obras artísticas, desde las cuevas de Lascaux hasta Velázquez, sería hablar con la verdad, aunque con injusticia, pues al Doctor le sedujo menos lo concreto que lo abstracto: no el arte, sino la belleza; no el magisterio, sino la educación; no la medicina, sino la salud y la enfermedad. Había que buscar la hondura de las cosas. Comprender lo real (concreto), a través de lo invisible (abstracto), fue un asunto capital en su larga y fecunda vida.

Su manera de vivir la tauromaquia, conversación que nos convoca, también es prueba de lo anterior: veía misterio, arte, belleza, rito, sacralidad; no sólo a un torero enfrente de un toro. Para ilustrar a qué me refiero, leamos tres dictámenes que sobre algunos toreros escribió: de José Ortiz, dijo que era “un artista que toreaba caminando, como los ángeles; [...] con el mismo compás, precisión y gracia que un bailarín de ballet”; de Jesús Solórzano: “hacía un poema perfecto de cada verónica...”; de Alfonso Ramírez: “dominó cabalmente todo el repertorio con el capote y [...] lo prodigó [...] con una suprema calidad artística...”. Para el Doctor, el toro no era un animal, sino un símbolo; el torero, un artista; y las corridas, una ceremonia.

II

“Veía las corridas y casi no hablaba”, me ha dicho Juan Ángel José Pérez Talamantes, su hijo. Prefería el silencio. Atender una corrida de toros le era una actividad más próxima a un concierto de música clásica que a un espectáculo de feria. La

plaza le representaba un teatro o un templo, pero probablemente también su niñez. Poco antes de morir, terminó el texto “Aguascalientes y los toros”, que no alcanzó a ver publicado. Ahí dice que, en los años 30, al lado de sus amigos, hacían “plazas de toros clavando palillos en el suelo y uniéndolos con cuerdas. Así, formábamos un pequeño redondel [...]; alternábamos haciéndola de toro, de peón o de matador”. Ese niño creció con él, pero sin envejecer. No creo exagerar si digo que el Doctor Pérez Romo conservó, fervorosamente, su pasión taurina, porque no quiso dejar de ser el niño que jugaba a ser torero.

III

Este 2024 conmemoramos 100 años del nacimiento de Pérez Romo y diez décadas de su afición. Son dos centenarios, pero entendidos desde diferentes ángulos. “Yo empecé a ver toros del año 1935 para acá”, confesó el Doctor en *El aroma del toreo* (2005), donde da cuenta de su amistad con Alfonso Ramírez “el Calesero”, uno de los dos toreros a los que dedicó más páginas (el otro: Rafael Rodríguez “el Volcán de Aguascalientes”). Notemos que en esa frase dice “ver toros”, que podemos interpretar como ir a la plaza. Desde antes de eso, ya era aficionado.

En el referido texto póstumo del Doctor, igualmente sobre su infancia, en los años 30, dice: “[...] yo era entonces un chiquillo de seis o siete años [...] corría a la esquina de la calle Zaragoza, a la tienda ‘El Danubio’ [...] y en lugar de comprar golosinas, [...] me llevaba tarjetas postales con retratos de toreros españoles o mexicanos”. Su última aparición pública, simbólicamente, fue en la Plaza de Toros Monumental de Aguascalientes, el domingo 22 de octubre de 2022: en el marco del 447 aniversario de nuestra ciudad, el gobierno le entregó un reconocimiento, que consistió en develar una placa, al interior de la Monumental, donde se le reconoció su importancia “por ser un gran pilar de la grandeza taurina de Aguascalientes, como empresario y aficionado”. Una vez que

terminó ese acto, el Doctor y sus acompañantes se quedaron a ver la corrida. Murió dos días después. Tenía 97 años. El cómputo, en números cerrados, da 90 años de su afición taurina, sin embargo, si contamos las décadas, es distinto, pues se acumulan 10.

IV

Tengo la sensación de que a este mundo contemporáneo le es más atractivo ver, en la virtualidad, a un par de personas sostener una conversación que propiamente participar en una. Pensemos en los pódcast, cuya actual profusión tal vez sea explicada porque, durante la pandemia por la covid-19, se necesitaba entretenimiento: es mucho más fácil saber que alguien escuchó un programa a que alguien conversó, dilatadamente, con un amigo. Esté en lo cierto o no, una buena conversación, en este siglo XXI, parece una actividad rara, porque demanda detenimiento y atención, virtudes de las que nuestro tiempo no se ha encargado de favorecer. Por fortuna, hubo, y hay, gente que la consagra.

El Doctor Pérez Romo sabía que, como escribió Octavio Paz, “conversar es humano”. Para comprender: conversar —con todo lo que eso implica, como permanecer en silencio cuando la otra persona está hablando—. En deuda con ese hombre que enaltecía los encuentros para comprender al otro y a sí mismo, este libro es una conversación e inicia con sus palabras, justamente con el texto que antecedió a su crepúsculo.

90 años, 10 décadas está compuesto de cinco secciones y una galería. A la primera sección, que contiene el mencionado texto de Pérez Romo, le he llamado “Atrio” por tres razones: en principio, porque es el texto que abre y conecta a los demás, como hacen los zaguanes de muchas de las casas de principios del siglo XX, al menos en Aguascalientes, donde un área, céntrica, a veces abierta a las bondades e inclemencias del clima, es el punto en común de los espacios que se encuentran a su

alrededor; la segunda, porque tiene un nexo religioso, ya que el atrio es el sitio que sirve de entrada a ciertas iglesias (no podía dejar a un lado la relación entre la espiritualidad y la tauromaquia); la tercera razón se debe a que también hay una conexión con la medicina, pues atrio es una cavidad cardíaca.

La segunda sección se llama “Ruedos”. Acá se habla acerca de la vinculación que la plaza de toros tuvo con Pérez Romo, principalmente como empresario y promotor. Además de una entrevista realizada por Juan Ángel José Pérez Talamantes a David Clemente Sánchez, este segmento lo complementan los textos de Xavier González Fisher, Otto Granados Roldán y Jesús Eduardo Martín Jáuregui.

Bajo el nombre “Evocaciones”, entre ensayos de Librado Jiménez, María Teresa Arellano, Ximena Ruiz Rabasa y Javier Borrego; una carta ficcional de Carlos Landeros Gallegos; una alusión, próxima a la cuentística, al Doctor como torero y pediatra, de Jacinta Ruiz Rabasa, y una relatoría, sumamente personal, del acontecer del Doctor, a cargo de Ignacio Ruelas, la tercera sección está dedicada a hacer remembranzas de cómo vivieron, cada uno de los autores, el mundo taurino al lado de nuestro protagonista.

El Doctor hablaba del sentido profundo del toreo, pero también de la pérdida de lo sagrado en la actualidad. Podrían parecer dos ideas más o menos distintas, pero, para él, estaban ligadas, puesto que entendía el hecho taurino como un evento ceremonial y colmado de ritos (sentido profundo), donde lo humano se juega la vida (lo sagrado). Los textos que integran “Ritos”, cuarta división del libro, están firmados por Andrés Reyes Rodríguez, Eudoro Fonseca Yerena, Agustín Morales y Jesús Antonio de la Torre Rangel, quienes, en conjunto, hacen un perfil, digamos, intelectual, del Doctor, como pensador y escritor de la Fiesta en su carácter simbólico.

En “Herencias” está la que acaso sea la parte más conmovedora del libro. Es lógico que así sea, puesto que las plumas que escriben son familia del Doctor. María del Carmen Pérez

Talamantes nos dice que la vida de su padre “fue una metáfora del arte taurino”; Cecilia Pérez Talamantes narra la vez que, gracias a su papá, descubrió la obra de Conchita Cintrón y el asombro que le produjo su lectura; Ingrid Pérez Tangassi describe, entre otras amorosas anécdotas, cómo su abuelo “usó buena parte de su vida en la eterna búsqueda de lo bello. Nunca dejó de buscar. Nunca dejó de encontrar”, y, finalmente, Juan Ángel José Pérez Talamantes cierra el libro, y su texto, con el anhelo que se ha propuesto, legado de su padre: “Conservaré siempre sus ideas y trataré de transmitir las a mis hijos, familiares y amigos, en defensa, no sólo de su memoria, sino de la esencia misma de la Fiesta, del sentido profundo del toreo y de lo que significó para él la tauromaquia”. Es un buen final, porque justamente ésa es una de las intenciones de esta conversación taurina.

V

Conformada por 36 imágenes, provenientes del archivo particular¹ de la familia Pérez, en medio del libro hay una muestra de la vida taurina del Doctor. El documento más temprano está fechado el 2 de agosto de 1942, cuando tenía 17 años. A partir de ese momento, cada decenio está representado, por lo menos con un registro, como es el caso de los 60, y llega hasta 2022. A lo largo de ese recorrido visual pasan nombres como Fermín Espinosa, Conchita Cintrón, Rafael Rodríguez, Alfonso Ramírez, Enrique Ponce; además de que vemos torear al Doctor en distintas ocasiones: desde 1946, cuando tenía 22 años, hasta 2012, cuando tenía 88.

1 Las imágenes que no forman parte del archivo familiar tienen el debido crédito en el pie de foto.

VI

De los temas que le apasionaron, no tuve oportunidad de proponerle que habláramos sobre toros, porque solíamos tener otras charlas recurrentes: el arte, la literatura, Aguascalientes, la universidad y las luces y sombras de la vida. Qué universo me perdí. Este libro es otra manera de seguir conversando con él, a quien tanto echo de menos.

Sentí la curiosidad de revisar cuáles eran las palabras más repetidas de las próximas páginas. Sin contar preposiciones, artículos y pronombres, la más empleada es “toro”, que aparece en 234 ocasiones. Le siguen “Doctor”, con 187; “toreo”, con 155; “plaza”, con 152; “fiesta”, con 146; “Pérez”, con 141; “torero”, con 135; “vida”, con 133; “Aguascalientes”, con 125, y “Romo”, con 119. Estas diez palabras merodearon la vida de nuestro personaje. Cuán simbólico es que, en “Aguascalientes y los toros”, salvo “Doctor”, las demás palabras aparecen. Y en su vida fueron una constante: pensemos en que sus más prístinos recuerdos estuvieron dirigidos al niño que hacía placitas de toros; que dentro de sus muestras de afecto a su tierra, la más cariñosa fue haberle propuesto un gentilicio, *acalitano*;² que el último evento al que asistió fue a una corrida de toros; que el último homenaje que se le hizo consistió en reconocer su pasión taurina; que sus últimas palabras estuvieron dirigidas a Aguascalientes y los toros. En un polo hay un niño; en el otro, un hombre y su niño; en medio, Aguascalientes y los toros.

El Doctor amó a su tierra y a los toros, y la tierra y los toros, me parece, sintieron ese amor. Y se lo hicieron saber, a modo de despedida, el 22 de octubre de 2022. En esa tarde, donde se torearon ocho astados, los toreros fueron Tarik Othón, Joselito Adame, Andrés Roca Rey y Leonardo Valadez. Los nombres de los toros, no obstante, son lo más llamativo: Othón, quien sólo tuvo una actuación, toreó a “Aguascalien-

2 Cfr. Alfonso Pérez Romo, “En busca de otro gentilicio”, en *Testimonio de unos días* (3ª ed.). Universidad Autónoma de Aguascalientes, 2020, pp. 105-106.

tense”; el primero de Adame se llamó “Auro”; el de Roca Rey, “Hidrocálido”; el de Valadez, “Tortolito”; el segundo de Adame, “Ciervo”; el de Roca Rey, “San Marqueño”; el de Valadez, “Campanario”, y el tercer toro, que fue un regalo para Adame, llevó el nombre de “San Pablo Fundador”. Parece como si la vida hubiera querido decirle al Doctor Pérez Romo que sabía de sus amores y que le obsequiaba una última corrida, donde además iba a encontrar ecos de lo que fue: aguascalentense, hidrocálido y san marqueño.



I
Atrio



Aguascalientes y los toros

Alfonso Pérez Romo †

El toreo es una representación del drama de la vida y de la muerte, del bien y del mal, de la fuerza vital de la naturaleza que nos invita y nos reta al mismo tiempo, de lo desconocido y lo inesperado que nos acecha en la lucha por la existencia, del oculto instinto que nos hace aspirar a una resurrección, del poder de la inteligencia, de la destreza y del arte ante la fuerza bruta.

Como en el teatro, el espectador de la corrida de toros es presa de la magia que vuelve la ficción en realidad; y durante unas horas de expectación, sufre y siente, a profundidad, el drama que se desenvuelve ante sus ojos. A la muerte del toro, en quien proyecta todos los obstáculos y amenazas con que se enfrenta en la vida real, el espectador vive una catarsis que lo libera de

complejos y experiencias negativas, y le devuelve la confianza para seguir viviendo ante el enigma del futuro. El asistente a las corridas de toros, a quien popularmente se le conoce como “aficionado”, no es entonces un espectador como el que presencia un espectáculo cualquiera, sino un verdadero actor que participa, siente y vive el rito, y al final sufre y experimenta el alivio de la catarsis.

Pero el toreo no sólo es un drama teatral: es también un rito cuasi religioso que se envuelve en una serie de actos y símbolos, como el traje del torero, que lo convierte, de un hombre cualquiera, en oficiante de un culto pagano, aunque rico de significados —comienza con un desfile que recuerda las peregrinaciones—, que observa una serie de pequeños actos como el sorteo o el brindis, y que tiene lugar bajo una autoridad que marca los tiempos y garantiza el cumplimiento de las reglas rituales. En una sociedad como la actual, hondamente penetrada por filosofías materialistas, nihilistas, escépticas, dispuestas a desacralizarlo todo y banalizar la existencia; a despreciar el pasado e ignorar el futuro; a borrar de la conciencia la presencia del espíritu y, de la vida diaria, el valor de lo simbólico y lo bello, el toreo puede pasar a convertirse en un simple espectáculo sin contenido, y en un sacrificio sin sentido. Creo que esto es lo que está pasando en comunidades que han sido presas de esta ola de desvalorización total de la existencia.

En Aguascalientes se ha conservado vivo el significado profundo del toreo, no gracias a la Feria Nacional de San Marcos, que ciertamente se cubre de esplendores gracias a la Fiesta de los Toros, sino al talante simbólico, religioso (no beato, sino infundido de un sentido sagrado de la vida y de las cosas), que durante tantos años han sido los componentes que alimentan y subyacen en su cultura; esto le ha permitido aceptar, acoger, comprender, sentir y vivir el significado profundo del toreo. Aguascalientes ha sido taurina de forma natural.

En los lejanos días de mi niñez, recuerdo cómo veía llegar el convite; adivinaba su presencia, porque oía el estrépito del

saxofón y la tambora que alborotaban la barriada, desde que el vetusto carromato, adornado con un zarzo de banderillas en el morro, doblaba la esquina de Zaragoza y Primo Verdad. Al cruzar la murga, frente a nuestra casa, los chiquillos corríamos tras sus pasos con el fin de atrapar uno de aquellos programas que iba soltando al viento; la silueta imponente de la cabeza de un toro negro, que encabezaba aquellos programas, nos abría las puertas de la fantasía con vagas sensaciones de misterio y de emociones fabulosas. Entonces era frecuente que hubiera funciones de toros en la ciudad; comenzaron nuestros oídos infantiles a llenarse de nombres legendarios que iban calentando la imaginación: Gaona, Sánchez Mejías, Esteban García o Carmelo Pérez, y, más tarde, de personajes contemporáneos que oíamos citar a todas horas: los Rodarte, Heriberto García, Juan Estrada, el Calesero, entre tantos otros. Nuestra ilusión era conocer, algún día, el mágico escenario en donde estos valientes se convertían en héroes populares.

Corrían los años 30 del siglo pasado; yo era entonces un chiquillo de seis o siete años que, con el dinerito que me daban cada domingo, corría a la esquina de la calle Zaragoza, a la tienda “El Danubio”, de don Miguel de Alba, y en lugar de comprar golosinas, como todos los demás, me llevaba tarjetas postales con retratos de toreros españoles o mexicanos, cuyas imágenes me hacían evocar hazañas que encendían mi pensamiento. Nombres lejanos en la distancia y la realidad fueron poblando mi pueril fantasía: Vicente Barrera, Chicuelo, Fuentes, Gaona, Luis Freg, Vicente Segura, Belmonte, Joselito, Armillita y tantos más que fui coleccionando con singular deleite. Las salidas que hacía por el centro de aquella pequeña ciudad que era entonces Aguascalientes: diariamente a la escuela y los domingos a misa o algunas veces al cine en la función matinal, en la que veíamos películas mudas, mientras Cuquita Ponce tocaba piano en los intermedios. De modo que me fascinaba contemplar, en los carteles que se pegaban en to-

das las esquinas, aquellas imponentes cabezas de toros bravos con su inmensa fiereza contenida, pero amenazante.

Mis padres no eran aficionados a las corridas de toros, pero tampoco tenían ningún reparo en contra de ellas; por el contrario, dejaban que mi tío Pedro Romo de Vivar y Ruiz Esparza, un ser entrañable, un niño de 70 años, nos llevara a los toros cada vez que había una novillada o corrida formal; en su compañía y bajo su cuidado, viví las primeras experiencias emocionales, estéticas y psicológicas que depara la contemplación actual de la corrida. Mi tío José María Romo Oyarzábal, hermano de mi madre, hombre de campo que lucía sus finos trajes de charro, sus caballos y monturas, cuando partía plaza durante los festejos taurinos, era otro estímulo importante que llenaba mi vida de expectativas y admiración por la Fiesta. Por si esto fuera poco, mi tío Refugio Romo de Vivar, primo de mi madre, era el aficionado de pura cepa que se encargaba del difícil trance de colocar la divisa a los toros en el momento mismo que salían disparados del toril, y tenía que consumir la suerte con precisión, tras un burladero.

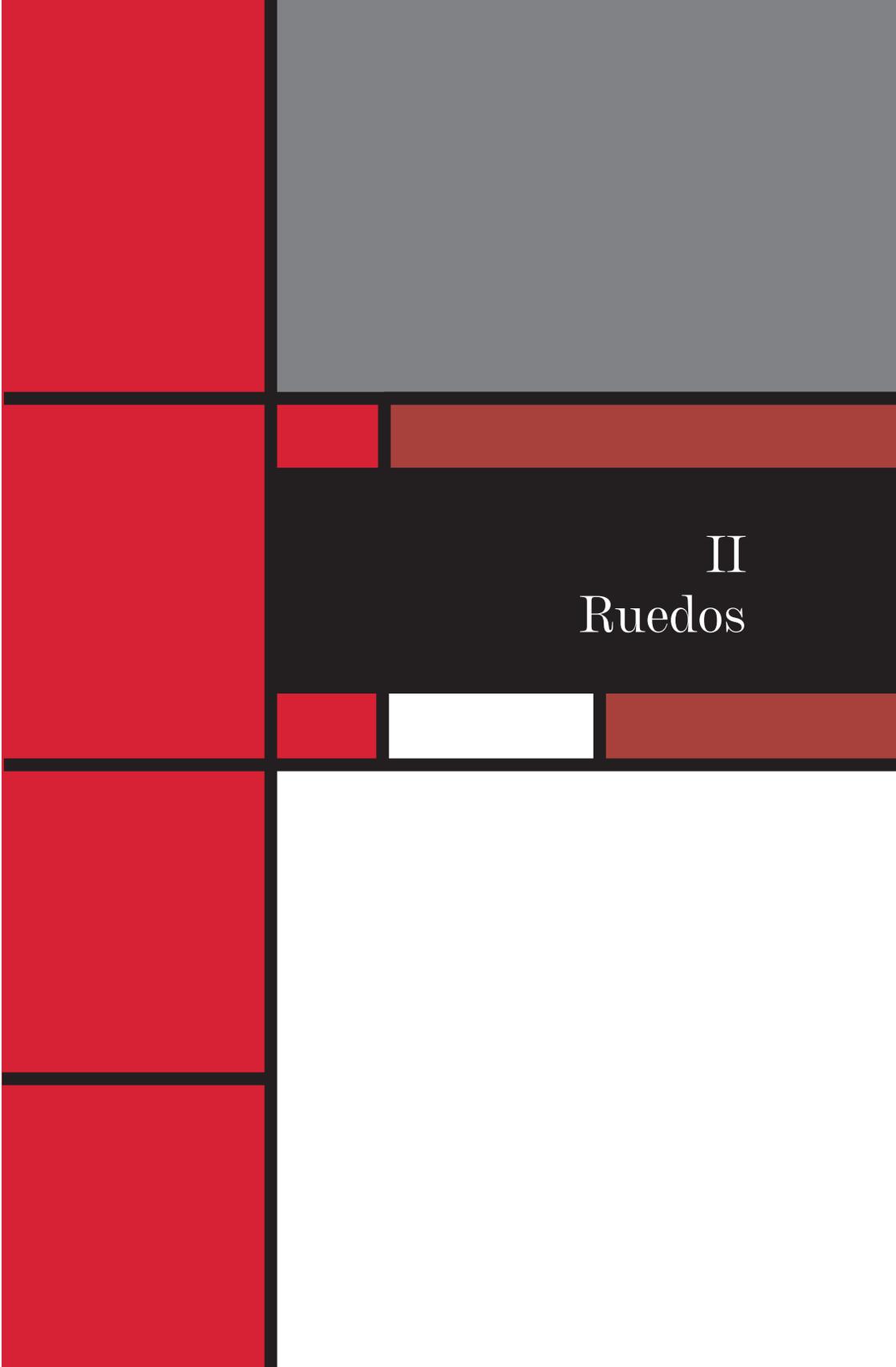
Los años que viví en la calle Primo Verdad fueron años en que me envolvía un ambiente social y familiar en que el toreo era parte importante, festiva y formal de la cultura. Por el año 34, nos mudamos a la calle Álvaro Obregón, donde también vivían familias queridas, como los Reyes, los Ibarra, los Romo, los Franco, los Amador y algunos otros, que fueron amigos de nuestros juegos infantiles y de las primeras travesuras y experiencias de la naciente juventud. Hacíamos plazas de toros clavando palillos en el suelo y uniéndolos con cuerdas; así, formábamos un pequeño redondel, aderezábamos nuestras propias banderillas pegando rizos de papel de china con engrudo, que luego clavábamos en una penca de maguey pegada en la cornucopia, la cual servía para simular las embestidas; alternábamos haciéndola de toro, de peón o de matador, mientras las chiquillas de nuestro barrio lo presenciaban emperifolladas con mantillas y peinetas y a veces nos aplaudían.

Eran ciertamente jornadas festivas que disfrutábamos a plenitud, hasta que nuestro propio desarrollo juvenil nos empezó a apartar de las ficciones y nos empezó a volcar hacia la Fiesta de verdad.

Mientras fui estudiante de preparatoria, no faltó ocasión para participar en festivales organizados en el instituto y que tenían lugar en la Plaza de Toros San Marcos; ello nos enfrentó con la primera experiencia, al tratar de hacer los ensayos infantiles ante una becerro de verdad. También eran frecuentes nuestras visitas al rastro municipal, que en aquellos años se encontraba en la calle Guerrero, para ver a los aspirantes a novilleros y a los profesionales del toreo aprovechar la bravura que les quedaba a los animales que llegaban allí como desechos de tía, y en donde, igualmente, practicaban la puntilla en las reses destinadas al matadero. Todas estas cosas que se entremezclaban con el diario quehacer hacían que viviéramos en un ambiente proclive a la Fiesta taurina y a la fascinación de su experiencia emocional y psicológica.

Por otra parte, está el hecho de que nuestra ciudad estuviera rodeada de ganaderías de toros bravos: La Punta, Peñuelas, Garabato, Cieneguilla y, andando el tiempo, muchas otras más, que siempre se acogieron al apego y comprensión de la Fiesta, latentes en nuestra ciudad y nuestra región. Aquí se han afincado prestigiosas familias de ganaderos, empresarios y toreros, que le han dado prestigio y carácter a nuestra ciudad: los Madrazo, Dosamantes, los Ramírez, los González, los Rodarte, los Mora, los Prado, los Ramírez del Calesero, los Espinosa de Armillita, los Adame, los Sánchez o Rafael Rodríguez. Un florecer de brillantes personajes que se han ido desarrollando aquí, arropados en un ambiente cultural que comprendía y vivía el sentido profundo del antiguo rito del toreo, hizo que nuestra ciudad, taurina siempre, antes de, y durante la Feria de San Marcos, acabara convirtiéndose en el reducto de nuestro país que guarda, todavía encendida, la llama de esta rica tradición cultural.

No puedo terminar estas líneas sin evocar una estampa inolvidable de mi niñez: la figura señera de don Francisco Irribarren, quien salía de su casa frente al templo de la Merced, vestido ya de chaquetilla y castoreño, para cabalgar al pasito por la calle Allende, ebullente de aficionados, hasta llegar a la Plaza San Marcos para iniciar la corrida. Su gallardía, su amor y respeto por lo ritual y lo tradicional dejaron en mi corazón de chiquillo un aroma de transcendencias esenciales que todavía perfuma las horas evocativas de mi vejez.



II
Ruedos



Alfonso Pérez Romo,
un empresario con visión
universal

Xavier González Fisher

El ejercicio de la medicina concede a los hombres una visión universal de la problemática de la vida. Y es que tener que encontrar solución al dolor de las personas implica entender no solamente las causas y los efectos de los males que los aquejan, sino también el entorno en el que se desempeñan; esto les permite tener una amplia visión del medio social en el que ejercen su actividad. Eso le facilita al médico el entendimiento de otro tipo de actividades ajenas al ejercicio de su ministerio y, a veces, sacrificando el descanso, a la familia y la propia salud, se embarcan en distintas actividades paralelas al arte y la ciencia, que es su dedicación principal. El Doctor Alfonso Pérez Romo es quizás el paradigma de lo que trato de exponer. Ejerció con brillantez

y solvencia su profesión de médico, después atendió atingentemente los negocios de su familia y su larga vida le dio la dorada oportunidad de participar en la creación de una Escuela de Medicina en Aguascalientes, el germen de nuestra actual Universidad Autónoma de Aguascalientes, de la que también fue rector, y todo esto, sin dejar de ser un incesante promotor de actividades culturales en nuestro estado, obteniendo en todas esas actividades nombre y renombre propios.

El Doctor Pérez Romo y la Fiesta de los Toros

También en la Fiesta de los Toros, el Doctor Alfonso Pérez Romo se labró un sitio propio. Quienes tenemos afición por esta Fiesta, lo recordamos siempre como un asiduo a los tendidos de las plazas, y la revisión de fotografías de otros tiempos nos lo presenta siempre en los acontecimientos importantes sucedidos en las plazas de Aguascalientes.

En charlas que tuve la fortuna de sostener con el Doctor, conocí de primera mano que su afición no se limitó al refugio de los tendidos, también ejerció como “aficionado práctico” en su tiempo de estudiante y, ya después como profesionista, participó en la organización y desarrollo de varios festivales benéficos celebrados en la Plaza de Toros San Marcos. Don Alfonso gustaba de referir una anécdota de cuando fueron a la ganadería de La Punta a pedir “prestadas” unas vacas —probablemente de desecho de tienta— a don Francisco Madrazo para uno de esos festivales y cómo el adusto ganadero se las cedió y lo buenas que salieron.

Esto último lo traigo a cuento porque, de alguna manera, aunque fuera en un ambiente tal vez considerado experimental y microscópico, el Doctor Pérez Romo había probado lo intrincado que era organizar un festejo taurino: conseguir el ganado, obtener el uso de la plaza, formar el cartel de toreros, etcétera. No es, evidentemente, una tarea sencilla. Se me po-

drá decir que es apenas una “pachanga” de estudiantes o de prácticos, y yo responderé que sí, pero también invitaría, al que cuestiona, a intentarlo. Seguramente tiraría el arpa antes del primer día.

Una fusión de saberes

En noviembre de 1974, Aguascalientes estrenó una nueva plaza de toros que surgió como respuesta a un exitoso modelo de feria taurina que había implantado don Guillermo González Muñoz apenas cuatro años antes. Se dejó atrás la costumbre de dar la corrida del día de san Marcos y alguna otra en una fecha cercana en el calendario, para ofrecer, con las figuras del momento, en días seguidos, al menos una media docena de festejos de mucha categoría.

Para el año de 1984, el gobierno del estado y el Patronato de la Feria de San Marcos, entonces titulares de la Plaza Monumental Aguascalientes, anunciaron un cambio en la titularidad de la empresa que ofrecería los festejos en ese coso. La encabezarían el Doctor Alfonso Pérez Romo, el matador de toros en el retiro Eduardo Solórzano y el empresario Julio Díaz Torre. La terna designada por el gobernador Rodolfo Landeros y don Jorge Durán Valadez había adquirido, al decir del escritor y dramaturgo Jaime Rojas Palacios, una de las ocupaciones más ingratas que existen:

Es sumamente difícil ser empresario de toros... Es más complicado que ser gerente de un gran restaurante, y tiene tantas responsabilidades como el capitán de un barco o el director de orquesta... Si hay una buena tarde, se debe al torero o al ganadero, mientras si algo sale mal, el empresario tiene la culpa. Cuando hay un fracaso: “Empresa ratera”. Cuando hay triunfos, ni quien se acuerde del hombre que ha coordinado elementos

tan diversos para poder ofrecer esa diversión de tan arduos problemas... En los toros, la mayor dificultad de la empresa está en poder coordinar los aspectos “negocio” y “espectáculo”... El administrador taurino debe ser casi sobrehumano para cumplir con atingencia su encomienda... los empresarios tienen que hacer milagros para demostrar su eficiencia y hacer progresar su negocio...¹

Ya no era el festival benéfico “entre amigos” el que había que organizar. Ahora el eje de la actividad empresarial era lo que quizás en esos días era la feria taurina más importante de México y, he de reiterar, la primera en su tipo en el país, porque, aunque se hicieron intentos de implantar ferias similares en otras ciudades, no fue sino hasta que se hizo en Aguascalientes que adquirió carta de naturalidad.

Digo al principio de este apartado que en esta designación empresarial hay una fusión de saberes, y es que, si nos remitimos a la clasificación que de ellos hace Aristóteles, si mal no recuerdo, veremos que plantea uno teórico, referido al modo de ser de las cosas; otro práctico, que persigue las virtudes o las buenas acciones, y un tercero, el productivo, cuya finalidad es la elaboración o realización de cosas o productos finales útiles para los demás. La conjunción de un hombre relacionado con el mundo de la academia, de la cultura y de la empresa con otro que se ha distinguido en actividades comerciales e industriales y, completando la terna, una figura del toreo en el retiro permitía augurar en su día una gestión brillante, dado que la visión presentada para el manejo de las cosas de los toros a partir de ese momento no estaba reducida al aspecto meramente taurino. Había otras aristas para explorar, externas quizá, pero que incidían en el producto final a ofrecer a la afición. Los tres saberes aristotélicos estaban allí

1 Jaime Rojas Palacios, *Los empresarios de toros*. Olé Me-xhíc, 1996, pp. 15-17.

presentes, dispuestos a favor de la afición de Aguascalientes y de todo lo que en su día Antonio Díaz Cañabate llamó “el planeta de los toros”.

El segundo giro copernicano

En 1971, la Feria de San Marcos adquirió en lo taurino la forma que hoy ostenta. Para 1984, se daría otro giro, positivo, que terminaría por considerarla, creo casi desde entonces, como “la primera feria de América”. Escribe don Jesús Gómez Medina que, con la presencia de la empresa que encabezó el Doctor Alfonso Pérez Romo, nuestra feria se internacionalizó:

¡1984!... El año en el que la feria taurina modificó el rumbo para navegar por derroteros más ambiciosos. El año en el que el espectáculo taurino en Aguascalientes, a través de la Feria de San Marcos, su mejor manifestación, audazmente rompió las ligaduras que lo mantenían atado a una rutina del todo anacrónica y comenzó a transitar por la vía de la superación. ¡El año, en suma, en el que nuestra ya casi centenaria temporada abrileña logra su internacionalización!... Es cierto: en ocasiones anteriores, durante las corridas de feria de algunos años pasados, habían actuado espadas extranjeros: Luis Miguel Dominguín en 1956; el catalán Joaquín Bernadó en este o aquel año y también algún otro torero. Pero la inclusión, no de uno solo, sino de dos o más toreros extranjeros con el rango de figuras en los carteles de nuestro serial, se inició en 1984. Y ha resultado tan exitosa, arraigó ya en tal forma, que actualmente no se concibe la Feria de San Marcos sin la participación de toreros del exterior...²

2 Jesús Gómez Medina, *La ciudad, la fiesta y sus plazas*. Aguascalientes, Gobierno del Estado de Aguascalientes, 1992, p. 175.

Considero que don Jesús acierta en su comentario al establecer que la presencia —y, agrego, no nada más de toreros extranjeros, sino de figuras del extranjero— se vuelve casi indispensable desde hace ya cuatro décadas, pero es la justa combinación de visiones, en el equipo empresarial, la que permite aprovechar las oportunidades que genera un país distinto al de las épocas que cita el extraordinario cronista *acalitano* en su libro.

A partir de 1947, las rupturas del llamado “convenio” con la torería española eran cíclicas y eso impedía traer con frecuencia toreros de aquellas tierras a nuestras plazas. 40 años después se iniciaba un proceso de globalización en todos los aspectos y, en lo meramente taurino, terminaba una etapa en la que un puñado de diestros nacionales tenían el gobierno de las cosas de los toros en México. Allí fue donde se aplicaron los saberes de los hombres de negocios —el Doctor Pérez Romo y don Julio—, quienes tenían las luces para distinguir en ese río revuelto de oportunidades lo que podría significar un cambio verdadero y trascendente. Estaba, por otro lado, el saber y conocer de Eduardo Solórzano, quien, durante el tiempo que actuó en ruedos hispanos, cultivó importantes relaciones que le permitieron acercarse a quienes encabezaban el escalafón allá e invitarlos a participar en nuestra feria abrileña y conseguir que aceptaran venir a vestir de lujo un serial que ya tenía nombre propio, pero necesitado de definir en definitiva su magnitud y trascendencia.

Los saberes de la terna influyeron en otra cuestión de capital importancia: el toro. Durante muchos años, en Aguascalientes, el toro que se lidiaba era, por decirlo de alguna manera, “cómodo”. Las figuras que venían a actuar aquí lo hacían con cierta tranquilidad, porque tenían la certeza de que lo que saldría por la puerta de toriles no sería, al menos en cuanto a presencia, “antipático”, según decía un torero de aquellos días. El toro que se empieza a ver por aquí a partir de 1984 es ya distinto; cuando menos aparenta serlo, pues los encierros se procuran en las principales ganaderías y se busca que sean parejos

en cuanto a peso y presencia. Eso, sumado a la asistencia de los toreros más importantes de los escalafones de los países taurinos del mundo, terminó por redondear una feria taurina de la mejor categoría y que adquirió gran importancia.

La obra material

La Plaza de Toros Monumental de Aguascalientes era una plaza inhóspita y tenía además un serio problema de isóptica que impedía, a los espectadores que ocupaban localidades aproximadamente de la tercera o cuarta fila de barreras y hacia arriba, apreciar lo que sucedía en el ruedo, cuando la acción se acercaba a las tablas en su zona. Fue entonces cuando se planteó la necesidad de remediar esa cuestión y de “terminar” la plaza, porque en realidad se inauguró prácticamente en “obra negra”, debido a los tiempos políticos de la época de su edificación.

Las obras de reforma iniciaron en noviembre de 1984 y comprendieron la elevación del piso del ruedo con la supresión de los palcos de contrabarrera, que fueron igualmente elevados y descubiertos. Para corregir el problema de isóptica, fue necesario reducir el diámetro del redondel y la techumbre del tendido de sombra se cubrió con bóvedas de ladrillos sostenidas con arcos de medio punto. Se remozó totalmente la enfermería de la plaza y también se habilitó el área de la capilla de la misma. Además, se repararon aplanados y se aplicó pintura, dejando atrás el horrendo acabado de “concreto aparente” que vistió desde el día de su apertura. Y es que una feria de gran calibre taurino requería de un escenario digno en el cual desarrollarse. No solamente el anuncio en el papel debe ser atractivo, del mismo modo, el escenario debe invitar al espectador y al aficionado a acudir a los festejos. Una cosa está íntimamente ligada a la otra, no me queda duda alguna.

Una segunda cuestión material fue la edificación de “El Campanario”. Tanto el Doctor Pérez Romo, como don Julio

Díaz Torre y Eduardo Solórzano, en más de una oportunidad, acudieron a la Feria de San Isidro en Madrid –esquema histórico rector de la de San Marcos– y a la Venta del Batán a observar los encierros que se lidiarían en días siguientes en la Plaza de Las Ventas. De esa manera, concluyeron que, en una feria de gran extensión, podrían agregarle el atractivo de poner a la vista de la afición los encierros que se lidiarían en las siguientes fechas. Surge así la idea de construir “El Campanario”, una instalación similar a la Venta del Batán, en terrenos de la entonces ganadería de Peñuelas. Escribió doña Carmelita Madrazo al respecto:

Se pidió al señor gobernador Landeros que rentara las corraletas de embarque en la ganadería de Peñuelas, su dueña, doña Raquel González de Dosamantes, aceptó... Aquello se remodeló muy bonito y lo bautizaron como “El Campanario”. Es una gran ventaja que Peñuelas esté a unos minutos de Aguascalientes y por eso, al rentar “El Campanario” se pudo tener a la vista del público todas las corridas que se iban a lidiar durante la feria. Esa ventaja es increíble pues si la corrida llega unas cuantas horas antes de ser lidiada, se expone a que algún toro no dé el peso reglamentario, o venga mal, y entonces hay que parcharla como ha sucedido muchas veces... En esa temporada se dieron diecisiete corridas, algo nunca visto. Lalo decía: No inventé nada, simplemente imité lo que se hace en España. Ser profesional...³

“El Campanario” era una buena opción para tener cerca los encierros a lidiarse, dada la poca cantidad de corraletas existentes en la Plaza Monumental, pero su existencia fue efímera porque, por una parte, algunos ganaderos de primera línea se resistieron a presentar con anticipación sus toros allí y, por el otro, una vez concluida la gestión de la administra-

3 Carmen Madrazo Solórzano, “Aventuras y desventuras. La vida de Eduardo Solórzano Dávalos. Apuntes”. Mecanoescrito inédito, sin fecha, p. 30.

ción que tomó en arrendamiento el lugar, ese contrato ya no se renovó. No obstante, era y actualmente es, en ese particular sitio o en cualquier otro, una instalación indispensable, por los caracteres que nuestra feria ha tomado en nuestros días.

La numeralía del empresario taurino

La Feria taurina de San Marcos más extensa que se ha ofrecido en la historia fue organizada en el tiempo del Doctor Alfonso Pérez Romo. Fue la de 1986 y constó de 18 corridas de toros. Antes, en 1984, ofrecieron 13 corridas y dos novilladas, y en 1985 anunciaron 15 corridas y concluyeron dando 16, porque, con un gran sentido de la oportunidad, calculando el sentir de la afición, recuperaron la tradición de ofrecer corridas extraordinarias dentro del ciclo, cuando surgían rivalidades entre diestros o los triunfos reiterados de algunos de ellos ameritaban la confección de un cartel fuera de lo originalmente programado, pero dentro de la inercia ferial.

Con esa visión empresarial total, vimos a las figuras consolidadas del escalafón europeo, como Pedro Gutiérrez Moya “Niño de la Capea”; José Mari Manzanares; Curro Vázquez y José Antonio Campuzano. Pero también a las figuras emergentes, representadas por Vicente Ruiz “el Soro”; Curro Durán; Christian Montcouquiol “Nimeño II” y Victor Mendes, quienes disputaban las ovaciones a los nuestros, que renovaban el escalafón: Fermín Espinosa “Armillita”; Miguel Espinosa “Armillita Chico”; Jorge Gutiérrez; David Silveti; César Pastor y los hermanos Ricardo y Luis Fernando Sánchez.

Esa nueva manera de ofrecer festejos taurinos —“profesionales”, como dijo Eduardo Solórzano—, motivó que, en el año de 1987, ya concluida la gestión del torero en el retiro, del Doctor Pérez Romo y de don Julio Díaz Torre, se empezara a barruntar la construcción de una nueva plaza de toros de

mayor capacidad o que se ampliaría la de la Monumental. El segundo giro copernicano se había completado.

A guisa de remate

El Doctor Alfonso Pérez Romo se distinguió en todas las actividades que emprendió y considero que la de ser empresario taurino no queda exceptuada en ese aspecto. La ingratitud de esa actividad que menciona Rojas Palacios es manifiesta cuando se está realizando, pero, al paso del tiempo, cuando se valora lo que el hombre de empresa realizó, en un buen número de casos, el balance es positivo –el resto, generalmente, pasa a la rica historia de la picaresca de esta fiesta– y, en términos de tiente, diría yo que la calificación, en estas lides, para el Doctor, es de “superior-superior”.

Esa calificación que hago desde mi particular óptica, me permite concluir como demostrada la universalidad intelectual que adquiere quien ejerce la medicina, pues al entender el medio que lo rodea, le resulta algo menos complicado emprender en otras actividades que involucran la interacción con otras personas, lo que, sin atisbo de duda, me permite afirmar que la edificación sobre la que descansa actualmente la Fiesta de los Toros en Aguascalientes tiene, indudablemente, entre otras, la firma del Doctor Alfonso Pérez Romo.

Viernes Santo, 2024

De la Plaza a las plazas: la gran diferencia¹

Otto Granados Roldán

Alfonso Pérez Romo, *in memoriam*

Dn mayor o menor medida, los que hemos nacido en Aguascalientes, en especial durante el siglo pasado, mantenemos una relación casi fisiológica con la fiesta taurina. De un lado, porque por muchos años la plaza fue el epicentro de la Feria de San Marcos, el espacio para ver y ser visto, donde florecieron amistades, noviazgos y matrimonios, y se vivía un ambiente lúdico duran-

1 Una versión del siguiente capítulo se publicó en Otto Granados Roldán, *Viaje a la memoria: Un recuento personal*. México, Ediciones Cal y Arena/Gobierno del Estado de Aguascalientes, 2022.

te dos o tres semanas al año. El Doctor Alfonso Pérez Romo solía decir, quizás con bondadosa generosidad, que era la temporada en que las mujeres se veían más hermosas y dejaban, al pasar, un aroma de sensualidad. Pero de otro, seguramente asociado con lo anterior, Aguascalientes fue cuna de grandes figuras y ganaderías potentes, todo lo cual, en conjunto, le dio por décadas, a la Fiesta y a la feria, el magnetismo especial de un tempo simbólico, de una escenografía donde, según Pérez Romo, era posible “aceptar, acoger, comprender, sentir y vivir el significado profundo del toreo”.

Debe haber sido a finales de los años 60 o principios de los 70 cuando, de la mano de mi padre, que era aficionado según las fotos que conservo, pisé por vez primera la antigua Plaza San Marcos; por su parte, mi madre, que también era apasionada de los toros, solía llevarles cruces y medallitas religiosas a los toreros que conocía y habían sufrido una cornada; así que el ambiente taurino era algo natural en casa. Tiempo después, con un grupo de amigos, empezamos a ir ya por nuestra cuenta. Como el parné era escaso y las entradas caras, tuvimos que ingeniar modalidades alternativas de acceso, entre las que destacaba cargar los trastos o los fundones con los estaquilladores para las muletas de los matadores que llegaban en autos del año acompañados de su cuadrilla y decenas de ayudantes, amigos, seguidores y gandules. El auto paraba exactamente frente a la puerta principal de la plaza, en la calle Eduardo J. Correa, momento en el cual, acomodados, nos ofrecíamos a llevar el estuche de los estoques, lo que nos facilitaba ingresar al recinto. Ya adentro, y como los inspectores municipales eran muy laxos en la aplicación del reglamento, nos colábamos hasta el burladero, desde donde veíamos las corridas. Allí fuimos testigos privilegiados de algunas faenas, creo recordar, de Joselito Huerta, Rafael Rodríguez, Calesero, Manuel Capetillo, Chucho Solórzano, Curro Rivera, Eloy Cavazos, Luis Procuna, Palomo Linares, el Viti, Antonio Lo-

melín, Paco Camino, Raúl Contreras “Finito”, César Girón, Mariano Ramos y, por supuesto, de Manolo Martínez.

Ya enfiestados, solíamos irnos al Hotel Francia, la otra cavidad del corazón ferial, sencillamente a ver a los “famosos”: políticos, empresarios, ganaderos, artistas, meretrices, tahúres, galleros, periodistas, señoras de la alta sociedad y matadores que allí se alojaban. Como parte del frenesí, practicábamos la misma táctica de intentar atestiguar por medios heterodoxos el ambiente y la discusión tras la corrida, y en alguna ocasión dimos hasta la habitación de Manolo (no hace falta decir qué *Manolo*), ayudando al camarero que llevaba la bandeja del whisky a los amigos que escuchaban al matador, tendido sobre su cama, perorar sobre la corrida. Si, como dicen, cada día el corazón medio late cien mil veces, el mío superaba esos días el promedio.

Es posible que en alguna de esas tardes haya visto al Doctor Pérez Romo sin conversar con él, y ya como estudiante de derecho en la Universidad Nacional Autónoma de México tuve contactos esporádicos cuando fue rector de la Universidad Autónoma de Aguascalientes. De vez en cuando le enviaba algún texto que había publicado, del que atentamente acusaba recibo, y platicábamos en varias ocasiones, aunque no de toros, una afición que por entonces empecé a perder. Fueron años en que el prestigio personal e intelectual del Doctor contribuyeron a darle lustre académico a la naciente universidad. De hecho, tiempo después me compré en la librería madrileña de Marcial Pons los dos tomos de las memorias del filósofo español Julián Marías, donde evoca su visita a Aguascalientes, a invitación de Pérez Romo, en la segunda mitad de los 70: “el estado me pareció de los más prósperos y bien ordenados del país; la universidad tenía un ambiente de placidez, curiosidad intelectual y cordialidad difícil de encontrar”. Medio siglo ha transcurrido y me cuesta trabajo identificar cuándo y cómo pasamos de tener en esas épocas visitantes tan ilustres como don Julián a la vulgaridad y ordinariéz de estos tiempos.

Ése fue el contexto previo a encuentros más frecuentes que tuvimos Pérez Romo y yo, en especial en 1992, cuando inició mi período como gobernador, momento a partir del cual nuestra relación se volvió más intensa y ejercida, no por los toros ni por las “experiencias emocionales, estéticas y psicológicas que depara la contemplación de la corrida”, como escribió en un texto tardío, sino por decisiones de política pública relacionadas, en efecto, con la Fiesta Brava. Como he escrito en otro lado, integrar un equipo de gobierno es una tarea difícil, compleja e inexacta porque la condición humana es por naturaleza subjetiva. “Como soy sujeto, soy subjetivo; si fuera objeto, sería objetivo”, apuntaba con precisión el poeta José Bergamín. Sería ideal, por supuesto, que un gabinete se desempeñara como orquesta sinfónica, algo imposible en política. Por tanto, la dirección de la orquesta, a sabiendas de esa limitación, busca que al menos todos los ejecutantes sigan con disciplina la misma partitura y toquen de la manera más afinada posible. En el balance, unos son más eficaces que otros, pero eso depende, por un lado, de la complejidad de los cargos, y, por otro, de sus propias capacidades y talentos.

Como las prioridades del gobierno estaban, a mi juicio, claras —educación, desarrollo social, crecimiento económico y finanzas sanas—, traté de encontrar los perfiles que mejor se acomodaran al diseño inicial. Así fue como elegí al Doctor Pérez Romo como presidente del Patronato de la Feria de San Marcos, un cargo importante en la estructura del gobierno de Aguascalientes, que solía ser ocupado por personas más tentadas a la frivolidad. Le tenía confianza, aprecio y respeto; gozaba de una imagen honorable; conocía muy bien la operación de ese organismo y le encantaban los toros. Me parece que fue una decisión correcta porque le tocó acompañarme casi los seis años en la organización ferial, en especial en el proceso de privatización de la Plaza Monumental de Aguascalientes, una decisión tan singular como polémica que, de tarde en tarde, algunos todavía recuerdan, como el señor López Obrador.

Con su desprovista gracia para el chiste —que, según Freud, es una patología que desnuda los deseos ocultos o reprimidos de una persona—, López Obrador aludió alguna vez a la venta de esa plaza de toros, tratando de hacer un paralelismo con la venta de las plazas docentes que por tantos años se practicó (y se practica) en el sistema educativo mexicano. Los hechos y los datos cuentan, sin embargo, una historia muy distinta. Para encubrir que durante su gobierno regresó, en abierta complicidad con el SNTE y la CNTE, la práctica ilegal e inmoral de traficar con plazas magisteriales, así como entregarlas mediante el opaco procedimiento de “basificar” —es decir, dar nombramientos definitivos— a 886 000 personas, hasta 2023, que no cumplían con el perfil para ser maestros y no pasaron por un concurso de oposición abierto, competitivo, transparente, justo y por méritos para ingresar a la docencia, López Obrador se salió por la tangente y, en un lance para confundir al respetable más que para honrar el arte de “Cúchares”, dijo una vez que, para venta de plazas, la del coso de mi ciudad natal. Por supuesto, en ésta, como en tantas otras cosas, el tabasqueño pinchó.

El problema con ese símil, diría Antoñete, el matador madrileño, es que “el toro delata a los malos toreros y a los impostores”, y hay una abismal diferencia: permitir que se vendan plazas docentes es un crimen para la educación de los niños; en cambio, vender activos públicos que no son prioritarios ni indispensables para destinar en su lugar esos recursos a satisfacer verdaderas necesidades sociales es una política pública inteligente, equilibrada, transparente y, sí, decente. Por ello, conviene explicar por qué, para qué y cómo se hace el paseillo, con solera y elegancia, de las decisiones públicas responsables. Veamos.

En distintas épocas han existido plazas de toros en Aguascalientes. La de la anécdota en cuestión opera desde los años 70 u 80 y, en algún momento, mi inmediato antecesor decidió, con buen juicio, ampliarla para darle más aforo, a un

costo de 28.5 millones de pesos, de los que 19.3 fueron para el pago a la contratista y 9.2 provinieron del presupuesto de la Secretaría Estatal de Obras Públicas, los cuales se debían a una institución bancaria, comisiones e intereses incluidos. El análisis sobre qué hacer con esa plaza tuvo distintas consideraciones. La primera es que, en un contexto de recursos limitados, demandas y necesidades crecientes, el gobierno tiene la responsabilidad de priorizar sus acciones hacia los sectores estratégicos, y ser propietario de un coso taurino no entra en ellos. La segunda es que los estados modernos y eficientes deben atender fundamentalmente los servicios públicos —educación, salud, políticas sociales compensatorias, seguridad, desarrollo urbano— que generan valor para toda la comunidad, y no para grupos muy minoritarios, algunos de barrera y otros de callejón, que satisfacen sus gustos sin aportar nada a cambio.

Hubo una época, en los gobiernos de Echeverría y López Portillo, en que le dieron vuelo a la intervención estatal excesiva —como pasa ahora— en todo aquello que se les ocurría, y a mediados de los años 80, el gobierno federal llegó a ser propietario de 1 155 “empresas” en distintos sectores que no eran propiamente responsabilidad pública y que, sin embargo, se adquirieron con recursos del contribuyente a particulares, supuestamente para salvar fuentes de empleo. La realidad es que se convirtieron en un nido de ineficiencia y corrupción, de colusión con intereses privados, de burocracia y extracción de fondos que podrían haber sido encaminados a actividades productivas. Todas fueron un fracaso. La expresión históricamente más acabada de esa política —mejor dicho, de sus peores ejemplos— y de sus daños son, y siguen siendo, PEMEX y la CFE. ¿Por qué? Porque la tarea del Estado no es mantener ni manejar industrias, sino crear las condiciones óptimas necesarias para que florezca la iniciativa individual y la libre empresa. Las variables de mercado, financiamiento, riesgo, rentabilidad y otras más no están en el código genético del sector público. Bajo ese criterio, la con-

clusión lógica y sensata, en el caso de una plaza de toros, que siempre fue juguete de unos cuantos, era exactamente ésa: el gobierno no tenía por qué ni para qué seguir en una actividad que no le era propia y sólo consumía dinero del contribuyente.

En el mundo de habla hispana hay cientos de plazas de toros. Algunas son propiedad municipal, pero operadas por particulares, y otras, la mayoría, son propiedad privada. La familia Baillères, por ejemplo, gestiona, a través de Espectáculos Taurinos de México, las plazas de León, Acapulco, Tijuana, Irapuato, Monterrey, Guadalajara y Aguascalientes, entre otras. Como ganaderos, tienen los hierros de San Miguel de Miamahuapam, Begoña, Santa Teresa, San Martín y la española Zaldueño. En España controlan, en alianza con los españoles Simón Casas (un personaje que en realidad se llama Bernard Domb, francés de origen, que fue ganadero y hasta toreó algún tiempo) y José Cutiño, a través de la empresa Fusión Internacional por la Tauromaquia, los cosos de Valencia, Málaga, Zaragoza, Córdoba, Olivenza, Badajoz, Alicante, Almendralejo, Zafra y don Benito; y en Francia, la de Nimes. En suma, son profesionales muy experimentados y, de lejos, mucho mejores que las burocracias públicas.

La tercera razón es que la ampliación de la plaza se hizo en parte con un financiamiento de Banobras, pero desde una fuente de repago —su ocupación y uso— que no daba ni para cubrir el recibo de la luz, y además, su mantenimiento conducía al mismo círculo vicioso: como estos activos públicos siempre presentan déficit, entonces, para solventarlo, el dinero tiene que salir de algún lugar, normalmente del subsidio público, y éste, a su vez, proviene de los impuestos. En pocas palabras: hay una relación perversa entre el déficit y los recursos para cubrirlo que termina siendo socialmente lesiva para todos, en particular para los más necesitados, a quienes no les importaba un comino ni la plaza ni los toros ni los toreros.

En cuarto lugar, si bien es cierto que la plaza era propiedad del gobierno, sexenio tras sexenio las sucesivas ad-

ministraciones entregaban la gestión a quien el gobernador en turno o sus familiares se les antojaba, decidían carteles, ganaderías y hasta las piezas que tocaba la banda municipal, otorgaban orejas, rabos e indultos, refaccionaban económicamente la operación, pues se manejaba con criterios de estanquillo, y, al final del día, se volvió una frivolidad privada, pagada con dinero del contribuyente. Según el recuento puntual de su ocupación que me entregó el patronato, tomando como ejemplo el año de 1992, la plaza no se utilizaba más de 30 o 40 días al año –y sólo la mitad de ellos para dar corridas o novilladas– y se le “concesionó” a un particular de la localidad por unos 500 mil pesos anuales, de los cuales, en 1993, todavía adeudaba, me parece, dos terceras partes.

Analizado el problema con abundante información y estricto rigor, y escuchando las opiniones de distintas personas, la conclusión más eficiente, juiciosa y práctica era vender el inmueble, pagar el adeudo y que verdaderos profesionales del negocio taurino se encargaran de manejar la plaza, decidir los carteles, contratar los encierros, seleccionar a los toreros, ofrecer un buen espectáculo y asumir los riesgos inherentes. En 1993 se le dio provisionalmente la concesión justo a Espectáculos Taurinos de México, la principal empresa mexicana en este campo. Hasta la fecha, la plaza continúa ofreciendo espectáculos, la gente sigue acudiendo si le viene en gana, y, según la Constitución local, no estaba ni está dentro de las facultades ni obligaciones del gobernador hacerse cargo de que las corridas fueran buenas, numerosas, nocturnas o concurridas. Por algo habrá sido que a ninguno de los siguientes cinco gobernadores se le ocurrió volver al viejo modelo. Así de simple. Parafraseando al gran Pepe Alameda: el toreo no es la graciosa huida de vender plazas a maestros que no lo son, sino la apasionada entrega de tomar decisiones buenas para toda la comunidad.

Para ello, se dieron diversos pasos entre marzo y abril de 1995. El primero, el 6 de marzo, fue integrar una comisión,

responsable de conducir y vigilar el proceso de venta, constituida por el presidente del patronato ferial, el propio Pérez Romo, el contralor general del estado, el presidente de la Comisión de Vigilancia de la Contaduría Mayor de Hacienda del Congreso del Estado y el contador mayor de Hacienda. El segundo paso fue anunciar en todos los medios, el 8 de marzo, la convocatoria para que cualquier inversionista o grupo de inversionistas presentaran propuestas de interés y adquisición de la plaza. Y el tercero, el 22 de marzo, fue formalizar la autorización del Congreso local, prevista en la Constitución, para la venta del inmueble. La iniciativa fue aprobada por 24 de los 27 diputados integrantes, pertenecientes al PRI, PAN, PFCRN, PPS, PRD (con Muñoz Ledo como presidente) y un independiente, la cual se promulgó en el *Periódico Oficial del Estado* seis días después. Durante ese trayecto, como punto primordial de referencia para el análisis de las propuestas y la fundamentación del fallo del concurso, se hicieron dos avalúos: uno por el perito valuador número 1815 de Aguascalientes, que arrojó un valor físico por 37.6 millones de pesos, y el otro por el perito 178 de la Ciudad de México, ambos registrados ante la Comisión Nacional Bancaria, que dio un valor de 31.3 millones de pesos.

Al amparo del Código de Procedimientos Civiles y demás legislación estatal aplicable, se eligió una modalidad intermedia que permitiera filtrar la recepción de las propuestas de los interesados, que era hacer una invitación restringida, en este caso, a tres postores. ¿Por qué se eligió esta opción legal? Porque era el término medio entre asignarla por dedazo, como fue el caso en otro momento de esa misma plaza de toros (o las plazas docentes en la actualidad), o bien, formular una licitación abierta a cualquiera. Ni una ni otra parecieron convenientes. La primera, porque era inconveniente desde el punto de vista legal y estético, y la segunda, porque planteaba el riesgo de que, dado el manto de opacidad que suele percibirse en los negocios asociados con las ferias, los palenques y los

casinos, como a veces son los seriales taurinos (y los elefantes blancos que ha construido el gobierno federal de ahora), hubieran aparecido candidatos procedentes del mundo del narco, la delincuencia organizada, el lavado de dinero o cualquier otra actividad de este tipo, con ofertas económicas insuperables, lo cual nos habría metido en un lío gravísimo. Entre la codicia y la seguridad, lo razonable era esto último.

Acotada esa puerta, se presentaron tres propuestas en abril. Una, de Servicios Corporativos IUSA, de Carlos Peralta Quintero, un empresario muy conocido y exitoso, actual contratista de la CFE, con experiencia en el negocio taurino, ganadero y que ya manejaba la empresa Diversiones y Espectáculos de México, así como algunas plazas en el norte del país y en Puebla; su oferta la formalizó en 20 millones de nuevos pesos, pero no entregó a tiempo cheque de garantía, lo que afectó su puntaje. La segunda fue la ya citada Espectáculos Taurinos de México, propiedad de don Alberto Baillères, quizá el empresario más prestigiado en México, quien ya entonces, como mencioné antes, manejaba varias plazas y ganaderías en México, otras en España y Francia, y gestionaba la Plaza México; su oferta fue de 42.5 millones y exhibió un cheque de garantía por 8.5 millones. Y, finalmente, un grupo local de empresarios muy conocidos, capitaneado por Julio Díaz Torre Macías, que en determinado momento se excusaron de seguir adelante aduciendo restricción de recursos por la crisis de 1994, el “error de diciembre”.

La Comisión Responsable del proceso decidió por unanimidad, el 10 de abril de 1995, adjudicarle la plaza a Baillères, “tomando en consideración –dice textualmente su dictamen– que cuenta con más de 20 años de experiencia en eventos y seriales taurinos, opera nueve plazas, y organiza un promedio de noventa corridas de toros anualmente”, y que propuso la oferta más alta. Baillères pagó en dos exhibiciones: una en julio, por 25 millones, al firmar las escrituras, y otra en octubre, por los 17.5 millones restantes. El 12 de abril, el

gobierno estatal publicó en todos los diarios locales el destino que tendrían esos 42.5 millones, que fueron para saldar lo siguiente: a) los créditos con Bancomext y Banco Internacional por el remanente de un centro comercial del gobierno llamado Expo Plaza; b) con Banobras por la deuda de la propia plaza de toros y otra por infraestructura del Instituto de Salud del Estado, y c) con Bancomer por la construcción del nuevo centro penitenciario de El Llano, así como para cubrir d) la aportación estatal del Convenio de Desarrollo Social con la Federación, adquirir reservas territoriales para el Instituto de Vivienda del Estado y equipar los servicios de seguridad pública y procuración de justicia.

Por su parte, el Patronato de la Feria, administrador de la plaza, quedó totalmente libre de pasivos bancarios desde 1996, lo que, junto a las otras acciones de saneamiento financiero descritas antes, dejó al siguiente gobierno estatal una situación robusta y saludable: de la deuda que recibió mi gobierno en 1992 –714 millones–, quedó un pasivo de sólo 229 millones de pesos en 1998 –177 correspondientes al gobierno estatal y 52 a los municipios– y, además, 215 millones de pesos líquidos en las cuentas bancarias de la Secretaría de Finanzas del Estado, o sea, el nivel de deuda era prácticamente cero y las finanzas superavitarias.

Más allá de lo sustantivo, el tema de la plaza provocó un pequeño y divertido revuelo provinciano. Cuando anunciamos la decisión de vender, las 80 o 90 personas involucradas en el círculo taurino local –no más–, entre ellas aficionados serios y respetables, villamelones, vividores, novilleros fracasados, ganaderos del tres al cuarto y vagos sin oficio ni beneficio, a muchos de los cuales yo conocía de toda la vida, pusieron el grito en el cielo, como si de pronto hubieran sufrido la amputación de un órgano del cuerpo. Dijeron que se “llevarían” la plaza, que no habría ya corridas de “calidad”, que no contratarían matadores locales, que sería la puntilla de la feria y otras sandeces de ese jaez, y que no tardaríamos en vender

el Palacio de Gobierno. Se equivocaron de tomo a lomo. La verdad es que buena parte de ese conventículo había lucrado y encontrado en la plaza de toros un *modus vivendi* para diversión propia, para manejar la venta de alimentos y bebidas en la plaza, los llamados “esquilmos”, obtener entradas gratis, cargar los trastos de los toreros, recomendar matadores frustrados, hacer relaciones públicas y cosas así. De hecho, la vieja Plaza San Marcos, que desde antes era propiedad privada, terminó también vendida años más tarde al mismo grupo Baillères, que, se supone, iba a acabar con la Fiesta. Vaya paradoja.

Por fuera, los únicos que tímidamente intentaron agitar el cotarro en la prensa taurina de la Ciudad de México, muy dada al apasionamiento por sus relaciones con la gente del medio o por el lubricante de la gaita, que funciona bien con algunos medios, fueron unos competidores de Baillères, a un nivel muy menor, de la Promotora Alfaga, propiedad de la familia Alemán Magnani, quienes se quejaron de no haber podido participar en la licitación. A la distancia, qué bueno que no entraron, porque, como es bien sabido ahora, esos empresarios terminaron muy mal y a salto de mata. Entre ellos y Baillères, que en 2015 recibió la presea Belisario Domínguez, éste fue, de lejos, la mejor opción. Cuando don Alberto murió, por cierto, López Obrador expresó públicamente su “más profundo pésame”.

La reacción de los cabreados, por supuesto, no tuvo repercusión alguna. El gobierno destinó los recursos al desarrollo estatal; la Plaza sigue enhiesta, concurrida, vibrante y divertida; las faenas dependen de toros y toreros, no de la administración en turno; la gestión privada ha sido, del primero al último tercio, mejor que la pública, y la gente sigue llegando por cientos de miles a la Feria de San Marcos, la más importante de México. Por fortuna, este episodio no sucedió en estos tiempos, porque la plaza hubiera corrido la suerte de ser expropiada y entregada a los militares. Ese “ambiente cultural —escribió Pérez Romo— que comprendía y vivía el sentido

profundo del antiguo rito del toreo, hizo que nuestra ciudad, taurina siempre, antes de y durante la Feria de San Marcos, acabara convirtiéndose en el reducto de nuestro país que guarda todavía encendida la flama de esta rica tradición”. Y, aún con los inevitables cambios de la modernidad, lo sigue siendo. Como relata y documenta esta historia, las decisiones públicas se toman sobre la base de hechos, evidencias, cálculos, números, escenarios y pensando en el bien común, no en el de unos cuantos. No se gobierna con el padrenuestro en la mano ni en el reino de las buenas intenciones, escribió Norberto Bobbio, sino en el mundo terrenal de la política, de la buena política.

Hoy, las plazas de todos los países donde hay corridas, en manos públicas o en manos privadas, continúan ofreciendo Fiesta según la casta, el trapío, la suerte, el arrojo y el arte de figurantes y astados, y, faltaba más, la suerte que Dios reparte. Y eso sucede, año tras año, en Aguascalientes. Como bien dijo Mario Vargas Llosa en el pregón de la Feria de Sevilla del año 2000, “todas las ciudades son muchas ciudades a la vez, pero durante la Feria es más que una ciudad: es un espíritu, un estado de ánimo, un espejismo que por unos días se transmuta en realidad”. Esa realidad de la que, durante toda su vida, disfrutó Alfonso Pérez Romo.

2 de marzo de 2024



Intensamente

Jesús Eduardo Martín Jáuregui

Para el Doctor Alfonso Pérez Romo, con mi corazón

Es imposible no recordar y plasmar la anécdota del cumpleaños (ocho décadas o algo así) del Doctor. La mejor forma de celebrarlo era haciendo lo que más le apasionaba mientras podía seguir haciéndolo. Recordando a Desiderio Macías Silva, su gran admirador, mi amigo, una noche que cenábamos en el restaurante Andrea, de la plaza de armas, un comensal le dijo: “Oiga, Doctor, ¿usted fuma mucho?”. A lo que el Doctor res-

pondió: “Mire, yo, todo lo que puedo, lo hago mucho”. Así, el Doctor Alfonso Pérez Romo hizo mucho todo lo que quiso hacer, porque no hubo límites para su sensibilidad, para su entusiasmo, para sus dotes, para sus relaciones, para su inteligencia y para sus destrezas, salvo, hay que decirlo, las que él quiso asumir.

La tarde de su cumpleaños lo celebramos en la ganadería de Manolo Espinosa, también Armillita, un gran torero, un gran taurino y una gran persona. El Doctor torearía un burel. Luego de haber sido juez de plaza durante cuatro temporadas en la Feria de San Marcos, impulsado, si no empujado por el Doctor, con la connivencia del entonces presidente municipal Miguel Romo Medina, me encomendaron la honrosísima tarea de fungir como juez de plaza en el cortijo, en la lidia de un bravo eral, posiblemente utrero, a cargo del cumpleaños. Cada quien en su oficio es rey, dice el refrán, y en una tarde inolvidable por el ambiente, por el clima, por la amistad, por la torería, el Doctor trazó unos lances y bordó unos pases que allí quedaron. Su emoción contagió a los presentes y su faena los convenció. Los más entusiastas lo auparon a hombros: máximo reconocimiento al torero. Cuando fui a darle la enhorabuena, como se estila, conteniendo las lágrimas, me dijo: “Chuy, esto es la gloria”, y sin duda sabía de lo que hablaba.

Hacia honor al dicho de Manolo Martínez: hablar de toros es un poco menos bonito que torear. La suerte suprema, no por nada llamada así, era un tema de conversación inagotable. Es decir, también inagotable porque las conversaciones con el Doctor no tenían nunca un punto final, sino puntos suspensivos. Como en el viejo dicho de la enseñanza que reza que cada maestrillo tiene su librito; en el toreo, cada torero tiene su tranquilo, y cada aficionado tiene su percepción.

Mi papá, gran aficionado, solía decir que cada espectador ve su propia corrida. Alguna vez que fungí de palafrenero de un amigo alguacilillo de la Plaza México, al término de la corrida, en un puesto de tacos, le pregunté al que entonces era

líder de los monosabios: “¿Por qué pinchan tanto los toreros?”. Me contestó: “Porque se apuntan a los cuernos”. Comenándolo con el Doctor, y recordando a grandes toreros, pero pésimos matadores y grandes estoqueadores, como Santiago Martín “el Viti” o Raúl Contreras “Finito”, el Doctor dijo que la suerte de matar tiene una distancia como cualquier otra, determinada por las condiciones del toro, que cambian en el transcurso de la lidia. Cuando sale de toriles, sale con fuerza, galopando, rematando y, conforme avanza la lidia, el toro va perdiendo fuerza y la distancia a la que embiste se va recortando. El torero ha de perfilarse y citar a matar a la distancia en la que el toro está embistiendo. De esa forma, el encuentro es más plástico, más seguro y más certero. Sólo por alguna razón que puede empezar con la letra “m”, muchos prefieren perfilarse de largo, montarse en su motocicleta y entrar a matar y dejar el espadazo, antes de que el toro se acabe de enterar.

Otra cosa que es fundamental se ilustra perfectamente con la divisa que dice: “al que no hace la cruz, se lo lleva el diablo”. La suerte suprema, decía el Doctor, es un pase más, una suerte más, en la que el toro debe pasar. Por ende, lo primero y más importante es citar al toro a su distancia, con la mano izquierda, embarcarlo, llevarlo templado y despedirlo, una especie de media dosantina. Así, platicado, parece no tener gracia, parece ser simple y relativamente fácil de realizar. La cuestión es que, al mismo tiempo, perfectamente sincronizado el brazo derecho que porta el estoque, debe herir entre la décimo tercera y décimo cuarta vértebra, en el inexistente hoyo de las agujas, y entrar en un ángulo de alrededor de 45 grados, para lo cual es indispensable que el torero no deje de ver la diana, atrasito del morrillo del animal. Lo más difícil es sincronizar y no perder de vista el blanco, aunque, decía el Doctor, siempre hay la tentación, la precaución, la preocupación o, de plano, el temor de echar una ojeada a los cuernos del toro, en el trance final de su entrega, y allí viene el pinchazo. Como todo buen taurino, el Doctor se incorporaba y lo ilustraba ma-

gístralmente. ¡Olé! También ejerció magístralmente la crónica taurina, dejando muestras extraordinarias, no sólo de buen gusto y conocimiento, sino de pedagogía taurina. Algo que ahora hace tanta falta.

El Doctor Pérez Romo, parafraseando a don Enrique Castaings, podría decirse con toda justicia, y utilizando guangamente el lugar común, fue un “aguascalientense” nacido en Hidalgo del Parral, Chihuahua, que hasta nos legó un toponímico, *acalitano*. Su Xanadú fue nuestra ciudad y nuestro estado, y encarnó los valores de un terruño, al que nada se le ha dado y todo se lo ha sabido ganar. Ser *acalitano*, como ser taurino, es, ante todo, un estado de ánimo. En su magístral obra *El ciudadano Kane*, Orson Welles, con el fondo de Xanadú, desarrolla como tema la imposibilidad de una biografía (cada visión, cada experiencia del magnate, nos oscurece, difumina y aleja de la realidad de aquel ser, grandote más que grandioso e inasible). Con el Doctor, como se verá, cada nueva pincelada de quien lo trató enriquece el caleidoscopio de su persona y su personalidad. En el toreo, paráfrasis de la vida, “se torea como se es”. El dicho se atribuye a Juan Belmonte. Ampliando el diafragma, diríamos, con rotundidad: el toreo se vive como se es.

Su experiencia más trascendente para el toreo de Aguascalientes la vivió como empresario. “La fiesta de toros es en donde me he encontrado los truhanes más truhanes y los caballeros más caballeros”, decía. Cercana la feria y armándose los carteles, el Doctor recibió la llamada de un ganadero que después continuaría como empresario en la Monumental. “Te hablo, le dije, porque estoy en una reunión con unos amigos y uno me está pidiendo que le eche la mano a su hijo, que es matador de toros, al que le veo muchas facultades y le ofrecí ayudarlo para que entre en la feria”. El Doctor, en uno de sus pocos momentos de cierta crudeza, le contestó: “Pues si de verdad quieres ayudarlo, dile que se dedique a la sastrería como el papá, porque de los toros no se va a comer una gorda dura. De cualquier manera, déjame ver si lo puedo meter con un

puesto en alguna corrida, por allí en las últimas de la feria”. El ganadero le dijo: “No, Doctor, no me has entendido, yo les ofrecí que torearía mi corrida y te hablo para que lo tomes en cuenta y ajustes el cartel”. El Doctor le contestó que para el 25 de abril tenía firmados, con esa corrida, a tres primeros espadas, por lo que le preguntó: “¿Dime a quién echo para atrás?”. Le contestó: “Bueno, Doctor, yo se los prometí, no me hagas quedar mal”.

Pasado el incidente, para el novel torero hubo alguna propuesta que no resultó de su agrado y se llegó la feria y el esperado 25. El ganado no había llegado, no obstante que ya estaba funcionando “El Campanario”, lo cual permitía que los ganaderos mandaran sus encierros con anticipación; pues llegaban a descansar, a recuperarse del estrés del viaje y que el trayecto de Peñuelas a la Plaza es relativamente corto, aunado a que el buen diseño y funcionamiento de los corrales permitía el manejo del ganado sin sobresaltos ni incidentes. La víspera, el 24, se estuvo esperando el transporte que, según el ganadero, había ya embarcado. Los esfuerzos del Doctor se enfocaron en buscar de última hora un encierro para sustituir al que no llegaba, incluso la posibilidad complicada de adelantar alguno de los ya presentes en “El Campanario”. En la mañanita del 25 llegó el camión directamente a la Plaza para desembarcar. Recibido el encierro, nos encontramos con que los toros enviados no eran los vistos y reseñados en la ganadería. No hay disyuntiva: se echa para atrás el encierro del ganadero de postín, se busca otro que los espadas acepten torear, se parcha con problemas de confección de los lotes y aceptación de apoderados y figuras o se apechuga. Con su sensatez, mesura y prudencia proverbiales, el Doctor sorteó el incidente. La corrida, aunque pobre, cumplió, y se salvó decorosamente la situación. El encierro reseñado fue luego lidiado en la Plaza México.

Por el contrario, en muchas ocasiones, en particular con los apoderados españoles, bastaba una llamada. Fechas y dinero, a veces ganado; rara vez, muy rara vez, eran alternantes.

Lo normal era que se arreglaran sin “gatos”. Ni para qué cruzar el charco o llevar a cabo la “cacería” de las figuras, ni las reuniones interminables para ajustar caprichos, vanidades y veleidades, que seguramente han existido, existen y existirán, pero que se encontraban con la sensibilidad, el don de gentes, la caballerosidad y donaire y la palabra de hidalgo del Doctor. Más, mucho más complicado era armar los carteles con el ganado. En una ocasión, hecho el cartel para la presentación de José Miguel Arroyo, no faltó quien metió la cizaña de que lo de Torrecilla salía chungo y el padrino ofreció una corrida de Claudio Huerta que, aunque chica y joven, tenía cabeza aparatosa y, por lo mismo, “plaza”. Se hizo la sustitución y en un desplante en que le perdió la cara, el torero recibió una de las más grandes y dolorosas cornadas de su vida.

El gobernador Rodolfo Landeros era amigo personal del Doctor y, como buen aficionado a la Fiesta de los Toros y entusiasta promotor del estado, invitó al Doctor para formar un equipo en la promoción taurina de la Feria de San Marcos. No sólo dio el remedio, sino también el trapito. El apoyo del gobierno fue incondicional, lo que permitió dar una solución a fondo al mal diseño de la Plaza Monumental, que surgió a partir del esqueleto de un lienzo charro tomado como base para erigir la plaza. El pequeño gran detalle de la isóptica hizo que la plaza fuera incómoda y que en las primeras filas se perdiera la visión completa del ruedo. El resultado fue tan desastroso que el gobernador Francisco Guel prefirió no inaugurarla: hubo la primera corrida, pero no un acto de inauguración formal. Luego se trató de remediar subiendo el ruedo, pero los toriles quedaban medio metro abajo. Se amplió el callejón, pero, además de antiestético, resultó impráctico: un callejón amplísimo complicaba desalojar a un toro cuando eventualmente se brincara. La solución que se le dio, finalmente, fue una estética funcional, lo cual le agregó un toque especial e individual a la plaza: los palcos. No tengo ninguna duda de que en la solución tomó parte directa el Doctor, así

como también en la de crear “El Campanario”, una de las decisiones más taurinas y que le dieron un toque personalísimo a la empresa, a la plaza y al serial taurino de Aguascalientes.

Las críticas no faltaron, especialmente de los *masiosares*, que veían en la imitación del Batán un homenaje, porque sí, a lo peninsular y no las razones taurinas para la existencia. En el caso particular de la Monumental de Aguascalientes, la razón fundamental fue que los toros sufrían mucho por el ajeteo, el ruido, las distracciones, los gritos y molestias del ambiente. El toro, que ha pasado cuatro años de su vida en casi absoluta tranquilidad, salvo los movimientos usuales de cambios de potreros de ejercicio en los tauródromos, que por cierto no se usaban hace 50 años, de repente, luego de un traslado azaroso, movido, ruidoso, llega a un ambiente hostil, estruendoso, que altera su sensibilidad a flor de piel. “El Campanario” permitiría que el toro llegara a un espacio tranquilo, con un ruido controlado, con agua y comida fresca y abundante, en donde podría ser observado desde plataformas cómodas. Las instalaciones fueron diseñadas con el apoyo de conocedores del temperamento y manejo del toro de lidia, con pasillos suficientemente anchos para que el toro pasara comodidad, pero bastante estrechos para que no se volviera, con la altura adecuada para no distraerse y con el puerto de desembarco prácticamente a nivel para que el animal no tuviera que subir o bajar y sentir un obstáculo. En todo pensó, e incluso, con la designación de su amigo y reconocido ganadero Francisco Madrazo Solórzano como encargado de “El Campanario”, aseguró la presencia del personal con la experiencia, el conocimiento y el reconocimiento del ambiente taurino. El funcionamiento de “El Campanario” fue todo un éxito y los agoreros del desastre se tragaron sus palabras. El manejo de los toros en los corrales de Peñuelas fue impecable y la posibilidad de ver los encierros hasta con dos semanas de anticipación en un ambiente tranquilo y en un entorno taurino fue uno de los grandes aciertos de la administración de la empresa de la

que el Doctor formó parte y que tuvo su apoteosis con una hecatombe: 108 toros en un serial.

El Aguascalientes de mis recuerdos es taurino, más por ambiente y por tradición que por la existencia real de un número razonable de festejos. Tres corridas en la feria, una que otra novillada, dos o tres festivales y algún festejo cómico taurino. Pero en la Plaza San Marcos, en el rastro de la calle Guerrero, en los corrales de Guadalupe y el Panteón, y en la bolería Calesero de Julián, en el Parián, la llegada de Guillermo “Cabezón” González dio un empuje importantísimo al número e importancia de los festejos, con una administración un tanto gitana, por llamarle de alguna manera, pero la llegada de la empresa taurina con el Doctor, con el matador Eduardo Solórzano y don Julio Díaz Torre transformaron la administración con una visión profesional, transparente, taurina y sin más favoritismos que la Fiesta de los Toros y el apoyo a la afición de Aguascalientes.

La empresa apoyó y dio puestos a los toreros de Aguascalientes. En particular, el Doctor tenía gran fe en los hermanos Sánchez: Ricardo y Fernando. El Doctor convenció al matador Solórzano y don Eduardo se entusiasmó también. Me platicó que el matador pensó que el futuro de la Fiesta en México podría girar en torno a esos dos toreros y se ofreció a enseñarles a torear de capa, una falencia de la que ambos adolecían. El Doctor buscó que el esfuerzo y sacrificio de los toreros se vieran respaldados por la empresa, que no les costara torear y que pudieran ganar unos duros para incentivar su afición. Le interesaba promover a los toreros de Aguascalientes y no veía positivo desgastarlos en enfrentamientos entre sí. El esfuerzo en la empresa dejó el listón muy alto; quedó claro que, sin embargo, más allá de la sensibilidad, la razón, la transparencia y la afición, en el manejo y resultados de un torero, de una ganadería o de una empresa, influyen muchísimos factores y, pese a todo, el Doctor dejó marcada su impronta o, como se

dice en términos taurinos, su sello, y lo hacía con sencillez, con naturalidad, con clase.

Hace algunos años, en la Peña de la Platería, en el Albaycín de Granada, tuve la fortuna de ser invitado a un homenaje de una familia de cantaores y bailaores, “Los Golondrina”. El presentador se refirió al patriarca de la familia y destacó su virtud de “saber estar”. Pienso en el Doctor y en esa virtud y las complementarias que forman una: saber ser, saber tener y, en ocasiones, saber no tener y saber estar, pero también hacer sentir bienestar, porque si algo tenía el Doctor, era hacerte sentir bien, estando con él. No en balde decía Antonio Chenel “Antoñete” que en el toreo, como en la vida, lo fundamental era la colocación, que es una manera de saber estar.

La Secretaría de Educación Pública pedía la presencia del rector y el Doctor me indicó que lo acompañara; los astros se alinearon, especialmente Tauro y el Boyero. La cita era el lunes, pero el domingo toreaba Rafael de Paula. El domingo en México comimos en el “Gran Taquito”. Apenas nos habrían servido las entradas cuando ingresó un torero, un torero de verdad, sin poses ni afeites ni adminículos, de la montera a la zapatilla, aún sin montera ni zapatilla; de mediana edad y mediana estatura, con un traje tabaco, el pelo engomado, los ojos verdes, la piel aceituna y partiendo plaza. El Doctor se levantó como si pasara el Viático. “Es Cagancho, Chuy”, me dijo; se levantó y fue hacia él. Lo tomó de ambas manos con emoción manifiesta, yo no alcanzaba a escuchar y permanecí parado en nuestra mesa. Con evidente satisfacción, don Joaquín Rodríguez contestaba las palabras del Doctor. Se despidieron y el Doctor volvió a sentarse, todavía exultante. Le comenté que lo había visto saludar a presidentes de la República, embajadores, a grandes personajes, rectores extranjeros, grandes dignatarios, sabios y reconocidos maestros, pero nunca lo había visto tan emocionado como con el matador. “Es que es Cagancho, Chuy”, me contestó. La tarde fue anodina: dos o tres destellos de Rafael de Paula, vestido elegantemente

con un terno tórtola, y paremos de contar. De Paula nunca fue un operario del toreo, sino un artista de “soplo”, y esa tarde, para variar, nos la soplamos. Meses después, durante un viaje a España, me llamó el Doctor, lo cual no era tan frecuente. Me llamó para decirme: “Vi torear a De Paula, olvídate de lo que hayas visto”. Sin duda, el Doctor estaba tocado por los dioses, especialmente los taurinos.

La muerte, torpe pero eficiente segadora, le apartó a sus amigos, a sus viejos amigos, mas siempre tuvo la virtud de generar nuevas amistades y de retar a Gibrán; de seguir, quizás sin admitirlo, a Nietzsche. Gibrán daba la receta de la dicha: “que tu pensamiento no rebase el día de hoy”, pero Nietzsche afirmaba: “me pertenece el pasado mañana”. Sufrió ausencias dolorosas, pero nunca experimentó vacíos; su ser de naturaleza expansiva llenaba con el amor lo que para otro hubiera sido un hueco. Helikón (evento que convoca continuamente al diálogo universitario) fue uno de sus últimos proyectos de una serie inacabada e inacabable, porque siempre estaba en ebullición. Su palco en la plaza era el referente; su bonhomía, su amabilidad; su presencia cumplía una función luminosa. Algunos, pocos, disfrutábamos de su picaresca, de su humor, frecuentemente refrenado, y de su crítica, aguda pero reservada para pocos cabales.

Primero fueron las piernas: lo asumió con dignidad y el bastón fue un detalle adicional de distinción para un caballero con donosura y señorío: fina estampa, caballero. Luego el corazón, agotado, no de trabajar, sino de prodigarse, el que mandó un aviso, que el Doctor reconoció y asumió. Ahora lo recuerdo e imagino, citando a Antonio Gala: “no se molesten en acompañarme, conozco la salida”. El viernes por la noche hablamos: “¿Vas a ir a la corrida mañana?”, me preguntó. “No; como dijo don Juan Andrea: ‘Acúsome, Padre, que no soy tan pendejo’”, le dije. Reímos. “Yo tengo que ir, me van a entregar un papel”, me dijo. ¿Qué más papel le pueden entregar luego del ridículo de darle un reconocimiento de “Huésped distin-

guido” después de 90 años de *acalitanidad*? “¡Ah, qué Chuy!”, me dijo. “Doctor, está usted convaleciente, fue una cosa seria, ¿para qué se expone?”, le dije. El Doctor me contestó: “Mira, Chuy, estoy consciente de que estoy viviendo mis últimos días y los voy a vivir como he vivido toda mi vida: intensamente”.



Diálogo con el pasado:
entrevista de Juan Ángel José
Pérez Talamantes
a David Clemente Sánchez

Invité a don David Clemente Sánchez, a principios de 2024, a participar como escritor en el presente libro, acerca de la vida de mi padre. Aceptó de muy buen gusto. Con el tiempo, me pidió que platicáramos, antes de escribir, acerca de sus memorias y experiencias que quería reflejar en su escrito, y para ello me invitó una mañana a su domicilio particular.

Fui recibido por don David, la señora Cristina, su esposa, y por Enrique, su hermano, con quienes pasé, no solamente una mañana espléndida y agradable, extendiéndose hasta después del mediodía, sino que se convirtió en un brillante ejercicio de memoria y recuerdos afectivos de una amistad que no tenía la sospecha que fuera tan entrañable entre mi padre y

don David. Acordamos dar un formato de entrevista a nuestra conversación y compartirla con el público, porque hay detalles de valía y de importancia para la historia reciente de la tauromaquia en Aguascalientes.

JAJPT: Don David, es sabido que todos los originarios de Aguascalientes, desde su infancia, tienen contacto con el mundo taurino: ¿cómo fue su infancia?, ¿en qué calle vivió?, ¿cuál fue su primer contacto con el mundo de los toros?

DC: A los cinco años asistí a los toros. Me llevaban mis tías, María del Socorro y María del Carmen, hermanas de mi madre, María de Jesús, a quien todo el mundo le llamaba “Chita”. En aquel entonces, vivíamos en el Edificio Victoria, que está localizado en las calles de Allende y Victoria, por el paso del Parián a la Plaza de Toros San Marcos, por donde desfilaban los toreros para ir a entrenar. En ese entonces, veía pasar por ahí a los toreros que iniciaban sus carreras taurinas, como fueron Rafael Rodríguez y Humberto Moro. Recuerdo que también empecé a ir a la plaza en compañía de Alfonso Ramírez, hijo de “Chito” Ramírez, que era, y fue, durante muchos años, el empresario de la Plaza de Toros San Marcos. Él vivía en el centro, sobre la calle de Avenida Juárez, y pasaba por mí para ir juntos a la plaza. Con él, además, existía un parentesco: éramos parientes lejanos por parte de mi madre. Así empecé a asistir a la plaza a ver entrenar a los novilleros, matadores y también toreros importantes.

JAJPT: Muchos amigos me han platicado que mi padre fue su médico pediatra, ¿a usted lo atendió como tal?

DC: Efectivamente, desde que llegó a Aguascalientes y empezó a ejercer la pediatría fue el médico familiar infantil de casa. Nos atendía a nosotros como infantes y también a todos mis

hermanos. Había una cercanía y una amistad, independientemente de ser el médico de casa. Teníamos la oportunidad de recurrir a él cuantas veces fuera necesario.

JAJPT: Don David, ¿dentro de su familia hay afición por la Fiesta?

DC: Sí, en la familia siempre hubo una gran afición a los toros, esto venía de tiempo atrás, yo no sé si heredado en toda la familia, porque existía, desde luego, una relación familiar lejana con Alfonso Ramírez “el Calesero”, con Alfonso Pedroza “la Gripa” y, desde luego, con José Sánchez, que era hermano de mi madre y en aquel entonces estaba dentro de las filas novilleriles de aquí de Aguascalientes.

JAJPT: Aunque hubo diferencias de edades entre usted y mi padre, quisiera saber cómo es que lo conoció, cómo se hicieron amigos.

DC: Lo encontraba con frecuencia en la calle Madero, acompañado yo de Héctor Sergio Palacios, apodado “Cajerito de Jerez”, que fue ahijado del Doctor Pérez Romo; y charlábamos: él nos dispensaba tiempo, a pesar de sus múltiples ocupaciones, y para nosotros era muy agradable conversar con él, como también lo hacíamos con algunos otros profesionistas que radicaban aquí en Aguascalientes, quienes eran muy jóvenes. Me acuerdo muy bien del doctor Blanco, que era dentista, del químico Jesús Martín, del doctor Ruvalcaba; en fin, ellos fueron nuestros maestros en la secundaria, pero, además de eso, tanto a Cajerito como a un servidor nos gustaba conversar con ellos y, cuando los encontrábamos en la calle, charlábamos y nos dispensaban tiempo. Yo creo que también para ellos era interesante platicar con jóvenes que, además de ser sus alumnos, nos consideraban amigos.

JAJPT: Mi padre fue un hombre muy reservado en sus comentarios. Pese a ello, sé que le tuvo mucha confianza, desde antes de ser empresario taurino. ¿Cómo fue su relación en esa época?

DC: Fue una relación amistosa y de confianza. Después de ser empresario, cuando yo venía de México, teníamos pláticas taurinas y hablábamos sobre contrataciones, sobre las figuras del momento, tanto en México como en España, y de la convivencia que tuve oportunidad de tener con ellos. Debo mencionar algo: además de su interés, tenía una gran percepción artística, porque sabía apreciar y valorar las actuaciones artísticas de los toreros de arte de aquella época.

JAJPT: ¿Tiene algunas anécdotas que usted recuerde de sus reuniones? ¿De qué hablaban?

DC: Cuando fui empresario y tenía contacto con el Doctor, yo iba a su oficina y ahí él me mostraba interés de saber cómo eran las contrataciones, cómo organizaba las corridas y las temporadas, las ferias que me tocaba manejar. Teníamos toda la confianza. Yo sabía que de él tampoco salía lo que comentábamos, no pasaba a terceras personas; era muy discreto en todo lo que platicábamos, porque en el mundo de los toros es muy importante ser reservado y no hacer públicas muchas cosas que pudieran dañar la imagen de la Fiesta, porque eso puede traer problemas al momento de contrataciones y dificultar las cosas o malinterpretarse.

JAJPT: Recuerdo que alguna vez fuimos juntos a pescar a Ciudad Victoria, Tamaulipas, a la presa Vicente Guerrero. Fue muchos años antes de que ambos se involucraran en asuntos de empresas taurinas, ¿lo recuerda?

DC: Claro. Hubo un torneo de pesca de parejas, padres e hijos, y se llevó a cabo allá. Los participantes fuimos puros hidrocálidos, y en aquella ocasión me tocó junto con Dave, mi hijo, ganar ese torneo.

JAJPT: Don David, me acuerdo que vi torear muchas veces a mi padre, pero nunca en un festival taurino. ¿Alguna vez lo vio en eventos taurinos, con público?

DC: Vagamente lo recuerdo. En la Plaza San Marcos se dio algún festival taurino en donde alternaron varios médicos, entre ellos el doctor Liborio Aguilar, el doctor José Ramírez Gámez, el abogado Ramírez Gámez, si mal no recuerdo, con novillos de Peñuelas. Tengo en mente que más o menos así fue y, desde que partieron plaza, el Doctor se veía muy bien, porque siempre demostraba personalidad y una verticalidad donde quiera que andaba.

JAJPT: De aquellos años de juventud, ¿recuerda con quién toreaba?

DC: Sí, claro, con los aficionados de aquí de la localidad: el Botas de la Serna, Chito Ponce, el Loco Gómez, el Cabezón González, Gustavo Talamantes, Paco Muro, Pepín Ramírez Insunza. Con ellos alternaba. Además de que se llevaban a cabo festivales taurinos en los que participaban aficionados prácticos que venían de la Ciudad de México, como Chucho Arroyo, Lalo Azcué, Paul Arman y varios otros. Ya toreaban novillos-toros, eso daba mucha importancia y seriedad a los festejos y, así, Aguascalientes, que siempre fue un lugar favorecido por la visita de aficionados a la Fiesta Brava, tenía su importancia, porque aquí, como estábamos rodeados de ganaderías, venían a parar, tanto novilleros que pretendían llegar a matadores de toros, como también venían matadores, que asistían a las tientas que se daban en diferentes ganaderías locales,

como La Punta y de Zacatecas. En fin, era un lugar donde había una gran afluencia.

JAJPT: Yo recuerdo que, cuando fue empresario taurino, disfrutó mucho de ese trabajo, a pesar de que, a ratos, estuviera preocupado, desesperado, decepcionado. Fue un mundo difícil para una persona que sólo había pisado el ruedo como aficionado, ¿no lo cree usted?

DC: Sí, efectivamente, la vida empresarial de los toros es muy complicada y requiere de mucha entrega y dedicación. El Doctor puso empeño en manejar los conflictos de los toros, contando con el apoyo, desde luego, de Lalo Solórzano y Julio Díaz Torre. En este aspecto, creo yo que Solórzano tenía la experiencia, porque había tenido la oportunidad de vivir varios años en España y seguramente aprendió muchas cosas allá, además de que estaba al lado de Chucho, su hermano, que definitivamente fue una figura del toreo y dejó una huella profunda en el mundo de los toros. Creo que Solórzano complementaba y aconsejaba tanto al Doctor como a Julio Díaz Torre, y pudieron salir adelante, con esa terna que estaba formada por ellos.

JAJPT: Estoy cierto en que don Julio Díaz Torre y mi padre eran sus amigos desde su juventud, ¿no es así?

DC: Así es: el Doctor, por trato social, como ya lo he comentado; a Julio Díaz Torre lo empecé a tratar, en Aguascalientes, por la afición a la cacería, al principio por conducto de Beto Guerrero, tu primo, y después en México, en una cena semanal que se celebraba en el restaurante “La Cabaña”, a donde acudían todos los cazadores de renombre (casi todos los que asistían a esas cenas ya habían cazado en África). Para mí, que en aquel entonces no cazaba tanto, era una muy buena experiencia. En esos eventos traté con mayor cercanía a Julio

y trabamos una amistad que hoy perdura con mayor fortaleza. Yo era el más joven de ese grupo que se formaba. Varios de ellos fundaron posteriormente el Club Safari en la Ciudad de México. El grupo también era conocido como el Club Kuapeche y ahí asistían los grandes cazadores de toda la República, cazadores que han dejado historia, porque varios de ellos han escrito libros interesantes sobre sus experiencias cinegéticas alrededor del mundo.

JAJPT: ¿No le parece difícil que dos empresarios, ajenos al mundo taurino, asociados de un matador en el retiro, hubiesen hecho empresa en la Feria Nacional de San Marcos, aquí en Aguascalientes?

DC: Sí, creo que no debió haber sido fácil, sin embargo, salieron adelante y creo que ayudaron mucho los conocimientos, como ya lo mencioné, del matador Solórzano, aunque en lo administrativo, el Doctor Pérez Romo y Julio estaban capacitados para manejarlo, sobre todo el Doctor.

JAJPT: Como empresa, ¿lograron algo diferente en esa época?

DC: Sí, hicieron algo importante, pues dieron un impulso a la Fiesta, al dar mayor número de festejos, aunque no todos exitosos; sin embargo, sentaron un precedente importante al ofrecer un gran número de festejos taurinos. Posteriormente se reflejó en la importancia que tuvo la plaza y la Feria de San Marcos.

JAJPT: ¿Cómo cree usted que lo lograron?

DC: Tomándolo como un reto y poniendo la Plaza de Toros de Aguascalientes como la más importante y taurina del país y Latinoamérica. Fue un gran precedente para años posteriores, con las empresas que también llegaron a manejar la plaza.

JAJPT: ¿Recuerda usted una construcción que se hizo en Peñuelas, llamada “El Campanario”, en la que se mostraban los toros que se lidiarían en la feria? En un principio fue muy celebrada, pero después ya no, ¿cuál es su opinión?

DC: Fue muy bien visto en aquella época, pues exhibir los encierros era del agrado del público, además, era muy cómodo ir a ver los encierros en Peñuelas y de ahí uno se podía pasar a tomar algún refrigerio, alguna copa, porque había cerca un restaurante. Después, esto ya no fue funcional, porque se decía que el manejo de los toros se dificultaba, los toros se lastimaban y entonces optaron por cerrarlo. Sin embargo, sentó un precedente de importancia y del agrado del público, porque esto era algo similar a lo que se hacía en la Plaza de Las Ventas, en Madrid, en los corrales del Batán; pero allá, la ventaja era que el manejo de los toros se facilitaba porque el mismo Batán estaba contiguo a Las Ventas, entonces no tenían el riesgo de hacer arrastres del lugar de exhibición a la plaza; en cambio, aquí, había que volver a embarcar y volver a desembarcar, con lo cual se traía el riesgo de que se lastimaran los toros y no era conveniente, puesto que los encierros podrían verse afectados.

JAJPT: ¿Recuerda cómo era la Plaza Monumental de Aguascalientes?, ¿le gustaba?, ¿qué opinión le merecía como plaza de toros?

DC: En la época del doctor Guel como gobernador, se construyó la plaza con la aportación de Víctor de los Reyes “el Embajador” (así le llamaban), a través de una plaza portátil, que era una estructura de hierro que se había usado en Ciudad Obregón, la cual era patrocinada por Cervecería Moctezuma, de la que Víctor era representante. A partir de entonces, se contó con una plaza de mayor aforo, que fue la Plaza San Marcos. La Monumental se construyó sobre esa plaza portátil que aportó Víctor de los Reyes y que luego se remozó; sin

embargo, lo que más me gustó fue la última remodelación que llevó a cabo el arquitecto Rivera Río, aunque también tengo entendido que el proyecto de ampliación no fue precisamente su idea, él fue el encargado de llevarla a cabo y creo que quedó en buenas condiciones: disminuyeron el callejón con el que contaba la plaza, era demasiado amplio y, entonces, a las primeras filas de los tendidos no les permitía tener una visión adecuada de lo que estaba pasando en el ruedo, por lo que se redujo el callejón y se ampliaron los tendidos, y entonces quedó como actualmente está, cosa que llevó a cabo muy bien el arquitecto Rivera Río. Posteriormente, estando yo dentro de la empresa que manejaba la plaza, se hicieron también unas modificaciones, como construir un palco de empresarios, un palco de ganaderos, porque originalmente había burladeros. Al de empresarios le pusieron una conexión para poder subir directamente a los corrales, a los toriles, porque hay ocasiones en que es necesaria esa presencia en los toriles, para estar vigilando la salida de los toros al ruedo. Ésas fueron las últimas modificaciones, además de cambiar y ampliar el número de corrales que tenía la plaza, para poder tener más encierros a la mano, por lo que se pudiera ofrecer, cuando se lastimaran los toros.

JAJPT: Recuerdo que en Aguascalientes pudimos ver a José Miguel Arroyo “Joselito”, a Capea, a Manzanares, a Curro Durán, Roberto Domínguez, Víctor Mendes, al Soro, a Campuzano, a Curro Vázquez, entre otros, ¿recuerda esas temporadas?

DC: Claro, aunque no asistí a todos los festejos, por radicar en la Ciudad de México, pero debo decir que su participación impuso un sello de importancia a la plaza y a la feria, por ser figuras del momento, y eso caracterizó a la Plaza de Aguascalientes, por traer figuras importantes, lo que distinguió con mayor categoría a nuestra Feria de San Marcos, haciéndola

más atractiva. Desde entonces se siguió incrementando la participación de figuras extranjeras, lo cual le dio una importancia y un sello muy especial a la plaza de toros.

JAJPT: Me interesa su opinión como empresario taurino: ¿cómo es posible que tres amigos, ajenos al mundo empresarial de ese ámbito, hubiesen podido dar esas ferias y hubiesen sido respetados?

DC: Demostraron su capacidad e interés en repuntar el prestigio de la plaza. Aquí aplica el dicho “querer es poder”. Ellos lo demostraron con ese interés grande que pusieron al manejar la plaza y poderla impulsar y llevarla a más, cosa que ha repercutido con posterioridad, porque la feria cobró más importancia. Podemos ver a aficionados de todo el orbe taurino, inclusive del extranjero, que año con año tienen interés en asistir al serial taurino de la feria.

JAJPT: Ya sin ser empresario taurino, mi padre platicaba mucho con usted. Sé que fueron muy buenos amigos. ¿Hablaban de su trabajo como empresarios?

DC: Sí, teníamos pláticas haciendo remembranza de nuestras épocas empresariales, nuestras experiencias y momentos difíciles que pasamos estando al frente de las empresas, y, bueno, experiencias que compartíamos y disfrutábamos, porque, para un empresario, todos esos detalles, al traerlos a la mente, vuelven, como cuando uno estaba en activo.

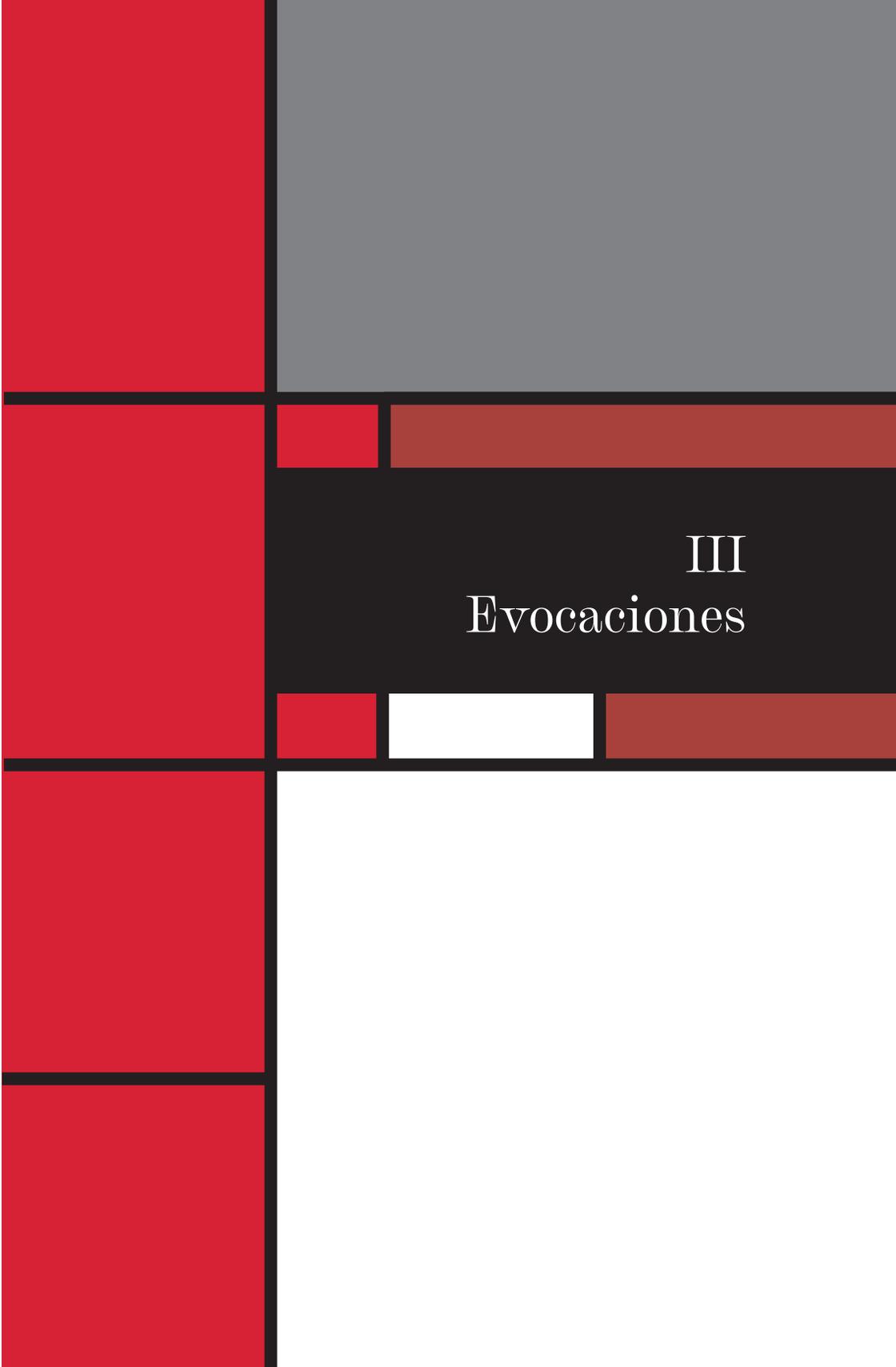
JAJPT: ¿Llegaron a compartir estrategias sobre cómo armar la feria, los carteles, traer a las figuras, dar oportunidad a nuevos toreros?

DC: Sí, claro que sí, compartimos nuestras experiencias, compartíamos nuestra forma de ver las cosas, la forma de cómo se

llegaba a la contratación de ganaderías, de toreros, etcétera. Nos juntábamos a platicar, porque al Doctor, que ya había pasado por eso, le gustaba estar al tanto de todos los detalles del manejo de la Fiesta. Siempre le tuve confianza por la seguridad de su discreción y secreto. Hablábamos de muchas cosas, desde la conformación de los carteles, las fechas y las ganaderías, hasta las estrategias publicitarias, temas que, desde el punto de vista empresarial, son interesantes. Actualmente ha habido mucha polémica al respecto de si ha sido bien manejada en épocas recientes o si está bien manejada en la actualidad. Creo que sí, aunque la difusión de la Fiesta ha sido y se ha llevado en una forma totalmente diferente a como se llevaba. Puedo mencionar algo que considero que han pasado por alto en la actualidad: uno va, como aficionado, a comprar su derecho de apartado, se compra su boleto, pero no hay ni siquiera un programa en donde se muestren cuáles son las fechas de las corridas, los carteles, etc. Y luego llegan, vía WhatsApp o lo que sea, y resulta que muchos mensajes son ilegibles, entonces, creo yo, ahí hay una falla. Parece que no, pero repercute en la difusión adecuada de la Fiesta del serial taurino. Eso, por un lado; por otro, ha habido también ciertas fallas que han sido comentadas dentro de los grupos taurinos, en las peñas taurinas y con los aficionados. La comunidad ha visto ciertas deficiencias y cosas que no están bien manejadas, por ejemplo, el manejo de los esquilmos dentro de la plaza, puesto que obligan a comprar determinado número de cervezas, con precios que son elevados. Eso parece que ha incomodado y molestado a la afición. Sin embargo, la capacidad taurina para la contratación, tanto de corridas como de matadores de toros, creo que ha sido adecuada. Esperemos que la feria que está a punto de iniciar sea exitosa: exitosa para la Fiesta, exitosa para la empresa y exitosa para el público.

JAJPT: ¿Cómo recuerda usted a mi padre?

DC: Pues, hombre, la verdad yo lo recuerdo con mucho afecto, con cariño, porque me tocó tratarlo desde que yo era un niño; siempre fue una persona amable, educada y respetada. Él sabía respetar a las personas, a sus amigos, a la gente que se le acercaba. Fue una persona que nunca negó el saludo o una plática a quien estuviera interesado en platicar con él; una gran persona, un personaje en la ciudad de Aguascalientes que dejó una huella profunda; amable, bien visto, puesto que también participó en otras áreas importantes del desarrollo, no sólo de la Fiesta, sino de nuestra ciudad; ejemplo de ello lo tenemos en la fundación de la Universidad Autónoma de Aguascalientes, en la que él fue partícipe importante desde el inicio. Así es que, para mí, fue una persona admirable. Todo mundo y todos los hidrocálidos siempre lo recordaremos con cariño, con respeto y con reconocimiento por toda su labor dentro de nuestra querida ciudad de Aguascalientes.



III
Evocaciones



En una tarde de abril

María Teresa Arellano Madrazo vda. de Rodríguez †

Deseo comenzar mi breve aportación agradeciendo con todo cariño a Juan “Juanín” Pérez Talamantes y a sus encantadoras hermanas por la invitación que me han hecho al pedirme compartir vivencias y recuerdos sobre su padre, en este libro que tan merecidamente compilará mucho de lo que ha sido el Doctor Alfonso Pérez Romo para Aguascalientes y para todos los que lo conocimos. Y es que Alfonso fue un hombre importantísimo para Aguascalientes en su desarrollo cultural y académico; todos sus hechos, su siempre inagotable e incansable disposición para ayudar a las causas benéficas nos hablan de un hombre excepcional. Recuerdo cuando estuvieron mi mamá, “Minita” Madrazo de Arellano, y Rafael Rodríguez, mi esposo, al frente

de la Cruz Roja. Él siempre estuvo dispuesto a ayudar para enriquecer y abastecer la institución. Su brillante gestión en el Hospital Hidalgo y en el transcurso de la formación y solidificación de la Universidad Autónoma de Aguascalientes, más muchos otros proyectos y aportaciones importantes, forman ya parte de la rica historia de nuestro estado. A su partida, dejó una universidad digna de cualquier patrimonio cultural que se precie de atesorar dicha herencia, propia del pasado de su comunidad y que, en su trascender hasta los tiempos presentes, logra ser transmitida a las generaciones futuras.

Fue un hombre muy culto, gran lector, gran conversador, gran amigo. Recuerdo una cálida mañana que nos recibió a mi hija, María Teresa, y a mí en su casa, en donde la charla fluyó por distintos senderos para terminar en España, porque era un apasionado de la historia de ese gran país; concretamente, Granada, y en Granada, la Alhambra. Nos dijo estar maravillado por la lectura de un libro muy interesante que recién le habían obsequiado, titulado *Leer la Alhambra*, de José Miguel Puerta Vilchez, una profunda investigación para poder leer el monumento a través de sus inscripciones y epígrafes. Cuando tuve la oportunidad de regresar a Granada, después de adquirir y leer el libro, la Alhambra era ya otra a mis ojos. Es como si en aquella amena charla me hubiese entregado también las llaves de tan magnífico lugar. Alfonso era así, generoso con sus amigos.

Y es que era un hombre profundamente sensible a todas las artes, enamorado y amante de la belleza en todas sus formas; como diría el filósofo suizo Henri-Frédéric Amiel: “un espíritu cultivado”, o sea, aquel que puede mirar las cosas desde muchos puntos de vista. No es de extrañar, pues, que tuviera una gran sensibilidad, también, para entender la más profunda esencia de la tauromaquia, además de ser gran conocedor y aficionado de cepa de la Fiesta. Vayan mi recuerdo y cariño hacia él, refiriendo la siguiente anécdota.

No hace mucho tiempo, Alfonso me llamó para invitarme a una corrida de toros durante la Feria Nacional de

San Marcos. Con mucho gusto asistí y tomamos asiento en su cómodo palco, en sus barreras, que es justamente arriba del burladero de matadores. Como yo estoy acostumbrada, siempre he estado sentada en la plaza junto a gente que sabe y entiende de toros, por eso no me extrañó que Alfonso no hablara, que no nos pusiéramos a platicar; nos quedamos en silencio, atentos a que se abriera la puerta de cuadrillas.

Parten plaza, da inicio la corrida, toorean los alternantes y cuando lidia uno de los acartelados, español, logra hacer una faena que nos pareció, a Alfonso y a mí, novedosa, emotiva y llena de arte, una faena de aquellas que transmutan el espacio para apoderarse del instante. Aplaudimos, nos sentamos y cuando regresó el matador al callejón, quisimos felicitarlo por la faena que había consumado y en la cual había cortado orejas. Cuando lo buscamos para felicitarlo, Alfonso le dijo nada más “gracias”, un gracias profundo y lento de esos que tocan el alma y recorren la piel. Entonces vimos que este muchacho estaba llorando como un niño; llorando que no podía contenerse, profundamente emocionado, pues sabía lo que había logrado. Yo volteé a mirar a Alfonso y me di cuenta que se le habían arrasado los ojos y a mí también. Al matador le conmovió mucho que le agradeciéramos por la faena. Aquélla fue una hermosa tarde de toros en una gratísima compañía. Gracias, Alfonso.

Marzo de 2024



Qué suerte la mía

Javier Borrego Estrada

Conocí al Doctor Alfonso Pérez Romo al inicio de los años 80, cuando acompañé a don Antonio Llaguno Ibarzüengoitia, ganadero de Torrecilla, a una corrida de toros de ese histórico hierro de Aguascalientes. Yo, muy joven, inmediatamente quedé cautivado de su educación, sencillez y buen trato; enseguida me percaté de que estaba ante un gran aficionado a los toros; después coincidí con él en la ganadería de Matancillas, a invitación de los matadores de toros Ricardo y Luis Fernando Sánchez, que le echaron un par de becerras. También me sorprendió lo bien que toreaba y sobre todo la personalidad y solvencia con que lo hacía; coincidí luego con él en la ganadería de Santa Fe del Campo, de los hermanos Juan Diego y Lucio Pablo

Gutiérrez Cortina, a donde fue a reseñar una novillada. Fue tanta mi afinidad con él, que, como dicen, de ahí *pal real*.

En 1992 me mudé de Zacatecas y establecí mi residencia en Aguascalientes. Me hice amigo de mi hoy querido compadre Juan Ángel José Pérez Talamantes, con lo que se acrecentó mi amistad y cercanía con él. Era frecuente pasar domingos en casa de Juan viendo la transmisión de las corridas de la Plaza México, con los consecuentes comentarios hacia ellas. En las reuniones familiares y de amigos nos bajaba el “duende” de la bohemia y me gustaba acompañarle en todas esas melodías de Agustín Lara que tan bien interpretaba. Le llamaba la atención que me supiera canciones que incluso algunos de los músicos ya no interpretaban, como “Ausencia”, “Humo en los ojos”, “Mírame”, entre otras; para las rancheras “viejitas” tenía una muy especial manera de interpretarlas, con ese aire de aquellas épocas que seguro vivió y disfrutó con esplendor.

Vivir la Fiesta de los Toros con conocimiento, entusiasmo, afición, pasión y cultura, a través de gran parte del siglo pasado y lo que va de éste, es algo que muy pocas personas tuvieron la posibilidad de presenciar; el toreo se fue transformando en lo que hoy es. El Doctor fue uno de ellos, y yo, a través de él, charlando, analizando y bebiéndome ese bagaje de historia que para mí fue enriquecedor; comprendí y entendí algo que sólo había leído. A través de su mano, fue más fácil; esa conversación tan nítida y sensata era una verdadera delicia.

Aficionado es el que tiene el gusto por alguna actividad o espectáculo, pero en la Fiesta de los Toros, que es un universo de manifestaciones artísticas y dramáticas, en el Doctor se desarrolló con mayor gusto y profundidad. En los aficionados y profesionales de la Fiesta, hay los que simple y llanamente asisten a disfrutar un espectáculo en el que, como dijo él, “se siente y se vive el rito”; otros se convierten, con base en su afición, en estudiosos del toreo, algunos en estadísticas y efemérides, otros en biógrafos de toreros o críticos, donde generalmente el torero es el centro del espectáculo; también hay quien vive

la sensación de torear en tientas y festivales, como aficionado práctico, alimentando su pasión con esa sensación única e inigualable que es torear; otros, plasmando en un lienzo o una escultura o en unas notas musicales, todo ese complejo sentimiento de drama, rito y pasión que se vive en una plaza de toros.

La afición del Doctor nació en su infancia y fue envuelta por la época de una provincia mexicana llena de costumbres y tradiciones. Él mismo narra que, en los barrios, los chiquillos corrían tras el convite que despertaban fantasías, sueños y emociones, con la ilusión de conocer una plaza de toros y sus toreros; ahí nacían, en estos niños, esos pases al viento con cualquier trapo y jugar a las corridas de toros con sus amigos en una vida feliz, con paz en las calles, sin tecnología, donde los niños eran eso, niños con la inocencia bendita de esas almas limpias, con pureza, ingenuidad y libres de maldad: escuchaban ya los nombres de los toreros famosos de la época, haciéndolos sus héroes e inspirándose en ellos para torear y estoquear en sus corridas imaginarias, donde se llenaban de gloria, aplausos y ovaciones.

Cuando llega al Doctor su etapa de estudiante y se traslada a la Ciudad de México es donde afianza y forma su afición; era una ciudad con dos millones de habitantes, abundaban coches de lujo y monumentos; llega Miguel Alemán a la presidencia; hay una gran migración de españoles después de la Guerra Civil y estalla la Segunda Guerra Mundial. En lo taurino: la época de oro. Fue ahí donde el Doctor vivió, en el Toreo de la Condesa, una época histórica en nuestra tauromaquia; muchas veces me llegó a compartir, en nuestras tertulias, la gran ilusión que le provocaba ir a las corridas y ver a esas grandes figuras; tuve el honor de que me regalara su colección de revistas *La Lidia*, de esas temporadas, lo que me ilustró y me hizo comprender todo lo que me contaba.

Lo más admirable del Doctor, como aficionado, fue, sin duda, su equilibrio para ver la Fiesta. En un espectáculo tan pasional, es difícil poder ver las cualidades de todos los toreros,

la mayoría de aficionados les nubla la pasión en sus juicios y magnifican los defectos de toreros que no son de su gusto; a él nunca lo oí enjuiciar, siempre daba opiniones hacia lo bueno, lo positivo, lo que suma, lo que enriquece el juicio y el alma, lo que hace que la Fiesta de los Toros sea bella y conserve su esencia. Lo escuché hablar del capote de Pepe Ortiz, de la sobriedad de Jesús Solórzano, de la garra de Paco Gorráez, de la sabiduría de Fermín Espinosa “Armillita”, de la personalidad arrolladora de Lorenzo Garza, del sentimiento y pasión de Silverio Pérez, de la facilidad y poderío de Carlos Arruza, de la reciedumbre y carácter de Luis Castro “el Soldado”, de la pinturera de David Liceaga, del corazón de Antonio Velázquez, del duende y clase de Alfonso Ramírez “el Calesero”, de la mexicanidad de Gregorio García, del carisma y contrastes de Luis Procuna, de la elegancia, empaque y pureza de Joaquín Rodríguez “Cagancho”.

También, sin duda, fue una gran época para las ganaderías mexicanas. Nuestras charlas tenían, para mí, un gran interés, por mi condición de ganadero, de modo que con él podía escuchar la visión de un gran aficionado que me dio juicio y una perspectiva de cómo era el toro de esos años. La rivalidad ganadera de entonces, además de enriquecer el contenido del espectáculo con tantas figuras de tan diferente estilo, hizo que existiera, entre la afición, no nada más la pasión por los toreros, sino la pasión por el juego de los toros: por un lado, Zacatecas con San Mateo y Torrecilla; por otro, Tlaxcala con Piedras Negras, La Laguna y Zotoluca; sin dejar de mencionar a Jalisco con La Punta y Matancillas, entre muchos otros ejemplos. Siguiendo con nuestras charlas, puntualizaba cómo esa pasión de la afición se vivía también en las figuras, pues Garza encabezaba la preferencia por los Llaguno, y Armillita por Tlaxcala y La Punta. Y los seguidores de ambos también se manifestaban: unos por los toros zacatecanos y otros por los tlaxcaltecas, lo que ponía un ingrediente de furor en los tendidos, pues hacía que las tardes de toros fueran muy intensas en éxitos o broncas.

En su etapa empresarial, marcó un parteaguas en nuestra feria. Tuvimos la oportunidad de ver muchas coletas peninsulares. Antes de que se formara la empresa con don Julio Díaz Torre, Eduardo Solórzano y el propio Doctor Pérez Romo, venían únicamente los españoles consagrados, así que, de la mano de esta empresa, pudimos ver muchas caras nuevas de la baraja taurina española, de los cuales sólo teníamos referencia a través de la prensa y algunas filmaciones de aficionados que asistían a muchas de las ferias españolas: Nimeño II, Curro Vázquez, José Antonio Campuzano, Víctor Mendes, Manzanares y Capea marcaron ya lo que fue una época histórica en nuestra Feria de San Marcos.

Con motivo de su cumpleaños 80, me llamó mi compadre, Juan Ángel, con la idea de festejarlo con sus amigos y familia en un entorno taurino. Me dijo que Manolo Espinosa “Armillita” amablemente les prestaría su cortijo y me pidió dos becerras para que su papá “echara la capa”. A mí se me ocurrió mandar cuatro becerras, dado que muchos de los invitados tenían el “mal de montera” (entre ellos, el propio Juanín) y con dos iba a ser insuficiente. La intención era que nadie se quedara sin torear, así que envié, para tal propósito, las cuatro. La gran sorpresa fue que el Doctor ¡toreó las cuatro! Lo que, en lo personal, me dejó atónito. Torear cuatro becerras, a los 80 años, exige mucho, hasta para un profesional. Fue un gran día con tan querida familia que recordaré siempre.

La vida pone en nuestro camino personas que se llegan a querer para siempre, que nos enseñan a ser mejores, que enriquecen el alma y espíritu, que nos hacen ver cuán difícil es encontrar seres humanos como don Alfonso Pérez Romo, que con sencillez y humildad forjó su grandeza. Después de esto, querido Doctor, me serviré un escocés, tomaré mi guitarra e imaginaré, con gran cariño, acompañarle con su “Negra”, su esposa consentida.

Aguascalientes, primavera de 2024



El palco del Doctor

Librado Jiménez

Conocí al Doctor Alfonso Pérez Romo en casa de mis padres. Esta casa era tomada como cuartel de taurinos durante el famoso Carnaval de Jalos y en las recámaras o en la sala misma se vestían los toreros anunciados en la Plaza El Progreso, un viejo coso construido en adobe, sin callejón, con elementales servicios y de un cupo limitado para un pueblo en desarrollo. En el pasillo, en el patio o en la puerta a la calle charlaban banderilleros, apoderados, ganaderos, amigos y aficionados. La afición de mis padres y su amistad con toreros y ganaderos del rumbo abrió las puertas de la casa desde principios de los años 50 del siglo pasado. En el carnaval de 1972, al inaugurarse la nueva Plaza Fermín Espinosa “Armillita”, la fiesta en el pueblo adquirió más

relevancia y, por ende, el ambiente taurino de casa sumó más cartas a su baraja.

No recuerdo con precisión el año en que el Doctor Pérez Romo empezó a visitar el pueblo, quizás al principio de los años 70 del siglo pasado, acompañando al Calesero, al maestro Fermín o a Rafael Rodríguez “el Volcán de Aguascalientes”. En todo caso, venía a las corridas de carnaval, al igual que un nutrido grupo de taurinos aguascalentenses, muchos de ellos grandes amigos de mis padres, como Ramón “Ramoncito” Ávila, don José Sánchez, algunos periodistas o quien se autonombró tío nuestro, don David Reynoso.

Lo único que yo sabía acerca del Doctor era su paso por la empresa de la Plaza de Toros Monumental de Aguascalientes, en sociedad con Solórzano, y que tenía un gran reconocimiento como pediatra. Alguna vez charlamos de pintura taurina, dejándome impresionado su conocimiento, capacidad de observación y exquisita sensibilidad. Recuerdo una ocasión en que, con su hijo Juan (“Juanín”), acompañaban a Miguel Espinosa, e invitados por él, observaban la corrida desde un burladero dentro del callejón, cuando un toro destinado a Antonio Lomelín saltó la barrera con tal impulso que quedó atorado precisamente en el burladero ocupado por Carlos Paredes “Pipo”, Bernabé Esparza, Juanín y otros. Después de la corrida y del tremendo susto, comentamos el incidente en tono de broma, asegurando que ni Goya había documentado un suceso así.

Después de la muerte de mi padre, pocos toreros se vistieron en casa; algunos amigos, como Juan Silveti o Rafael García, seguían visitando a mi madre para charlar al calor de un tequila, antes o después de las corridas, hasta que ella decidió deshacerse de recuerdos que empezaban a volverse tristes y vendió la casa del pueblo para cambiarse a Aguascalientes y tener los cuidados de dos de mis hermanas que ya vivían aquí. En diciembre de 2009, yo también decidí mudarme a Aguasca-

lientes, ya que podría hacerle compañía a mi madre, mientras escribía guiones para TV UNAM.

En abril de 2010, el Museo Aguascalientes presentó una exposición de grabados taurinos que reunía la obra de Antonio Carnicero, ilustrador de la primera edición de *La tauromaquia*, de Pepe Hillo, más de 40 aguafuertes de Goya, litografías de William Lake Price, también obra de Pablo Picasso, Jean Cocteau, Salvador Dalí, Alberto Gironella y otros artistas. Un amigo me llamó para presumirme su asistencia al evento. “Te morirás de envidia”, aseguró, al llamarme desde el recinto un sábado al mediodía. No bien apagué el celular decidí visitar la exposición, para lo cual me puse un *blazer* y, una vez listo para el *medium shot* (encuadre que enfoca al sujeto de la cintura para arriba, muy utilizada en noticieros), llegué al museo, saludando a desconocidos y poniendo cara de desenvoltura mundana. Saludé al entonces gobernador, con quien me unía un lejano parentesco, y busqué con la mirada a mi amigo, cuando encontré al Doctor Pérez Romo cerca de la puerta de la sala donde se exhibían 24 litografías de William Lake Price.

A pesar de algunos años, casi 20, que no nos veíamos, el Doctor me reconoció de inmediato y, tomándome confiadamente por el codo, me invitó a recorrer con él la sala donde se exhibía la colección de 48 grabados taurinos de Goya. Primero me hizo notar las casi imperceptibles señales de antigüedad en el papel en que fueron impresas las imágenes de una tauromaquia en desarrollo. Charlaba con ingenio y profundo conocimiento, no sólo del aspecto estético de los grabados del sordo genial, sino de las suertes que constituían las raíces de la tauromaquia moderna, así como también de las figuras inmortalizadas en los cuadros de Goya, la importancia de los piqueros, más de un siglo antes de que se implementara el uso del peto para los caballos, el salto en garrocha, la participación femenina en la Fiesta, Carlos V alanceando un toro a caballo, la muerte del alcalde —no recuerdo de qué villa, a causa de una cornada infligida por un toro al saltar al tendido—, la prepara-

ción de los moros para la guerra, el espada citando a muerte a porta gayola. Fue un recorrido enriquecido con la charla de un apasionado amante de las artes, incluyendo, desde luego, la tauromaquia como generadora de otras expresiones de ellas.

Pero no fue solamente la sala dedicada a Goya en la que disfruté de la cátedra dictada personalmente por él. Mientras recorríamos la exposición, encontré a mi amigo Ernesto Velázquez, que en ese tiempo se desempeñaba como director de TV UNAM y de quien había recibido la invitación para hacer un documental sobre José Guadalupe Posada, y se lo presenté al Doctor. Nos acompañó a la sala en que se exhibían 24 litografías de William Lake Price ilustrando la Fiesta desde la perspectiva de un británico fascinado por el color y el exotismo de las corridas de toros. Casualmente, hacía poco tiempo que en una revista vieja, de esas olvidadas en algún consultorio médico, leí un artículo en que se hablaba sucintamente de este inglés como un precursor del uso de la fotografía, pero también se mencionaba un episodio en que había salido de España por una supuesta labor de espionaje para el imperio británico en plena expansión.

El Doctor sonrió y recordó la muerte de Eggerton, el pintor asesinado en México por las mismas sospechas, y del resquemor que provocaban los paisajistas al retratar puestos estratégicos de defensa o de observación para eventos militares, escondiendo sus verdaderas intenciones tras un supuesto encanto por el paisaje retratado. El Doctor nos educó con una nueva cátedra de la gran transformación del espectáculo tauromaco, sucedida entre los 30 o un poco más de años, en medio de la impresión de los grabados de Goya y la publicación de las litografías de Lake Price. Pero no solamente fueron unos comentarios curiosos acerca de la historia de la tauromaquia en España a mediados del siglo XIX, fue una extensa charla sobre el sentido ritual y religioso de la cultura peninsular, manifestada en la más trágica y a la vez luminosa celebración de carácter popular que es la Fiesta de los Toros.

Al despedirme del Doctor, él me deslizó dentro del saco una tarjeta, en cuyo reverso había anotado su teléfono, indicándome que le llamara en la semana e invitándome a comer con él. Nos despedimos afectuosamente. Mi amigo Ernesto Velázquez, para quien haría la investigación y el guion para un documental sobre Posada, me presentó al director de Radio y Televisión de Aguascalientes, el licenciado Eduardo González, con cuyo equipo y personal realizaríamos el documental. Durante la comida anterior a la corrida en que José Tomás regresaba a Aguascalientes, Eduardo González me preguntó de dónde conocía yo al Doctor Pérez Romo. Le contesté que de sus visitas a Jalos y de lo poco que sabía de su actividad profesional. Entonces me empezó a contar de la participación del Doctor en la fundación de la Universidad Autónoma de Aguascalientes, su desempeño como segundo rector de la misma, su paso por la presidencia del Patronato de la Feria, sus actividades empresariales y su bien ganada fama como pediatra.

Del Museo Aguascalientes nos dirigimos a un restaurante cercano a la Monumental a comer y a hacer tiempo para entrar a la corrida en que José Tomás regresaba. Ahí, Ernesto me comentó la buena impresión que le había causado el Doctor y su profundo entendimiento de la Fiesta de los Toros, al grado de sugerirme hacer, con el apoyo de Radio y Televisión de Aguascalientes, un documental sobre la exposición en que estuvimos. La charla con el Doctor nos había dado una perspectiva, si no nueva, sí muy interesante sobre la Fiesta, vista a través de la pintura y el grabado.

Esa tarde vivimos en la Plaza de Toros Monumental de Aguascalientes el lado sombrío de la tauromaquia, la grave cornada que el toro “Navegante”, de la ganadería potosina de Pepe Garfias, le dio al llamado Príncipe de Galapagar. El toro, que ya le había avisado del peligro que dejaba ver al torearlo por naturales, le tiró un derrote, prendiéndolo del muslo izquierdo y levantando la cabeza para dejarlo caer en la are-

na, soltando un grueso chorro de sangre. La plaza enmudeció al ver la evidente gravedad de la cornada. Las asistencias se apresuraron a levantarlo, en tanto un subalterno, metiéndole los dedos a la herida, logró coger y oprimir la vena por la cual se le iba la vida al torero. Joaquín Sabina se dejó caer desde el palco al callejón para tratar de ayudar a su amigo rumbo a la enfermería. Tras una rápida y afortunada intervención de los doctores de la plaza, el herido pudo ser trasladado al Hospital Hidalgo, donde, después de más de ocho horas de intervención médica, lograron estabilizarlo y atender las graves lesiones que “Navegante” le había causado.

Un par de horas después de terminada la corrida, estábamos en la Plaza de Toros San Marcos, en la cual, un enamorado de la Fiesta Brava, Joaquín Sabina, daba un concierto. Visiblemente preocupado y con la voz quebrada, empezó su recital dedicándolo al torero herido, saliendo del escenario entre canción y canción para enterarse de su estado, hasta que, después de una de esas pausas, con voz casi alegre, anunció que los doctores ya habían estabilizado a José Tomás y había esperanzas de salvarle la vida, provocando un aplauso de alivio en la concurrencia.

Una vez terminada la feria, me puse de acuerdo con el Doctor para grabar con él una participación en el documental *Tauromaquia y arte*. Un luminoso mediodía de mayo regresamos al museo para hacerla. Después de una vuelta por los salones donde se exponía parte de la magnífica colección de Marco Antonio Ramírez, el resto estaba en el museo adjunto al Centro Cultural Tres Marías de Morelia, Michoacán. Nos sentamos en uno de los pasillos con la cámara lista para recoger un poco de la sabiduría artística y taurómaca de Pérez Romo. Después de un breve análisis de las principales diversiones, aspiraciones e intereses de la juventud actual, comparándolas con el toreo, nos llevó a entender el sentido profundo, casi religioso, de la Fiesta y de la transformación que se da en los individuos que la ofician, poniendo de ejemplo a quienes, ha-

biendo nacido y desarrollado en un ambiente de pobreza, con necesidades básicas de supervivencia y falta de acceso a la educación, habían logrado cultivarse y transformarse en personas con capacidad de conversación en cualquier reunión, alegres, sanos, dispuestos a gozar la vida con la misma valentía y entereza con que enfrentan la muerte cada domingo. No recuerdo literalmente sus palabras, pero sí su postura frente a la fiesta del oro, la seda, la sangre y el sol. Los mismos conceptos vertidos en su libro *Rafael Rodríguez. El sentido profundo del toreo*, de donde extraigo y comparto algunas citas:

1. “Nuestra herencia literaria, artística y filosófica, parece ser hoy objeto de desprecios y de olvidos. Pero son la única fuente de conocimiento emocional que nos dice qué hacer y qué sentir”.
2. “Por eso, todas las culturas tienen sus raíces en lo religioso y de esta raíz toman la savia moral que nutre todas las ramas de lo especulativo y de las artes”.
3. “En lo que se refiere al toreo, me parece que ha venido siendo afectado cada vez más, negativamente; porque puede afectarse la ritualización del evento que debe elevarse desde lo lúdico a lo cuasi-religioso ahí donde el público se vuelve también un actor efectivo de un drama o de una ceremonia”.

Este mismo sentir del toreo como impulso vitalmente artístico hizo que el Doctor armara su vida como una faena. Criado en Aguascalientes, pero nacido en Chihuahua, sus padres, gallegos, le dieron el carácter jovial, junto con la educación del trabajo. Empujado por una temprana vocación de servicio y un humanismo innato, estudió la carrera en la Escuela de Medicina de la UNAM, cuya sede estaba en el antiguo edificio del Santo Oficio, en la Plaza de Santo Domingo.

Si el joven Alfonso Pérez Romo ya llevaba en el corazón la afición taurina de quienes crecen en esta tierra, al llegar a la Ciudad de México la ve más que satisfecha, debido, sobre todo, a la importancia y frecuencia con que se daban, en las plazas capitalinas, corridas, novilladas y otros festejos taurinos. A la par que la carrera de medicina, cultivó su gusto por la tauromaquia, participando en festivales como aficionado práctico. En la década de los años 40 del siglo pasado eran bastante comunes las peñas taurinas conformadas por estudiantes de diferentes carreras, así como los festejos por cualquier pretexto: fin de cursos, fechas claves en que se toreaban vaquillas y, de vez en cuando, algún novillo despuntado.

Aunque conozco poco de su regreso a la tierra natal, sé con certeza de la total aceptación que tuvo en Aguascalientes como médico pediatra, pero también incursionó con éxito en otras empresas, entre ellas, años después, la de la Plaza de Toros Monumental de Aguascalientes. En ella, aumentó sustancialmente el número de corridas que hasta entonces se habían ofrecido en la Feria Nacional de San Marcos. Su honestidad y amor por la tauromaquia le sumaron seriedad a la Fiesta, al comprometer a toreros y ganaderos a respetar contratos. También es memorable su gestión al frente del Patronato de la Feria, así como en la dirección del Instituto Cultural de Aguascalientes. Mención aparte merece su lucha para tener en su tierra una institución que acercara la educación superior a la creciente población estudiantil, la Universidad Autónoma de Aguascalientes, de la cual fue fundador y segundo rector. En ella, se establecieron las carreras más necesarias para una ciudad con un acelerado crecimiento demográfico, industrial y económico.

En uno de sus más recientes cumpleaños, me parece que con motivo de sus 85 años, se torearon unas vaquillas en la Hacienda El Chichimeco. Recordando su experiencia como aficionado práctico, el Doctor bajó al ruedo pidiendo una muleta. La tomó y, con seguridad y sobria elegancia, le dio una

serie de pases muy bien rematados y, al regresar a su lugar, exclamó: “¡Esto es vida!”. ¡Esto es vida! Seguramente lo repitió muchas veces a lo largo de su generoso paso por ella. “¡Esto es vida!”, dijo al cerrar un libro donde se hablaba del arte mudéjar en España o de unas figurillas etruscas de bronce encontradas en Italia. ¡Esto es vida!, al apagar la computadora después de escribir durante horas acerca de la visión y los recuerdos de vida del Calesero. ¡Esto es vida!, al bajar de su palco después de una tarde de feria y toros. ¡Esto es vida!, degustando una raicilla o cualquier otro mezcal con los amigos. ¡Esto es vida!, abrazando a familia, amigos y alumnos con el mismo cariño, dejando en ello la semilla de su amor por las bellas artes, incluyendo en ellas, no podría ser de otra manera, la Fiesta de los Toros. ¡Esto es vida, Doctor! Tenerlo presente en su herencia de curiosidad, sapiencia y amor por nuestra cultura.



Carta dirigida al Doctor

Alfonso Pérez Romo

Carlos Landeros Gallegos

(Domicilio conocido)

Muy estimado Doctor:

No sé si ya sabrás que finalmente el próximo domingo 28 de enero reabrirá sus puertas la Plaza de Toros México, con un cartel que encabezan Roca Rey y Joselito Adame, única figura de la torería mexicana, quien, por cierto, me recuerda a Manolito Mejía. Los demás carteles anunciados, fuera de dos, que encabezan Sebastián Castella y Hermoso de Mendoza, en su despedida de los ruedos este último, sería mejor que fueran a

plazas como la de Teocaltiche o la de La Chona. La Fiesta Brava en México la están acabando los organizadores desde dentro y no solamente los enemigos de ésta.

Estoy seguro de que ya sabes que tu hijo Juan está preparando un festival taurino a beneficio del orfanato del padre Toño, al que tú contribuiste en su realización hace ya varias décadas.

Te informo que para el festival de tu reaparición en la Plaza Monumental de Aguascalientes, el próximo 2 de octubre, Juan ha integrado un cartel verdaderamente de lujo, formado por tu amigo Rafael Rodríguez, de quien alguna vez me comentaste que, cuando lo enseñó a torear el maestro Espinosa, el Volcán de Aguascalientes se apagó. También está Manolete, de quien eres gran admirador. Me comentabas de su apariencia triste —¿o trágica, debería decir yo?—. Alguna vez no te entusias mó mucho porque afirmabas que siempre realizaba la misma faena. También estará el gitanazo acapulqueño Antonio Lomelín y está en veremos la participación de José Tomás, de Roca Rey y, tal vez, sería fantástico, Morante de la Puebla. Te tengo una sorpresa más: partirá plaza tu querida y admirada rejoneadora Conchita Cintrón “la Diosa Rubia del Toreo”. Los novillos toros serán de una de las ganaderías más importantes del momento, La Punta, de don Francisco Madrazo.

Desde hace más de un año que te fuiste a tierras lejanas. Te extrañamos muchísimo y, desde luego, tus certeras opiniones sobre la tauromaquia que tan bien conoces. Si tienes alguna dificultad para tu transportación, debido a los problemas que tenemos con las líneas aéreas actualmente en nuestro país, te sugiero le pidas a san Pedro te preste el Pegaso blanco de Zeus para que llegues y desciendas volando al ruedo.

Te esperamos con los brazos abiertos.

P.D. Te sugiero que en las alforjas de la montura pongas una bota de buen mezcal, como a tí te gusta, para que mitigues la sed mientras vuelves a este valle de lágrimas, esta vez de alegría que nos dará tu regreso.

Alfonso Pérez Romo: *Acalitano*

Ignacio Ruelas Olvera

Del grupo de expertos escritores que concurren en esta edición, soy el que menos tiene el conocimiento para dialogar desde la sabiduría de la tauromaquia. Revisaré diversas partichelas de la sinfonía de Alfonso Pérez Romo. El que esto escribe auxiliaba al gobernador Rodolfo Landeros Gallegos, cuando llegó a mi escritorio un texto del Doctor Pérez Romo, un estudio filológico del gentilicio de los aguascalentenses: proponía *acalitano*. Les ruego una indulgencia, pues a él lo llamaré *Acalitano*. Los apodos son singulares y extraños. Éste añade misterio y tradición a la relación que logró con la tauromaquia en su condición de *acalitano*. Su vida y obra es un beneficio de sabidurías transformadoras que crearon evolución y el modo de ser de nuestra

sociedad. Impactó su afición taurina, una pulsión de vida que reta a la muerte en el mágico instante que confecciona la existencia.

¡Vamos al sorteo! A *Acalitano* le tocaron muchos lotes para su lidia en el mundo personal, familiar, profesional, cultural y, por supuesto, taurino que construyó. Puedo afirmar que todos los lotes los lidió como los grandes, los llevó al ruedo de la estética con honor. ¡Olé! Preparación para su toreo: antes de salir al ruedo de la vida, *Acalitano* logra su dominio para ofrecer su arte como persona, profesional, educador, médico, hijo, esposo, padre, hermano, abuelo, amigo. Hoy nos detenemos en él y “nos da lugar a una actividad reflexiva”, como pensó Nietzsche.¹ Fue interlocutor legítimo de convenciones plurales que pusieron al descubierto una dimensión pública en su modo estético. Portador de la estafeta de las virtudes, supo defender el arte en la cultura, la academia, la medicina, la tauromaquia. Supo, también, hacerle frente al mutismo y charlatanería de los antitaurinos: si no la aprecian, lo explicaba, es por una razón: la desconocen. En este homenaje, recordaré entre párrafos los versos del poema “Llamo al toro de España” de Miguel Hernández:²

Alza, toro de España: levántate, despierta.
Despiértate del todo, toro de negra espuma,
que respiras la luz y rezumas la sombra,
y concentras los mares bajo tu piel cerrada.

Así vistió: traje sastre, bata blanca, guayaberas, chamaras, de corto como atavío tradicional y mitológico. Verificó siempre sus dispositivos, enseres, estetoscopio, guitarra, capote,

- 1 Marina Silenzi, “El arte como un nuevo pensar: la concepción nietzscheana y heideggeriana”, en *Andamios*, vol. 2, núm. 4, 2006, pp. 201-217. Recuperado el 26 de febrero de 2024, en <https://shorturl.at/xAFOP>
- 2 Miguel Hernández, “Llamo al toro de España”, en *Obras completas*, vol. 1, 1992. Los versos que acá, y en lo sucesivo, se citan de este poema, han sido extraídos, para una mayor facilidad de consulta, del siguiente sitio web: <https://shorturl.at/bdmU2> (revisado por última ocasión el 21 de abril de 2024).

muleta, espada, libros, proyectos, esperanzas. Apelaba a que el arte no es una realidad objetiva, es inventada, nos dijo. Hilvanó y deshilo con letras e ideas otra realidad; sabedor de que todo se transforma, incluso el cambio de significado. La muleta de la vida le configuró el arte como tránsito y relación con su obra. Entendió y enseñó el proceso complejo del arte y su detonación en la comunicación de experiencia y capacidad simbólica. “Lo que queda es una imagen, un resto y precisamente lo que no es museable son estas experiencias de lo vivo, sino los restos o medios que sirvieron para ello”,³ dijo José Fernández.

Despiértate del todo, que te veo dormido,
un pedazo del pecho y otro de la cabeza:
que aún no te has despertado como despierta un toro
cuando se le acomete con traiciones lobunas.

Acalitano caracteriza a Alfonso, se concentró y reflexionó antes de salir al ruedo de su vida activa (la pasiva nunca la conoció). Clínica y medicina fueron su escapulario; humanismo, su insignia; conversatorios, su faena; educación, su constitución; profesionalismo, su cruz y su rosario; cultura, su estandarte; arte, su naturaleza. El arte efímero es un santiamén, en eso consiste su valor: no hay razón para descuidar el instante, pues pasará inadvertido en la oscuridad. Así fue su lección. *Acalitano* nos enseñó que la tauromaquia no está en exhibiciones por ser fugaz; empero, en la fragua del tiempo se intensifica el goce del contemplador cuando el arte detiene el tiempo en fotografías, en lienzos, en esculturas.

El arte de los toros es arte vivo, rechaza la temporalidad. Las enseñanzas de *Acalitano* se centran en la imagen del instante, que se ubica en un pasado al que pertenecen los atributos de la lidia. Es preciso acomodarlas en el disco duro del cerebro, darles existencia, evocarlas, conmemorarlas en imágenes.

3 José Fernández, *Arte efímero y espacio estético*. Anthropos, 1988, p. 9.

Recibió a porta gayola los símbolos que le impresionaban: son un estallido cerebral, se instituyen como tabla periódica de la ilusión, un término distintivo de la poesía. Entender la tauromaquia es captar la realidad, conducirla a la imagen, concentrarse antes de pensarla, conmemorarla en interés de lo preocupante, enseñaba.

Resopla tu poder, despliega tu esqueleto,
enarbola tu frente con las rotundas hachas,
con las dos herramientas de asustar a los astros,
de amenazar al cielo con astas de tragedia.

Acalitano fue feliz, lo manifestó invariablemente, su ser se satisfizo en su armonía con otros y su mundo desarrolló virtudes sin regateos. No se confundió con la satisfacción material. Su maravilloso universo fue como la poesía de Serrat: encontró cualidad y perspectiva en sus circunstancias: “Son aquellas pequeñas cosas/ que nos dejó un tiempo de rosas/ en un rincón, en un papel/ o en un cajón...”⁴ Su felicidad fue talismán en su viaje vital en el conocimiento científico, emocional, espiritual, donde forjó carácter para conquistar relaciones significativas.

Toro en la primavera más toro que otras veces,
en España más toro, toro, que en otras partes.
Más cálido que nunca, más volcánico, toro,
que irradias, que iluminas al fuego, yérguete.

La montera *acalitana* es su síntesis moral y ética, valentía y desempeño. *Acalitano*, como científico, profundizó en el universo fáctico y sus consecuencias. Su birrete fue montera pedagógica. Impulsó crear, saber, conocer, como epicentro

4 Joan Manuel Serrat, “Aquellas pequeñas cosas”. Canción icónica del cantautor español. Se lanzó en 1971 en su álbum *Mediterráneo*.

de los cambios del “mundo de la vida”⁵ de su discurso de entendimiento y comunicación. Defendió el derecho humano a imaginar, a la disrupción, como plan de vuelo de ideas derivadas, de creencias revertidas en pensamiento. Razonar es avenida cognitiva, crear es magia estética, misterio de sensibilidad y pulsiones.

Desencadena el raudo corazón que te orienta
 por las plazas de España, sobre su astral arena.
 A desollarte vivo vienen lobos y águilas
 que han envidiado siempre tu hermosura de pueblo.

El toreo de *Acalitano* es arte que emprende con el tiempo. Vive y padece los siglos XX y XXI. Se constata en la filosofía popular, “obras son amores y no buenas razones”: una familia honorable y apreciada, la salud de incontables ternuras desde la pediatría, la simiente de la Universidad Autónoma de Aguascalientes, la Licenciatura en Medicina, el estudio crítico del arte, los libros que escribió, sus bibliotecas trashumantes que siguen iluminando mentes, sus tertulias bohemias, su rostro de hombre bueno, su toreo en sitio y circunstancia. La muerte y la vida se sintetizan en el amor, por ello su toreo se muestra como válvula salvífica para quienes lo conocimos. La torería de *Acalitano* se cristaliza en poesía vital, dado que inocula ilustración para el festejo de los toros.

No te van a castrar: no dejarás que llegue
 hasta tus atributos de varón abundante
 esa mano felina que pretende arrancártelos
 de cuajo, impunemente: pataléalos, toro.

5 Arturo Santillana Andraca, “Del mundo de la vida al sistema: el poder integrador del poder”, en *Andamios*, vol. 8, núm.16, mayo-agosto de 2011: <https://shorturl.at/jknFZ>

Sus oraciones: *Acalitano* rezó siempre antes de salir al ruedo en su relación con el mundo de las cosas. Pidió protección y éxito para los demás. Así, su espada alcanzó carácter por vía ética. Como empresario taurino, al estilo de Wolff, negó siempre con argumento y veracidad que los carteles anunciaran crueldad y agonía. En su conversación pedagógica, enunciaba, sin duda, que los tendidos se llenan de villamelones y aficionados, acuden por razón del barullo, los primeros, y por el valor estético de cada instante del toreo, los segundos. Bestialidad y gallardía en la lidia. Ese debate ético-estético reivindica los símbolos de la dualidad vida-muerte.⁶

No te van a absorber la sangre de riqueza,
no te arrebatarán los ojos minerales.
La piel donde recoge resplandor el lucero
no arrancarán del toro de torrencial mercurio.

En México, durante el año 2023, se llevaron a cabo un total de 432 festejos taurinos. Estos eventos incluyeron corridas de toros, novilladas, corridas mixtas y corridas de rejones.⁷ México mantiene los altos niveles de violencia y registra 30,523 asesinatos en ese mismo año. La muerte juega a la posverdad; una vergüenza social, desde luego. Se escuchan voces posmodernas que niegan la tauromaquia, demandan el cuidado animal y son porristas de asesinatos humanos. Los *acalitanos*, nos decía *Acalitano*, tenemos en nuestro ADN la ceremonia de la muerte en la herencia de Guadalupe Posada, entre otros, de manera que no podemos olvidar ese ceremonial, la fiesta del Día de Muertos, cada 1 y 2 de noviembre. Desgraciadamente hemos permitido que se convierta en una feria de *barilleros* en baratillos.

6 Rubén Amón, “La abolición de los toros es un retroceso de la libertad”, en *El Mundo*: <https://www.elmundo.es/elmundo/2010/01/30/toros/1264872827.html>

7 *Mundotoro*, “Estadísticas”: <https://shorturl.at/PqGEt>

Es como si quisieran arrancar la piel al sol,
 al torrente la espuma con uña y picotazo.
 No te van a castrar, poder tan masculino
 que fecundas la piedra; no te van a castrar.

“Nacho, tenemos que recuperar el valor estético y artístico de lo que usted llama el mundo de la vida. Mire, estos valores nacen de la creatividad. En los tendidos de la plaza se muestran, en su ser, la cultura de los pueblos amantes de la tauromaquia, en el instante estético se sintetizan todas las variables que lo hacen posible...”, me dijo una tarde bohemía en casa de Cuquita y Ricardo Vargas, hospitalarios y generosos amigos queridos. Con toda razón dio su impulso académico: “las suertes taurinas no son repetibles, es preciso rebobinar desde la ilusión fugaz de la imagen de una estética única”. Este puente une realidad y destreza como arcilla de arte en el espacio constitucional de libertad y autonomía de las personas que deciden acudir a los toros, mostrar la virtud de su pasión de atestiguar la creación de belleza. Defendió la plaza de toros, en plural, como una posibilidad de la percepción que fragua metáforas taurinas.

No retrocede el toro: no da un paso hacia atrás
 si no es para escarbar sangre y furia en la arena,
 unir todas sus fuerzas, y desde las pezuñas
 abalanzarse luego con decisión de rayo.

En el ruedo, comenta *Acalitano*, se muestra la tragedia vestida de gala en la valentía del torero, llamando, en palabras de Miguel Hernández, a “la muerte enamorada”, la que muestra el toro en gallardía de su vida. Decía: “el instante fantástico que funde al toro y al torero frente a frente en mudanza de arte, el espectador completa el circuito estético en consenso de alegría al estar en la fiesta como celebración eucarística”. El toro no está en calidad animal, sino como impulsor de emociones de su

hermosura violenta que impulsa el garbo de la afición. Como en el poema “Manelic” de Antonio Mediz Bolio: “Cuando entre la impudicia de los hombres te sientas,/ cuando en tu pecho el odio desate sus tormentas,/ cuando todo te nieguen y te insulten el orgullo,/ levántate y exige que te den lo que es tuyo. ¡Levántate! ¡Tú eres la fuerza y el derecho!”.

Gran toro que en el bronce y en la piedra has mamado,
y en el granito fiero paciste la fiereza:
revuélvete en el alma de todos los que han visto
la luz primera en esta península ultrajada.

Pisar el ruedo, sentir el sol, escuchar los tendidos: *Aca-litano* entró siempre con habilidad, valentía y prudencia. Supo y transmitió que el toreo va más allá de la mirada, pues requiere sintonía de sentidos, sensibilidad que atrape su atributo. Así entendió el ritmo de la vida: “No basta con tener en cuenta el movimiento del torero y el toro, demanda descubrir su vínculo armónico con el arte”. Si miras algo y lo piensas mucho, lo pierdes; es preciso darle entrada a la estética del instante. El arte se encuentra ahí en cada movimiento, en conexión de todos los elementos coincidentes; abrir “el estar en el mundo”⁸ es coincidir con la bestia y las cosas que acompañan al torero. Con la pedagogía que lo caracterizó, emprendió faenas más allá de aulas y museos. El arte se aprecia desde el conocimiento, desde las herramientas con las que se muestra el juicio y se debate. El arte identifica la estética de movimientos y destrezas.

Partido en dos pedazos, este toro de siglos,
este toro que dentro de nosotros habita:

8 De Martín Heidegger, “Estar-en-el-mundo” evidencia la posibilidad constante de que nos encontremos en relación con las cosas que habitan el mundo y a la vez nos rodean: filosofia.mx

partido en dos mitades, con una mataría
y con la otra mitad moriría luchando.

Acalitano enseñó el arte desde su epicentro, la cultura. Sus faenas están llenas de posibilidades críticas de las formas artísticas que se transmiten desde el matraz de la creación por el bien de la tauromaquia. “Cultura” fue uno de sus lotes; los lidió como Luis Castro “el Soldado”, con un toreo *valiente y apasionado*. Fue autor, director, fundador y actor del Instituto Cultural de Aguascalientes. “Educación” se llamó otro astado de gran figura y peso, lo llevó a los medios, le hizo la faena, impulsó la Universidad Autónoma y creó la Licenciatura en Medicina. Desde las aulas detonó entendimiento, conocimiento, reflexión abstracta y práctica, con ello desarrolló visiones de ciencia, técnica, filosofía, arte, en sus discípulos áulicos y no áulicos en el ágora de su generosidad.

De la airada cabeza que fortalece el mundo,
del cuello como un bloque de titanes en marcha,
brotará la victoria como un ancho bramido
que hará sangrar al mármol y sonar a la arena.

La historia de *Acalitano* es historia del arte. No se puede explicar el arte de “Cúchares” sin pensar la cultura. La Fiesta de los Toros ha inspirado a todas las artes, no a las modas, como la posmodernidad, cuyo imperio es lo precario. La tauromaquia está en literatura, poesía, danza, fotografía, cine, música, pintura, escultura. Siempre colaborativas, se han nutrido en su instante estético maravilloso, sentimiento y tragedia en la sensualidad de toreros y auditorios. La música taurina glorifica el espíritu, toma el ruedo, el sol, la arena. Como sus notas musicales, hace suya la atmósfera de la plaza. La música es casulla que viste la fiesta. El paso doble llena la escena, se

escucha “El gato montés”,⁹ los gritos piden “¡la de aquí!” y se eleva al unísono “La pelea de gallos”,¹⁰ que juega como mantilla sevillana en las plazas del toreo en Aguascalientes.

Despierta, toro: esgrime, desencadena, víbrate.

Levanta, toro: truena, toro, abaláznate.

Atorbellínate, toro: revuélvete.

Sálvate, denso toro de emoción y de España.

Acalitano amó y enseñó la estética de la pintura en general. La pintura desempeña un papel importante como arte solidario en la utopía del arte del traje de luces y las banderillas puestas, como Cúchares. En los lienzos afloran sentimientos, emociones, belleza. La Fiesta de los Toros hace estética de su arte.

Termino con unas líneas que en su momento publiqué en las páginas del *Hidrocálido* y que retomo:

1. “Alfonso Pérez Romo... Cultiva labrantíos de ideas, ciencia, educación, tecnología, cultura, artes, de la vida misma, desde una concepción estética con gafas propias para su visión de los valores que lo definen. La vida extraordinaria de Alfonso Pérez Romo radica en su vida cotidiana, no asume vida que no le corresponde, no es imitación de nadie, su patrimonio reside en su vida habitual a la que adjunta sus sueños...”.

9 De Manuel Penella Moreno, ópera estrenada en Valencia el 22 de febrero de 1917. Consultado el 7 de octubre de 2024 en totalamusica.es

10 Juan S. Garrido, “La pelea de gallos”, considerada como el himno de Aguascalientes, es del compositor chileno. Esta vibrante melodía, que se ha convertido en un rasgo identitario para los aguascalentenses, fue estrenada en 1945 durante la Feria Nacional de San Marcos.

2. “¡A-Dios!, es una bella alameda hasta Dios, junto a su ‘Negrita’, su esposa, nos saluda más allá de lo convencional del ser. En el deber-ser nos testa como herederos. ¡A-Dios!, don Alfonso, ¡ya nos veremos!”.¹¹

11 Ignacio Ruelas Olvera, “Alfonso Pérez Romo, primero entre los pares” (4 de abril de 2017) y “Alfonso Pérez Romo” (1 de noviembre de 2022). Ambos textos fueron publicados en el *Hidroclido*.



Fragmentos en oro y plata

Jacinta Ruiz Rabasa

— **D**octor, Doctor, ¡ayuda! Mi hijo se muere.

El grito de dolor me hizo detener mi paso por el pasillo central del área de Emergencia del Hospital Miguel Hidalgo de Aguascalientes. Instantáneamente me giro, veo a una mujer de aproximadamente 35 años con un pequeño en brazos. Acelero mi paso para detenerla antes de que caiga al fiero suelo de los dolores. Fue así como la providencia intervino para cruzarme con Filomena Lozano, una mujer de facciones nobles y finas, quien vestía con severidad y recato, de porte digno y austero. No era adusta, pero siempre tenía un gesto melancólico, con voz apagada y ademanes cautelosos y discre-

tos, cuyas manos, cuando las movía, eran abanicos con aires gitanos.

Ella trabajaba en su taller de costura, situado en la calle Venustiano Carranza, frente al Museo Regional de Historia de Aguascalientes. Todas las mañanas llegaba en punto de las ocho, religiosamente abría los oscuros que cubrían las ventanas que dan a la calle para que los fieles que salieran de la parroquia del Sagrario, de misa de ocho, disfrutaran de sus últimas creaciones artísticas, confeccionadas en las más delicadas telas.

- Juanita, rápido, alcohol. Solicite una camilla.
- Sí, Doctor.
- Andrés, tenga a la criatura, revíselo y deme su diagnóstico, nos vemos en el área de Pediatría.

Sin decir nada, Andrés tomó al niño y de inmediato se encaminó a Pediatría.

En el taller trabajaban otras costureras, cinco en total, todas jóvenes y guapas, de orígenes muy humildes y con escasos estudios. Una de ellas, la única que había terminado la primaria, Carmen, todos los lunes tenía el periódico *El Redondel* abierto sobre la mesa en la que estaba su máquina de coser, siempre en la sección de Toros. Antes de iniciar su trabajo, les leía a las demás las crónicas de las corridas del día anterior.

En la cama 7 de Pediatría estaba Manuel, un niño entre los 10 y 12 años, de tez morena, ojos grandes color aceituna, con una buena descalabrada del lado derecho.

- Buenos días, Manuel, ¿pudiste dormir?
- Hola, ¿tú quién eres?
- Soy tu Doctor, el que te recibió ayer, ¿te acuerdas?
- Muy poco, lo que sí me acuerdo es el guamazo que me di al brincar de la ventana del taller de costura de mi mamá Filomena.
- Y... ¿por qué brincaste?

- Porque mi mamá no me da permiso de ir a los toros y tenía que ir a ver a Fermín Espinosa “Armillita”, que toreó ayer. ¿A ti te gustan los toros?
- Me gustan mucho, Manuel.
- Me puedes decir Manuelillo, es más torero. ¿Tú cómo te llamas?
- Soy el Doctor Alfonso Pérez Romo. Mira, aquí en mi bata lo dice.

Manuel, con voz ronca y titubeando, deletreó el nombre.

- ¿Tú eres el Doctor que cura a los toreros? Por eso me curaste la descalabrada.
- Sí, Manuelillo, así es, y también podré curarte las cornadas que te propine un toro en el ruedo.
- Pero tu nombre no es muy torero y tu traje blanco es muy triste, mi mamá hace unos muy bonitos y brillosos.

El Doctor esbozó una gran sonrisa, le tomó el pulso, revisó su hematoma, así como la descalabrada, y le dijo:

- Entonces, ¿tú quieres ser torero?
- Sí, como el maestro Fermín Espinosa “Armillita”; como “el Ave de las Tempestades” Lorenzo Garza; como “el Rey del Trinchero” Silverio Pérez; como “el Valiente” Joselito Huerta; como el artista tapatío Manuel Capetillo; como Jorge Aguilar “el Ranchero” o Rafael Rodríguez “el Volcán de Aguascalientes”, y qué me dice del Tigre de Guajuato y de Antonio Velázquez “Corazón de León”. Sé que conquistaré las plazas de España, como lo hizo Rodolfo Gaona, tener un mano a mano con Manuel Benítez “el Cordobés” y...
- Manuelillo, ¿quién te ha enseñado tantas cosas?

- En el taller, Carmen nos lee todos los lunes la crónica de las corridas del día anterior, mientras ella, con un estilo muy artístico, nos va narrando lo que sucedió. Yo tomo un pedazo de tela roja, mi muleta, y comienzo por imaginarme que estoy en el ruedo frente a un toro bravo. Tú, ¿no has toreado?
- Por supuesto que he toreado.
- Pero ¿con bata blanca? Mejor ven al taller de mi mamá y ella te hará un bonito traje de oro o plata. ¿Sabes una cosa?, tu traje se fundirá como una segunda piel, guardando lo más íntimo de tu ser: el miedo que hay que vencer.

Dios mira desde el cielo cómo los hombres se mueven en la plaza, cómo templan, mandan y se enfrentan al toro llamado “¡vida!”. No hay nada más fascinante que burlarse de la muerte toreando. En esta Fiesta, tan primitiva, tan interior, no queda más remedio que afirmarla o negarla.

- Manuelillo, ¿sabes una cosa?, todos tenemos algo que nos distingue, yo mi bata blanca de doctor y los toreros su traje de luces. Vestirte de doctor o de torero implica muchas cosas, es una forma filosófica de sentir que sabes lo que tienes que hacer. La vida, Manuelillo, es como un traje de torear, tú vas bordando tu camino, eliges los colores, diseñas los dibujos; sobre todo, buscas quién te ayudará a pasar la aguja de un lado a otro de la seda para no rasgarla y colocar acertadamente todos los cordones metálicos. Todos los detalles en la vida se llaman logros que...
- Doctor, ¿cortar orejas y rabo es un logro?
- Así es, Manuelillo, piensa que también tu vida la puedes ir llenando de lentejuelas de oro y plata, de piedras preciosas que son tus triunfos. Fíjate, Manuelillo, no te pueden gustar los colores, lo saturado del

bordado, la combinación de los colores fríos contra cálidos, pero, como buen torero, eso no te debe de distraer de tu principal objetivo: ¡triunfar, ser diferente para que las luces de tu traje, su resplandor, estén por encima de las sombras o tristezas que te depare el destino! Manuelillo, ¿cómo será tu traje?

- Doctor, primero dime, ¿cuál es tu nombre de torero?
- Alfonso.
- ¡Ah!, a partir de hoy serás Alfonso “el Doctor”, ¿te gusta tu nombre torero?
- Sí, Manuelillo.
- Me gustó tu nombre. Pues bueno, Alfonso “el Doctor”, mi traje será el que mi mamá Filomena confeccione con dolor y alegría, con fragmentos de esperanza revestidos de oro y plata.
- ¿A ti quién te remienda tu traje?

Así fue como Filomena confeccionó el traje que vistió Alfonso “el Doctor” el día que toreó en Aguascalientes, cortando dos orejas y rabo. Fue tan apoteósico su triunfo, que el público seguía con los pañuelos blancos en alto, con los que jugaba el viento. El juez de plaza tuvo que otorgar algo más. De pronto, apareció el alguacil con la pata del toro “Galeno”, de la ganadería de La Punta. Se la entregó al torero, a quien, al estar dando la vuelta al ruedo, le cayó a sus pies una bata blanca con un nombre grabado: Alfonso “el Doctor”. La recogió, volteó al tendido y encontró en la barrera a Manuelillo, con la cicatriz de su descalabrada, quien estaba tan emocionado que de nuevo brincó al ruedo para fundirse en un amoroso abrazo con el torero triunfador: su amigo, Alfonso “el Doctor”.

Así es la vida, una perfecta combinación de fragmentos en oro y plata, de belleza y perfección. ¿Quién confeccionará tu traje para torear la vida?



Encierro en la Sierra Fría

Ximena Ruiz Rabasa

Era un encierro, de esos de respeto, de vida o muerte, por la salud. Sonó un redoble en el tono del teléfono: “¡Doctor, qué gusto escucharlo!”. Dijo Carlos, mi marido, tras el auricular. Las llamadas del Doctor Pérez Romo siempre nos daban alegría y aliento, sobre todo en esos momentos en los que estábamos en casa, cuidándonos de la covid-19, aquel bicho, como muchos le decían. Después de un intercambio de palabras con anécdotas y risas, nos dijo, con entusiasmo: “Los invito a mi cabaña de la Sierra Fría”. Aceptamos con algo de miedo, sin embargo, tratamos de tomar todas las precauciones: sana distancia, mascarillas, ventanas del auto abiertas y gel-alcohol. Al iniciar nuestro viaje, el Doctor, Ingrid Pérez, su nieta, Gala, la

bella pit bull, mascota de Ingrid, y nosotros agarramos al toro por los cuernos. Con las ganas que teníamos de estar cerca y gozar, los cubrebocas quedaron diluidos, escondidos y olvidados entre una guitarra, una botella de raicilla y la ilusión.

Llegamos expectantes a ese coloso. Entre los encinos y laureles, se olvidó todo lo que hasta ese momento se vivía debido a la pandemia. En una especie de paseílo, en dirección a un gran arriate, nos cobijaron los claroscuros que las ramas de un majestuoso árbol tejían, y que dieron abrigo a familiares, amigos, aves, ardillas. Su generoso tendido de sombra permitió disfrutarnos. Recuerdo con nostalgia la imagen de nuestro querido Doctor Pérez Romo, el eterno viajero que nos invitaba a subir con él a gozar la faena de la vida. Cada expresión suya era una revolera o un natural que salía de los labios de aquel creador de ilusiones. Nos sentíamos seguros y nos unía, como a muchos que lidiamos a su lado, el mundo de la memoria. Era fascinante escucharlo conversar, ya fuera de historia, literatura, música, arte y, en especial, del toreo. En la presa, que daba de beber a los venados, arrojamos nuestros temores; ahí nos dio la alternativa, salimos seguros y bien plantados al ruedo para dar inicio a la Fiesta.

En esa apoteósica tarde, nuestros alternantes fueron: el primer espada, Agustín “el Flaco de Oro”, resplandeció. Vimos, en la barrera, la auténtica belleza de “la Doña” María Félix. Escuchamos, desde el sol, la melodiosa y acompasada voz de Amparo Montes. José Mojica, el segundo espada, nos narró su historia: “solamente una vez/ amé en la vida”, y su conversión mística nos hizo desgranar unas lágrimas. Pedro Vargas, el tercer espada, se posó en la arena, y por tafalleras, acompañado por una vieja vihuela, con su gran voz de tenor, entonó: “Mujer, mujer divina, tienes el veneno que fascina en tu mirar”. En un sorpresivo al alimón apareció generoso el Calesero con sus caleserinas, contándonos de aquellos ayer en su tierra aguascalentense y sus andanzas con su gran amigo Alfonso. Se le unió Fermín Espinosa “Armillita” envuelto en

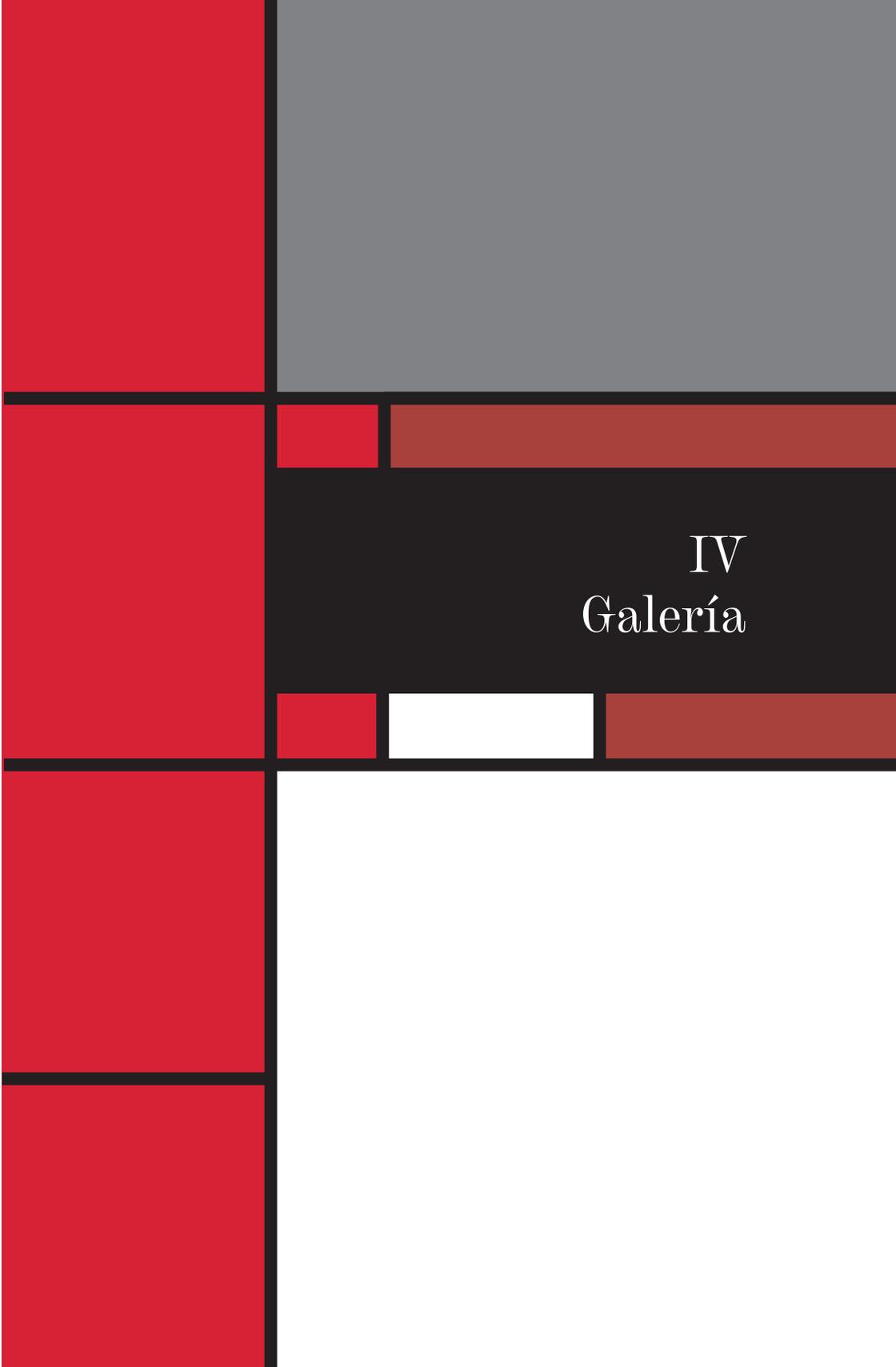
un halo eufórico, junto con Zenaido, Juan, Fermín y Manolo, quienes, a su paso, arrojaron rosas rojas que aún no se marchitan. Silverio y Carmelo, desde el cielo, dieron paso a la monarquía, y en un trincherazo pudimos evocar el temple de sus muletas. La luz de las velas realzó nuestras figuras, nuestros trajes de noche brillaron con el fulgor de la chimenea. Fuimos acompañados por rayos y centellas que el cielo nos regaló. Las gargantas entonaron “¡olé!”; canciones y poemas. ¡Llegó el duende!, como decía García Lorca, y llegó para quedarse en ese lugar.

Para cuajar una gran faena debe imprimirse en ella pasión, hambre de triunfo y experiencia. Hay que exponer el cuerpo, aclarar las ideas, estar preparado y dispuesto a arriesgar el todo por el todo. El amor y el toreo son de dos, que se miran, se retan y seducen. Allá, a lo lejos, se escuchó un eco envolvente con los compases que creó Joaquín Pardavé. No podía faltar la Negra, en paz descanse, quien fue la compañera, el motor del médico, el padre, el hombre de familia. Su “negra consentida, la negra de su vida”, llegó a la cita y nos tomó de la mano para disfrutar el encuentro. Le dimos las gracias a la tauromaquia que une, cuestiona, nos pone a prueba y, en una serie de símbolos, descifra el enigma de la existencia, de nuestro batallar diario, de la aproximación a la siempre misteriosa muerte.

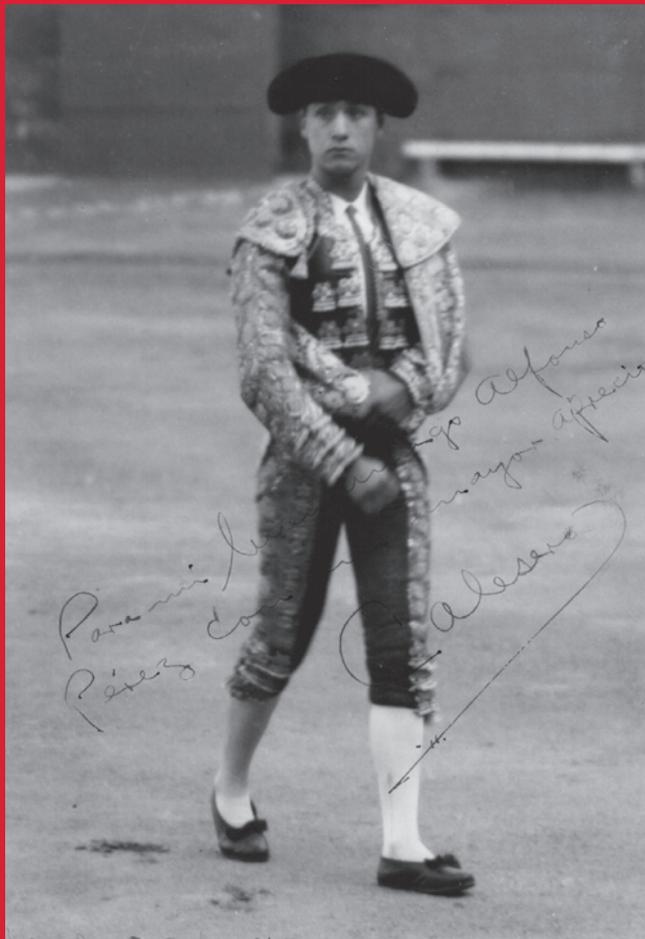
Hay días que no se olvidan, momentos que nos acompañarán toda la vida, quizás en una tarde nublada o de sol, lluviosa o con borrasca, y es que hay presencias que todo lo llenan, instantes que dejan a su paso una claridad que nos inunda, incluso logran desvanecer el espacio al que pertenecen. Las imágenes que evocaba mi mente tras cada reunión con el Doctor Pérez Romo eran las de mi niñez. Su presencia siempre me hizo recrear a mi padre en el campo bravo guanajuatense, montando en su caballo pura sangre color durazno para cuidar de sus reses bravas. También recordaba, al verlo y escucharlo, la personalidad sincera y la bonhomía del que

me dio la vida: firme en sus principios, generoso, hombre de fe, amigo de sus amigos, amante de su familia, de los toros, las tertulias y la música, en especial la de Lara. Me gusta pensar que ahora están juntos para llenar mis días de gloria.

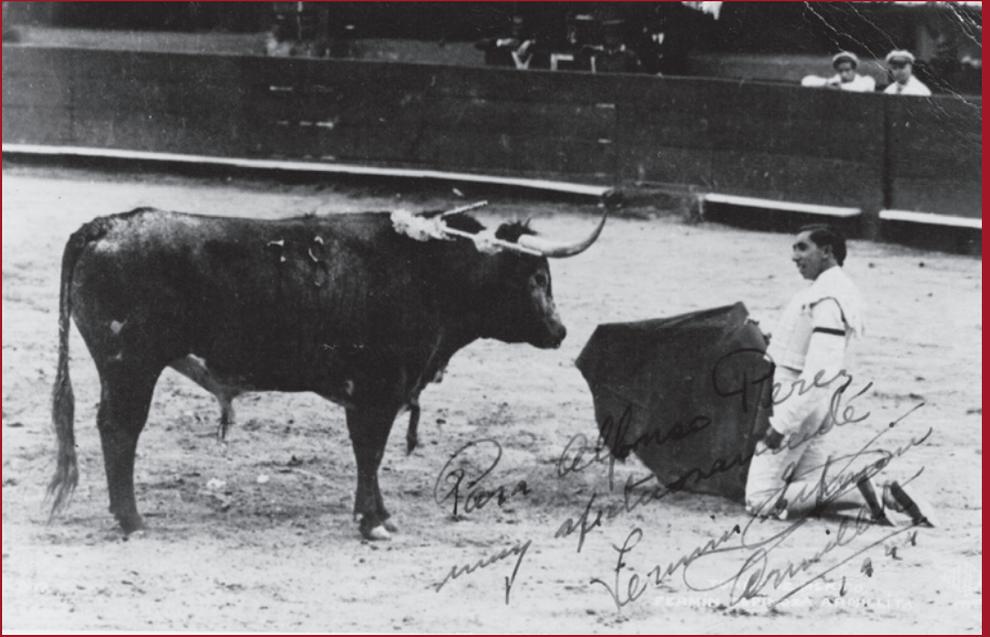
Después de ese mágico encierro en la Sierra Fría, nuestro amigo, el más sabio, docto y generoso, colocó en mis hombros, por unos instantes, un precioso capote de paseo blanco con flores bordadas a mano de gran colorido y finos detalles hechos con hilo de oro. Esa escena me ha llevado a imaginar que nos cedía los trastos. El maestro, después de grandes tardes de triunfo, se cortó la coleta. Ha detenido su camino. Para fortuna nuestra, nos dejó su ejemplo y enseñanzas. Seguiremos en la brega diaria, sacando la casta, y en los momentos de debilidad, recordaremos su excelso arte de a pie, ése que lo hizo salir victorioso del ruedo por la puerta grande.



IV
Galería



Fotografía dedicada a Alfonso Pérez Romo por Alfonso Ramírez Alonso
"el Calesero". Agosto de 1942. Pérez Romo tenía 17 años.



Fotografía dedicada a Alfonso Pérez Romo por Fermín Espinosa Saucedo.

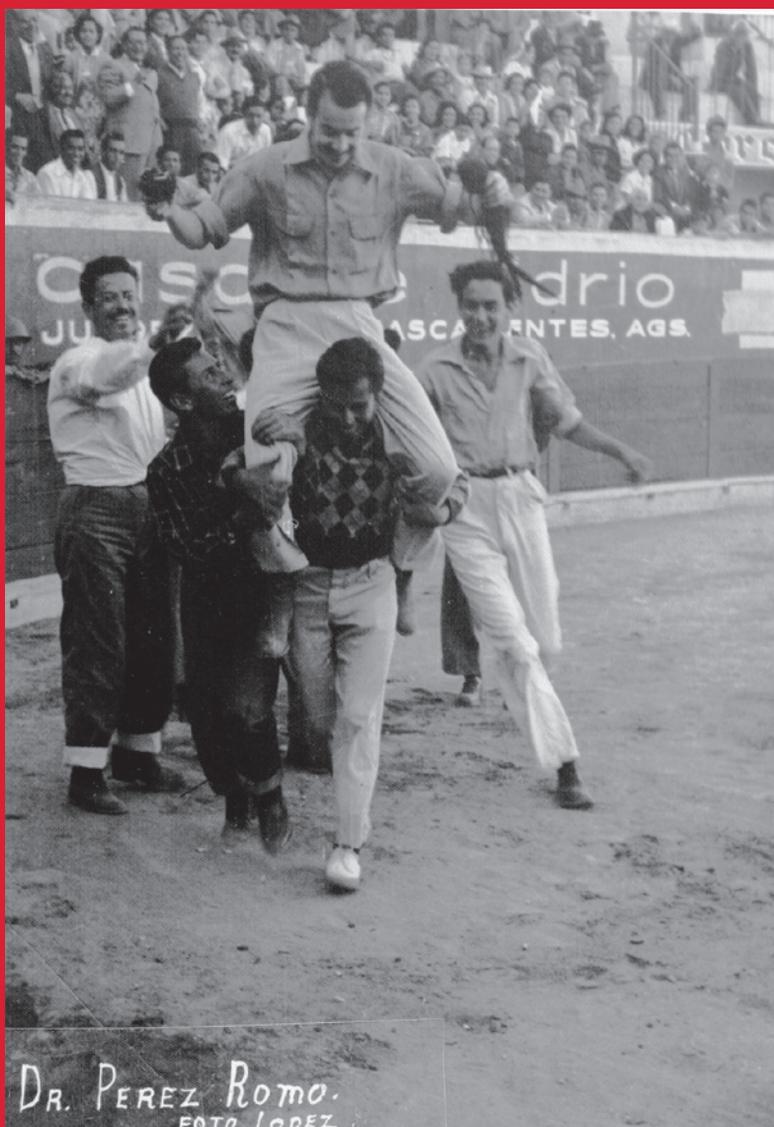
1944.



El joven Alfonso Pérez Romo dando un pase por alto a un novillo en el Rancho del Charro. Ciudad de México, 1946.



Alfonso Pérez Romo dando un derechazo a un novillo en la Plaza San Marcos. *Circa* 1948.



A hombros, en la Plaza San Marcos, después de cortar dos orejas, el rabo y la pata. Lo carga Marco Garza "el Chelín". A la derecha, en el ruedo, está José Sánchez "el Chivo". Octubre de 1952.

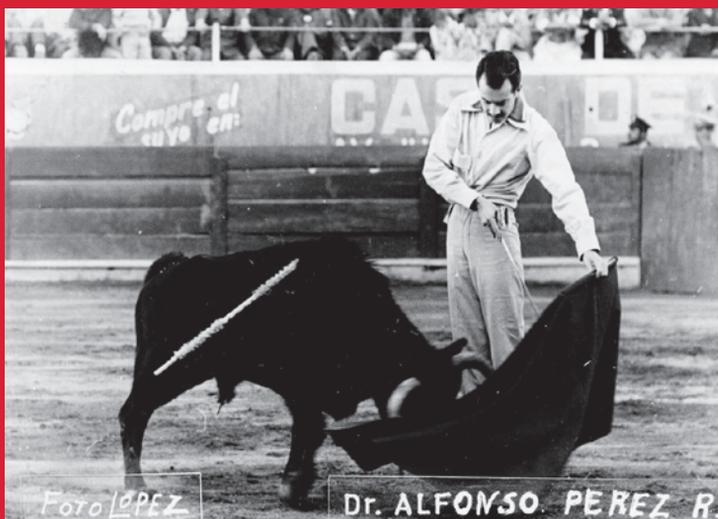


Con sus trofeos (orejas, rabo y pata) en la Plaza de Toros San Marcos.

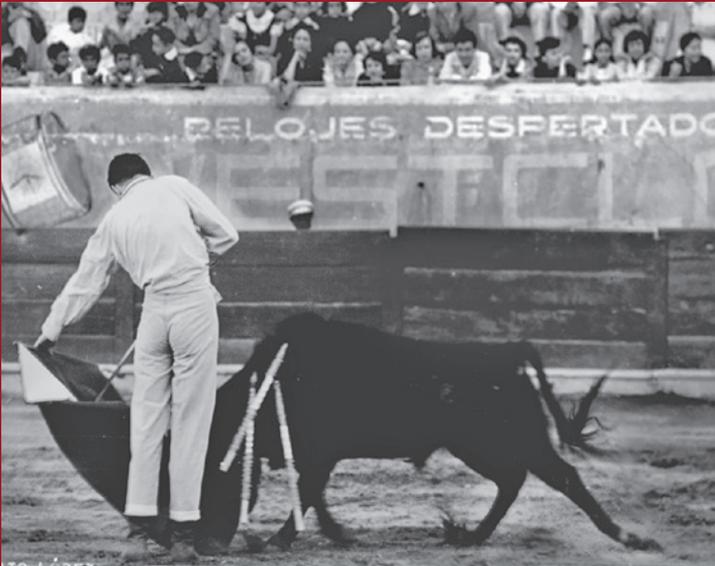
Octubre de 1952.



Tres soberbios naturales a un novillo en un festival en la Plaza de Toros San Marcos. *Circa* 1953.



Tres soberbios naturales a un novillo en un festival en la Plaza de Toros San Marcos. *Circa* 1953.



Tres soberbios naturales a un novillo en un festival en la Plaza de Toros
San Marcos. *Circa 1953.*



En el patio de cuadrillas, antes de partir plaza en un festival taurino.
De izquierda a derecha: doctor Hernández Duque, Doctor Alfonso
Pérez Romo, matador Rafael Rodríguez “el Volcán de Aguascalientes” y
Guillermo “Cabezón” González. Aguascalientes, 1954.



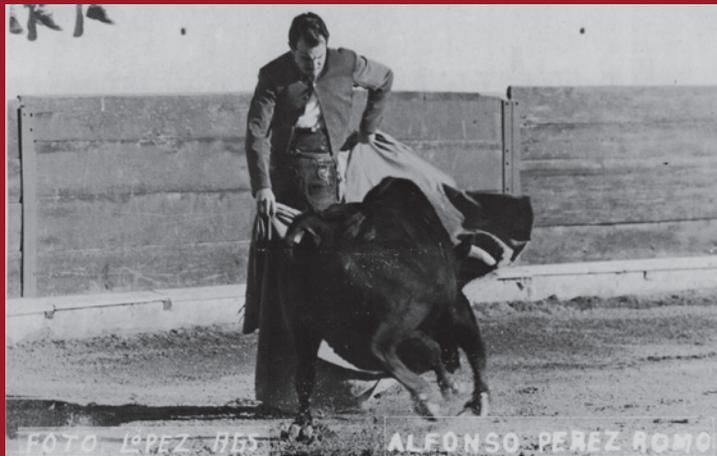
Iniciando el paseillo en la misma tarde de 1954. De izquierda a derecha: don Humberto Elizondo Garza, don Gabriel Arellano, don Rafael Rodríguez “el Volcán de Aguascalientes”, don Guillermo “Cabezón” González y Doctor Alfonso Pérez Romo. Nótese, en el palco de autoridad, a un costado del señor de sombrero, al maestro Fermín Espinosa Saucedo.



Paseillo del mismo festival. De izquierda a derecha: don Humberto Elizondo Garza, don Gabriel Arellano, don Rafael Rodríguez “el Volcán de Aguascalientes”, don Guillermo “Cabezón” González y Doctor Alfonso Pérez Romo. Aguascalientes, 1954.



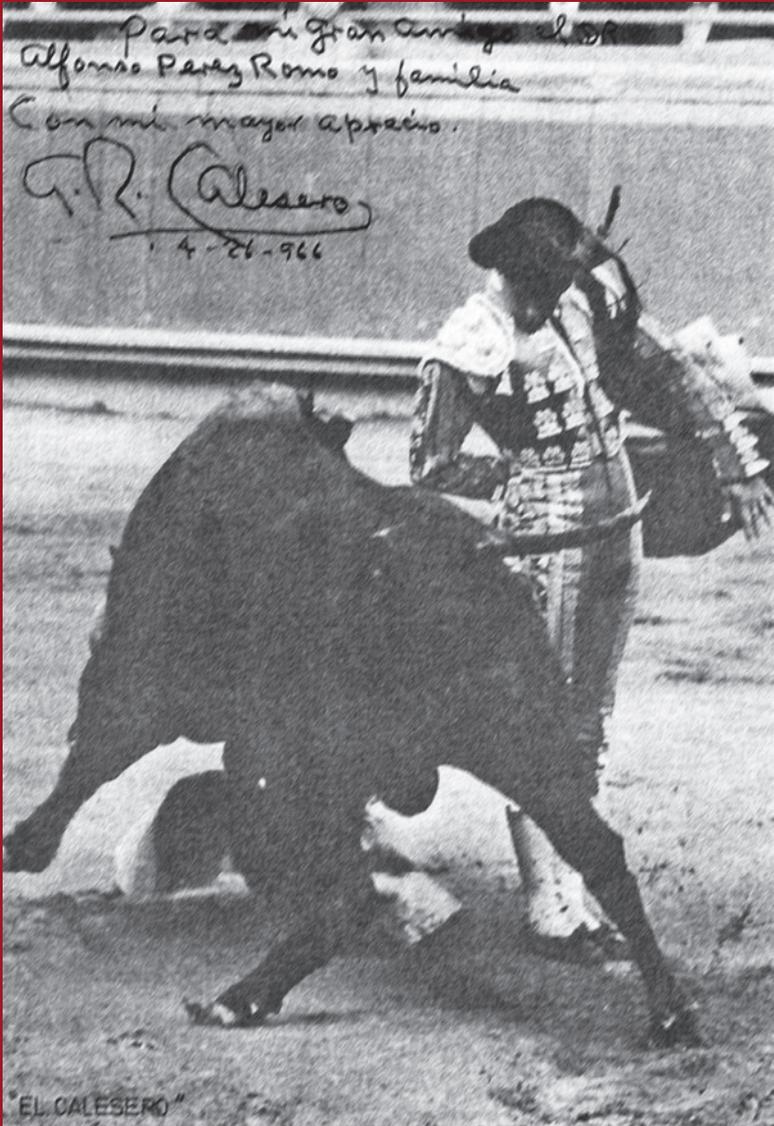
Durante su actuación con un novillo bien presentado, en esa misma tarde de 1954. Nótese a don Rafael Rodríguez, desde el callejón, listo para hacer el "quite".



Durante su actuación, 1954.



Durante su actuación, en esa misma tarde de 1954.



Fotografía dedicada, por el Calesero, al Doctor Pérez Romo. 26 de abril de 1966.



En la misma convención, de izquierda a derecha: María del Carmen Pérez Talamantes, Alfonso Pérez Romo, Alberto Guerrero Pérez. El resto de la gente no ha sido posible identificarla. *Circa* 1970.



Alfonso Pérez Romo pegando una revolera a una becerria durante una convención de empresarios automotrices en Acapulco, Guerrero. *Circa* 1970.



Alfonso Pérez Romo dando un derechazo a una becerria en la ganadería
Santa María de Gallardo, Aguascalientes. *Circa* 1978.



De izquierda a derecha: Luis Castro “el Soldado”, Pablito (guardaplatas de la Monumental de Aguascalientes), Doctor Alfonso Pérez Romo (como empresario) y Alfonso Pedroza “la Gripa”. Abril de 1984.



Vuelta al ruedo luego de una tarde triunfal de toreros, ganaderos y empresarios. De izquierda a derecha: Pedro Gutiérrez Moya “el Niño de la Capea”, Eduardo Solórzano, Alfonso Pérez Romo, Curro Rivera, Fermín Espinoza Menéndez, Julio Díaz Torre Macías. 1 de mayo de 1984.



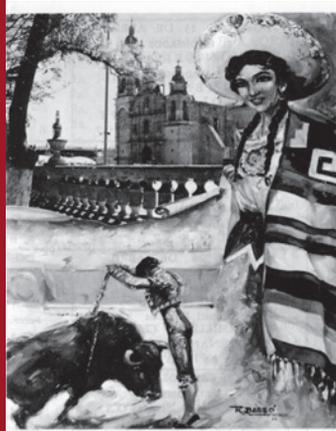
Dando un “natural” en la placita de tientas de la ganadería Santa Fe del Campo, en San Pedro Piedra Gorda, Zacatecas. *Circa* 1984.



Antes de partir plaza, de izquierda a derecha: peón de José María Manzanares, Alfonso Pérez Romo, José María Manzanares y don Isidoro Cárdenas. Abril de 1985.



De izquierda a derecha: don Eduardo Solórzano, don Alfonso Ramírez Alonso “el Calesero”, Doctor Alfonso Pérez Romo, Curro Rivera y Juan Ángel José Pérez Talamantes. Abril de 1985.



**GRAN FERIA NACIONAL
DE SAN MARCOS 86**
Plaza de Toros
MONUMENTAL DE AGUASCALIENTES
18 Extraordinarias Corridas de Toros 18
Todas a las 5.00 p. m.

<p>DOMINGO 13 DE ABRIL EL REJONEADOR RAMON SERRANO MATADORES: "NIMENO II" MANOLO MEJIA ERNESTO BEEMONT 7 MARIANO RAMIREZ 7</p>	<p>SABADO 19 DE ABRIL MATADORES: CURRO RIVERA CURRO VAZQUEZ JESUS TORRE 6 LOS MARTINEZ 6</p>	<p>DOMINGO 20 DE ABRIL MATADORES: MARIANO RAMOS "NIMENO II" HUMBERTO MORO DAVID SILVETI 8 CAMPO ALEGRE 8</p>	<p>LUNES 21 DE ABRIL EL REJONEADOR JORGE HERNANDEZ ANDRES MATADORES: CURRO VAZQUEZ CESAR PASTOR JAVIER BERNALDO 7 CAMPO ALEGRE 7</p>	
<p>MARTES 22 DE ABRIL MATADORES: JOSE ANTONIO CAMPUZANO JORGE GUTIERREZ Y LA ALTERNATIVA DE Roberto Hernández "EL QUITOS" 6 LA PAZ 6</p>	<p>MIERCOLES 23 DE ABRIL MATADORES: JOSE MARIA MANZANARES MANOLO ARRUZA HUMBERTO MORO 6 BARBACHANO 6</p>	<p>JUEVES 24 DE ABRIL MATADORES: JOSE ANTONIO CAMPUZANO VICTOR MENDES RICARDO SANCHEZ LUIS FERNANDO SANCHEZ 8 VALPARAISO 8</p>	<p>VIERNES 25 DE ABRIL EL REJONEADOR LUIS COVALLES Fermin Espinosa "ARMILLITA" JORGE GUTIERREZ VICTOR MENDES 7 CARRANCO 7</p>	
<p>SABADO 26 DE ABRIL MATADORES: Pedro Gutiérrez Moya "NISO DE LA CAPEA" Miguel Espinosa "ARMILLITA" Chico LUIS FERNANDO SANCHEZ 6 SANTIAGO 6</p>	<p>DOMINGO 27 DE ABRIL MATADORES: MANOLO ARRUZA Fermin Espinosa "ARMILLITA" DAVID SILVETI 6 SUAREZ DEL REAL 6</p>	<p>LUNES 28 DE ABRIL CORRIDA DEL DIF CON LOS MATADORES Miguel Espinosa "ARMILLITA" Chico VICTOR MENDES RICARDO SANCHEZ 6 TOROS DE HUICHAPAN 6</p>		
<p>MARTES 29 DE ABRIL MATADORES: MARIANO RAMOS Pedro Gutiérrez Moya "NISO DE LA CAPEA" Miguel Espinosa "ARMILLITA" Chico 6 BEGOÑA 6</p>	<p>MIERCOLES 30 DE ABRIL MATADORES: CURRO RIVERA JOSE MARIA MANZANARES LUIS FERNANDO SANCHEZ 6 TEQUISQUIAPAN 6</p>	<p>JUEVES 10 DE MAYO MATADORES: Manolo Espinosa "ARMILLITA" CURRO RIVERA JOSE ANTONIO CAMPUZANO 6 FRANCISCO RIVERA 6</p>	<p>VIERNES 2 DE MAYO MATADORES: JOSE MARIA MANZANARES Miguel Espinosa "ARMILLITA" Chico RICARDO SANCHEZ 6 GARFIAS 6</p>	
<p>★ ★ ★ ★ ★</p>	<p>SABADO 3 DE MAYO MATADORES: MARIANO RAMOS Pedro Gutiérrez Moya "NISO DE LA CAPEA" JORGE GUTIERREZ 6 MIMIAHUAPAM 6</p>	<p>DOMINGO 4 DE MAYO MATADORES: CURRO VAZQUEZ JAVIER BERNALDO RICARDO SANCHEZ 6 DR. LABASTIDA 6</p>	<p>LUNES 5 DE MAYO MATADORES: MANOLO ARRUZA CESAR PASTOR VICTOR MENDES 6 MARCO GARFIAS 6</p>	<p>★ ★ ★ ★ ★</p>

Cartel taurino de la Feria de San Marcos, cuando Pérez Romo era empresario taurino. Abril de 1986.



Dedicatoria de Conchita Cintrón a Alfonso Pérez Romo en el libro *Recuerdos* de Cintrón, 30 de abril de 1991.



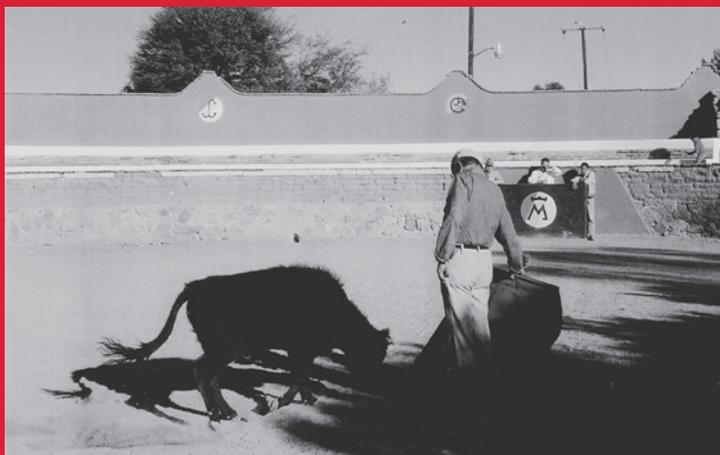
Observando la corrida junto a Conchita Cintrón. Aguascalientes, Abril de 1991.



Conversando con Enrique Ponce en la Sierra Fría, Aguascalientes. *Circa* 1993.



Brindis de Israel Téllez al Doctor Alfonso Pérez Romo en la Plaza de Toros Monumental de Aguascalientes, 29 de abril de 2004.



En el festejo de su cumpleaños 80, pegando un derechazo a una de las cuatro vaquillas que toreó esa vez. 12 de diciembre de 2004, a un día de la celebración de su aniversario.



Durante el cumpleaños 88 de Pérez Romo, en diciembre de 2012. Al lado del Doctor se encuentra Manuel Espinosa Acuña.



De izquierda a derecha: Joselito Adame, Alfonso Pérez Romo, Fermín Espinosa Díaz de León, Fermín Espinosa Menéndez. Ganadería Santa Bárbara, San Pedro Piedra Gorda, Zacatecas. Enero de 2014.



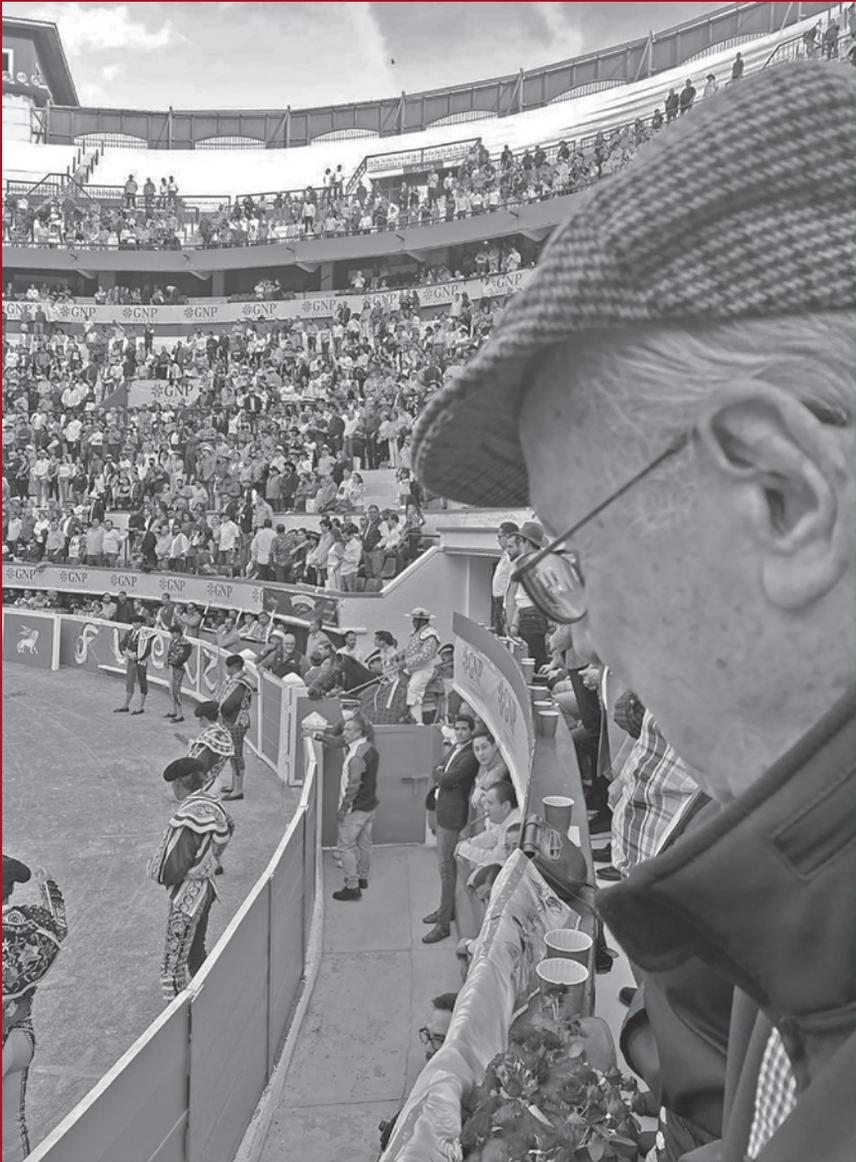
De izquierda a derecha: Javier Borrego Estrada, Alfonso Pérez Romo, Javier Borrego Casale. Ganadería Santa Bárbara, San Pedro Piedra Gorda, Zacatecas. Enero de 2014.



De izquierda a derecha: Andrés Reyes, Alfonso Pérez Romo, Patricia Ortiz, Eudoro Fonseca Yerena. Plaza de Toros Monumental de Aguascalientes, 4 de noviembre de 2018. Imagen tomada de la página de Facebook de Patricia Ortiz.

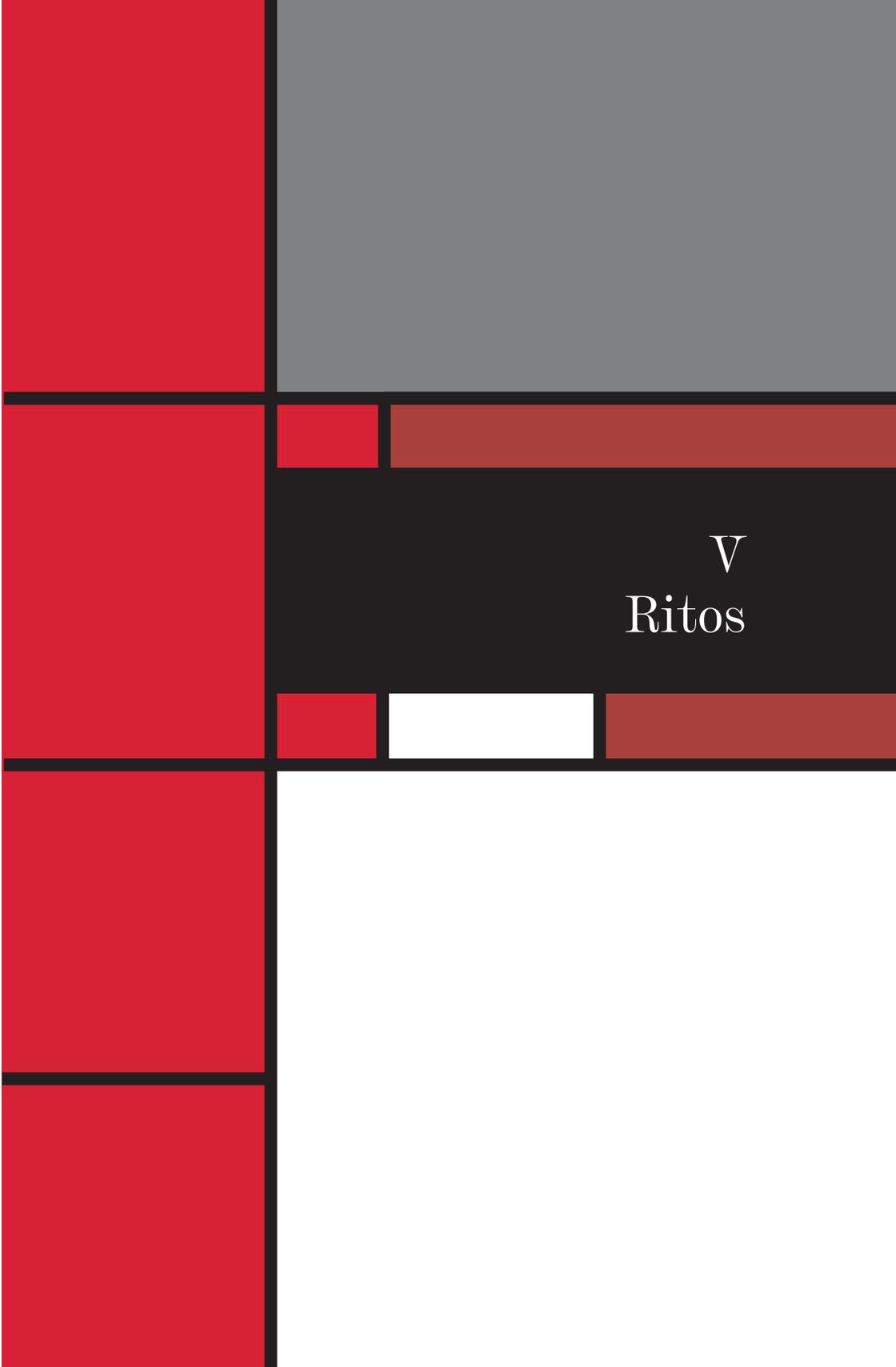


De izquierda a derecha: Librado Jiménez, Alfonso Pérez Romo, Jesús Eduardo Martín Jáuregui. Plaza de Toros Monumental de Aguascalientes, 5 de mayo de 2022. Cortesía de Joaquín Chávez Pérez.



Última aparición pública del Doctor Pérez Romo, a dos días de fallecer, en la corrida por el 447 aniversario de la ciudad de Aguascalientes. Plaza de Toros Monumental de Aguascalientes, 22 de octubre de 2022. El Doctor tenía 97 años.





V
Ritos



Don Alfonso, la amistad y la Fiesta

Andrés Reyes Rodríguez

Con don Alfonso Pérez Romo forjé un vínculo de amistad espontáneo, pese a que teníamos diferencias generacionales. La distancia en las edades finalmente se convirtió en un mundo de coincidencias y diferencias, siempre aderezadas por el aprecio y el respeto. Compartíamos temas de conversación en los que dominaba el tema educativo, especialmente el universitario, y enseguida los temas vinculados con la historia del arte y, en mucha menor medida, la Fiesta del Toro. Tres materias que tenían como denominador común el simbolismo, una ética implícita y un fervor por el universalismo.

Como muchos lo saben, él solía llevar de forma fácil las charlas a la camaradería. Los encuentros eran siempre una

oportunidad para intercambiar puntos de vista y dar crédito a los que definen la amistad como una larga conversación. Sabíamos que formábamos parte de una especie que nos define por existir en el lenguaje y entendíamos que, por breve que fueran nuestros encuentros, nunca teníamos prisa. Eso explica que él rara vez interrumpiera abruptamente una charla.

No todo era de terciopelo, permitía criticar y estar en desacuerdo, aunque, a decir verdad, nos sentíamos mejor cuando tocábamos puerta en las coincidencias y lo hacíamos, sobre todo, cuando éstas eran sobre temas vitales. Los libros y la lectura eran parte de los pretextos favoritos. Siempre había novedades, muy pocas sobre México. En este horizonte dominaban los temas antes que los lugares. En suma, siempre quedó en claro que nos unía el amor por los libros y, naturalmente, solíamos vivir entre esos maravillosos objetos. Con esa dinámica nos prestábamos libros para entender mejor el origen de nuestros puntos de vista. La oficina que ocupaba en la UAA, rodeada siempre de libros, era un eco institucionalizado de ese gusto.

Esta maravillosa concurrencia era también una excusa, una oportunidad para invitarnos a diferentes actividades. Eso ocurrió cuando yo presentaba algunos de mis libros y cuando comenzaba una nueva serie de televisión relacionada con el tema. Así pasó en *Los libros que cambiaron la historia*, donde charlamos sobre el Corán, o cuando coincidimos para hablar sobre la belleza en *La otra luna*. En correspondencia, él solía invitarme a los diplomados que organizaba en la UAA, un lugar en el que pudimos compartir experiencias lectoras sobre *Don Quijote de la Mancha*, *El príncipe* de Maquiavelo y también sobre la democracia contemporánea en el mundo.

El tema de los toros no era fácil, requería de otras condiciones y otros contextos para hablar largo sobre la Fiesta Brava. Necesitábamos un escenario más propicio: teníamos que estar en una plaza de toros o en la presentación de un libro sobre el particular. Ya he dicho que no era el tema princi-

pal de nuestras conversaciones, pero cuando lo abordábamos, siempre lo integrábamos a una visión de las cosas. Confirmé esta perspectiva cuando le comenté que había entrevistado a Fernando Fernández Román, uno de los cronistas taurinos más notables de España en ese momento. Cuando hablé del encuentro con el cronista hispano, lo hice con la secreta esperanza de que emergerían nuevas excusas para la charla; comenté que, a partir de esa entrevista, mi idea del toro y de la Fiesta habían cambiado. Una nueva postura sobre la Fiesta del Toro que se sumaba a la sorpresa cuando descubrí que, al menos en Aguascalientes, los escritores sobre el tema anidaban en hombres provenientes de una generación de universitarios intelectualmente bien dotados en las artes humanistas. Personajes e ideas que me hacían pensar que en la cultura del toro había algo más que una fiesta trivial.

Cuando entrevisté al cronista español, le comenté a don Alfonso, comencé a entender que en la raíz de esa afición había una postura intelectual, casi filosófica, sobre la profundidad que había en la relación entre la naturaleza, la crueldad y la belleza. De esta última relación con el cronista español, quedó grabada en mi cansada memoria una frase definitiva sobre el mundo del que hablamos. En esa entrevista, Fernando concluía que la Fiesta del Toro era concebida como “[...] el hecho efímero de un arte dinámico producido en ese instante, y donde la inteligencia del hombre es capaz de vencer a la abrupta brutalidad de la naturaleza”.¹ Tal vez ése fue el momento en el que decidió invitarme por primera vez a su palco de la Monumental. Quizás me vio como un probable aprendiz y un aliado más de la Fiesta y de lo que ésta significaba, un socio más de ese mundo en el que él se sentía realizado.

1 Andrés Reyes Rodríguez, *Conversar y aprender. Entrevistas desde Aguascalientes*. Aguascalientes, UAA, 2020, p. 99.

La experiencia en el palco

El Doctor solía invitar a varios de sus amigos al palco, del que entiendo era copropietario, en la Plaza Monumental de Aguascalientes. Cuando me invitó, pensé que había perdido detalles de mi biografía personal y tuve que aclarar el punto: “Doctor, tal vez se confunde, recuerde que yo no soy fanático del toro”. Él, con un gesto casi de molestia me dijo: “Claro que no me confundo. Sé muy bien lo que hago. Quiero que estés en mi palco. Nos vemos a la entrada unos minutos antes de la hora”. Acepté el tono categórico y simplemente me alisté como pude para cumplir decorosamente la invitación. Quise pensar que en ese convite había una doble intención: imaginé que preparaba el escenario para hablar de otro tema y volví a equivocarme. Se trataba, sin duda, de una ocasión para ver, hablar y sentir, *in situ*, la Fiesta. Fue tanta concentración sobre el tema en el palco que, cosa rara, nunca, ni por un instante, hablamos de la universidad ni de la educación ni del arte ni de la historia, nuestros temas de mayor coincidencia.

Al cambiar la visión de las cosas, no quedó más remedio que preguntarme: “¿qué pensaba él al invitarme a ese lugar?”. Entre los amigos de ese perfil, el mío era un caso aparte, porque el común denominador de los invitados a ese palco eran aficionados permanentes a la Fiesta Brava. En el mejor de los casos, yo era, sin duda, lo que se conoce como un villame-lón. Mientras armaba una respuesta menos apresurada en mi cabeza, me distrajo la familiaridad que él desplegaba en el ambiente de la Monumental. Nos vimos en la puerta de acceso y pude ver que vestía con camisa primaveral caminando con la firmeza de un joven. Portaba un sombrero de ala corta estilo Panamá. Me saludó con un abrazo y muy pronto me presentó con alguien más que no recuerdo. La caminata hacia el palco fue de encuentros con conocidos que lo abrazaban con aprecio y admiración. Las palabras expresadas en la brevedad del saludo confirmaban mi interpretación sobre él en esos climas

sociales. El guion de ese breve peregrinar al palco cambió cuando se detuvo para ver los libros y revistas que sobre la Fiesta se vendían en el camino.

Cuando entramos al palco, llegamos a una casa común, una versión material de fraternidad. Era uno de los lugares donde el Doctor coincidía con su compadre Humberto Martínez de León, quien también vestía para estar acorde con el ritual que comenzaba con los saludos de recepción y arribo. La señal más inmediata de su compadre era la vestimenta, el sombrero, los lentes oscuros y la pañoleta roja en el cuello; también la respiración relajada. Ahí estaban también otros amigos y otros familiares. En ese momento, mientras se repetían los saludos y los abrazos, miraba la arena de la plaza y sentía el calor de abril. Así comprendí que ya estábamos en el escenario ideal para vivir la experiencia. Era la oportunidad propicia para charlar sobre el tema taurino. También un sitio para confirmar la amistad. En un ambiente así, sólo se podía hablar de toros y de toreros y, de forma implícita, sobre la condición humana.

Pasamos a otro momento de la tarde cuando la música de la banda municipal anunció el momento del paseillo. Un instante breve, festivo, expectante. Desde entonces, he pensado que partir plaza es un cortejo que siempre deja la impresión de que los matadores ven el mundo con rostro de temor y desafío; un lugar donde se revela el miedo íntimo con el misterio. La tensión se aligeró con la música, con el aplauso y con la algarabía del público, hasta que los matadores saludaron al juez de plaza y se dispusieron a hacer movimientos de calentamiento. Por un instante, los matadores, sin excepción, aparecieron absortos y a ratos contagiados por la respiración de la gente, hasta que salió el primer toro y la primera aprobación o rechazo por el peso del astado, por el color, la cornamenta, el nombre y, claro está, por la bravura y otras características adicionales.

Al dar inicio el paseo del toro por el ruedo, el Doctor se aislaba en su mundo; sobre todo, lo hacía mientras ocurría

la faena en turno, porque aumentaba la concentración visual, mental y auditiva en el ruedo. Era una concentración al máximo, sólo suspendida entre un toro y otro cuando saludaba a los vecinos de las gradas y también a los que unos metros abajo deambulaban por el ruedo. Noté de inmediato que estábamos en un lugar estratégico, ubicado apenas arriba de donde los matadores esperaban su turno. En esa ocasión, vimos torear a Sebastián Castella y muy pronto me quedó en claro mi admiración por su valor y por la forma de interpretar la lidia. Así lo sentí porque revelaba en sus movimientos una gran quietud y me sorprendía cómo, en esa danza tan especial, se quedaba clavado en el piso, siempre muy cerca al pitón. Me percaté de que las actuaciones del torero francés eran previamente conocidas entre el público por su arte, al momento de enfrentar al toro bravo.

Para el Doctor, el toreo de Castella, que esa tarde soleada vestía de obispo y oro, rozaba en lo sublime. Caí en cuenta de que él aceptaba el toreo natural de los que se enfrentaban, pero estoy seguro que daba mayor aprecio a las formas y los conceptos procedentes de la academia y, claro está, la carga milenaria del momento. En especial, observaba a los toreros cuando toreaban, y también en los momentos de reposo. Veía en ellos detalles que parecían invisibles o superficiales, pero no lo eran. En algún momento de la jornada taurina, me pidió observar con cuidado detalles que respetaban las formas básicas del ritual. En una pausa de Castella, cuando éste se recargó en las tablas para esperar su siguiente toro, don Alfonso me advirtió, tocando mi brazo y sin perder de vista una escena del callejón: “Fíjate cómo todo está en los detalles. El matador se refresca tomando agua en una copa de plata. No todos hacen eso”. Como han de imaginar, me contó el origen y la importancia de esa costumbre.

El Doctor dramatizaba ese tipo de momentos en su calidad de espectador y también lo hacía como protagonista. La actitud y todos los gestos de su cara y también de su cuerpo parecían asistir a una ceremonia solemne, tan solemne como

una misa, tan formal como un acto patriótico en medio del himno y la bandera. Una fiesta y, al mismo tiempo, una estela de seriedad y otro tanto de devoción. En esos momentos no hablaba, tampoco bromeaba, sólo miraba, pensaba y sentía. Su rictus facial dejaba ver el amor por la Fiesta del Toro y sus enigmas, y también el presentimiento de una crisis. Temía que la decadencia principal del espectáculo viniera de la calidad de los toros a la baja. Le preocupaba esa inercia que parecía inevitable. Defendía la Fiesta por la herencia mitológica, por la belleza y la estética, y también porque representaba la oportunidad de dar vigencia como especie a una raza animal naturalmente brava. Tenía muy clara la idea de su defensa, o mejor dicho, del cariño por un ritual que en la versión utópica superaba la idea de un espectáculo, sin más. La Fiesta del Toro era concebida como una diversión trascendente, provocadora e intelectualmente deleitable. Por estas razones y por otras que nunca sabré, casi cada año repetía la invitación al palco. Un día aumentó el grado de complejidad del tema, pues tuvo la audacia y la temeridad de invitarme a presentar un libro dedicado a Rafael Rodríguez.

Hablar de la Fiesta en la perspectiva de un Volcán

Un miércoles por la mañana me ausenté del cubículo para ir a mi clase. Entonces era jefe del Departamento de Historia en la Universidad Autónoma de Aguascalientes. Al regresar de mi clase frente a grupo, la secretaria en funciones me informó que el Doctor me había buscado para entregarme un libro con un título inconfundible: *Rafael Rodríguez. El sentido profundo del toreo*. En la dedicatoria del texto había dejado una huella de amabilidad: “Para Andrés, querido y admirado amigo. Con un abrazo cordial”. Pese a que era una dedicatoria más o menos frecuente en el Doctor, de inmediato tomé mi teléfono y le llamé para agradecer el obsequio; no podía ser de otra manera. El Doctor

se había tomado la molestia de caminar a mi oficina para entregarme personalmente el libro. Algo poco usual. Al recibir la llamada, me contestó con la energía y con la infaltable amabilidad de siempre. Agradecí el obsequio y de inmediato me advirtió que, además de un regalo, era también una invitación para presentarlo. Para responder, tuve que sentarme en la silla de mi escritorio. Me sorprendió la propuesta porque, como le dije en ese momento, yo no era gente del mundo taurino. Le pregunté si no se había equivocado de lector, y muy definitivo me dijo que reiteraba la invitación y que no admitía una negativa. “No hay que ser gente del toro para tener una opinión sobre la condición humana”, me dijo. Como es previsible, al Doctor no se le podía decir nunca que no, pero esta vez era imposible, debido a que yo había adquirido un compromiso previamente acordado para estar fuera de Aguascalientes. Debido a que no podía estar en la fecha programada para presentar el libro, me disculpé con mucha pena y ahí quedó todo.

Pasaron los días y me llamó nuevamente, esta vez para decirme que la señora Teresa Arellano de Madrazo nos había invitado a comer en la Hacienda de Ledesma, agradecida por la presentación del libro. Le recordé que yo no había estado en esa fecha y simplemente reiteró la invitación con un toque imposible de negar. Finalmente acepté y de inmediato me dijo que sólo había una condición, para que tomara nota: se refería a que sólo estaríamos presentes unas cuantas personas y que el tema único de conversación sería la Fiesta del Toro. Le insistí sobre mi ignorancia en el tema y sólo me recordó el día y la hora de la reunión.

Cuando llegó la fecha acordada, viajamos en la camioneta del Doctor junto con Jesús Eduardo Martín Jáuregui. El plan era comer en grupo y regresarnos antes del anochecer. En el camino decidí salvar mi participación y opté por guardar silencio y resignarme a ser un espectador del reto en puerta. Confiaba en que la pasión de los concurrentes por el tema me permitiría guardar silencio y abrazar las pausas. Confiaba en

que el abogado que nos acompañaba sacaría las anécdotas que siempre lleva en su morral y ayudaría involuntariamente en mi estrategia y, por si acaso, pensé lo que podía decir si me veía obligado a opinar, algo con lo que me sintiera seguro. Comentaría sobre mi primera vez en una plaza de toros acompañado por mi padre para ingresar a la San Marcos al quinto y sexto toros, un ingreso que fue posible a cambio de una pequeña propina al portero del coso taurino. La otra experiencia sería para exponer un momento vital de aprendizaje que me sirvió para comprender o sentir la Fiesta del Toro, a la que Fernando Fernández Román había calificado como “el hecho efímero de un arte dinámico”. Hablaría de una faena de David Silveti en la Monumental que me marcó como aficionado. Una experiencia donde percibí, por un instante, la fusión de un matador con valor y la dimensión artística.

Al escribir estas líneas, repasé el libro escrito por don Alfonso y encontré algunos ecos de la citada experiencia. En el libro de 89 páginas, compuestas por una breve introducción y tres apartados, don Alfonso reconstruye la historia y mitología del toro bravo y de sus simbolismos. Con esa lectura me llamó la atención la antigüedad de la figura taurina aderezada por los mitos, un argumento que el Doctor observó de ese rudo animal en las cuevas paleolíticas. En segundo lugar, don Alfonso se concentró en los detalles que le inspiraron la figura de Rafael Rodríguez y, finalmente, agregaría al libro las infaltables referencias bibliográficas.

Leía el texto y me daba cuenta que en esa obra nada era improvisado. Todos los detalles tenían un sentido. Comienza con un epígrafe, tomado de un antiguo texto náhuatl, que textualmente dice: “El verdadero artista todo lo saca de su corazón”. Desde este momento puso la habilidad y la técnica en un segundo lugar, pese a que eran de gran relevancia. Además de percibirse unido al Volcán de Aguascalientes por una leal amistad, de inmediato lo calificó como un personaje artístico e histórico: “Portador de signos, mitos, ritos, pasiones

y formas culturales de siglos”. Lo veía como “[...] uno de los más valientes profesionales del toreo”.² En la escritura repite varias veces este argumento y advierte que para recordar a este matador era necesario tener presente el significado del toro en la vida de los hombres, desde la más remota antigüedad. Intentó demostrar que en el arte de Rafael Rodríguez estaba viva la esencia mítica y simbólica del encuentro entre el toro y el hombre. Mostró una necesidad de universalismo cuando veía en el toro la representación de la fuerza de los fenómenos naturales y su *poder generatriz*. Nos recuerda que el sacrificio es un camino para hacer la paz con los dioses ocultos y la lucha de la fuerza bruta contra la inteligencia.

Con mayores detalles veía al toro, con su imponente fiera y su potente poder reproductivo, en un tránsito que iba de lo vivificante a lo destructivo. Un mundo en el que se volvió imprescindible un complejo ritual lúdico y religioso. Por todo lo anterior, incorporó en el libro imágenes y comentarios sobre la antigua cueva prehistórica de Lascaux, en Francia, las de Guisando, en España, y también el cementerio de la antigua Ur, en la Mesopotamia. Las palabras textuales sobre el tema son muy elocuentes y como escritor ofrecía la oportunidad de llegar fácil al territorio del arte: “El toro ha sido siempre signo formal para comprender los secretos del universo y de la vida [y] ha sido usado como instrumento material para ir construyendo las civilizaciones; también como símbolo mitológico, mágico y religioso”.³ Pensaba entonces en un fenómeno catártico y de una comunicación trascendente entre el que oficia y el que atiende. Lo entendía como un viejo drama milenario y como una frontera donde comenzaba lo sobrenatural y lo sublime.⁴ Por esa ruta discursiva llegó al mundo del arte, pasando por las pinturas de Creta de hace 2 500 años, por los graba-

2 Alfonso Pérez Romo, *Rafael Rodríguez. El sentido profundo del toreo*. Aguascalientes, UAA, 2014, p. 19.

3 *Ibidem*, p. 23.

4 *Ibidem*, p. 47.

dos de Doré, Goya y el *Guernica* y el *Minotauro* de Picasso. Con este ropaje mitológico y artístico, don Alfonso creó una barrera, una muralla para impedir la reducción de la Fiesta Brava en una idea primitiva y salvaje.

En esa ruta casi de encanto llegó a la imagen y al perfil de Rafael Rodríguez, a quien calificó de “talante serio, de enorme fuerza interior, un matador que intuía que lo que hacía en el ruedo tenía la fuerza de lo trascendente”.⁵ Rafael Rodríguez era, para el Doctor, un hombre que, como Manolete, José Tomás y Silverio Pérez, había sentido el carácter cuasi sagrado del toreo. En ese clima, reconoció que el Volcán de Aguascalientes había alcanzado “los sitios más altos de la torería, no por su técnica ni por sus alardes estéticos, sino por el sentido simbólico y hondo en que envolvía su misión en la arena”.⁶

Esta fusión entre la historia y el mito con el perfil del torero puso al desnudo las virtudes de la Fiesta y del torero, pero también los problemas y las fragilidades del momento. Pensaba con mucha convicción que, de mantener la inercia para atenuar la bravura del toro, se perdería la razón de ser simbólico y la magia que vestía a la solemnidad y la trascendencia de la Fiesta. Precisamente con esa postura apasionada y mítica, con ese aire trascendente, había una intención didáctica que tenía como meta impedir la caída de la Fiesta en “un espectáculo-negocio para excitar a multitudes hipotecadas por lo electrónico”.⁷ Después del recorrido por la historia y el mito, dejó en claro la principal virtud del Volcán: para el Doctor, cada vez que Rafael Rodríguez toreaba, comunicaba la impresión de lo sagrado.

Con ese clima contextual, con esa postura fascinante, en los días siguientes a la presentación del libro nos vimos con la familia de Rafael Rodríguez para hablar del toro en la Hacienda de Ledesma. Él sabía que en esa atmósfera podríamos

5 *Idem.*

6 *Idem.*

7 *Ibidem*, p. 49.

reiterar la amistad y el profundo significado del toreo, y recordar a un matador percibido como depositario de una tradición sagrada que nació pagana en la antigüedad y que había terminado cristiana en España.

Hacienda de Ledesma. La tarde brillante de un mes frío

Cuando llegamos a la Hacienda de Ledesma, me invadió una sensación de expectación y sorpresa. La finca estaba en el camino de Aguascalientes a Ojuelos, por donde yo había transitado muchas veces, sin advertir la presencia de este importante lugar. La sorpresa y el asombro fueron porque, a pesar de tanto viaje por ese lugar, no la había visto nunca. La omisión se explicaba porque el lugar se encontraba en una pequeña hondonada que impedía ver el inmueble desde la carretera. Fue sorprendente también porque se trataba nada menos que de una de las haciendas que había pertenecido a la antigua familia de los Rincón Gallardo. Era una novedad porque en esos años procesaba en mi mente la importancia económica de esas empresas agrícolas de otros tiempos y la experiencia única de transitar por sus pasillos, patios y recámaras sin más barreras que mis sentidos.

Llegamos por la puerta principal y ya estaban a la espera los familiares de Rafael Rodríguez. El Doctor, Jesús Eduardo y yo saludamos a la señora Teresa, a su nuera, a uno de sus hijos y también a uno de sus nietos. Había también algún amigo ocasional de la familia. Era un ambiente campirano propicio para hablar del toro, sólo del toro. Un sitio para forjar una historia desde la sombra de una invitación inmerecida para un profesor de universidad que, como ya he dicho de forma obsesiva, no era ni lector ni gente del toro.

A un lado de la casona había una iglesia que, en los momentos de nuestro arribo, recibía el sol del oriente como una

caricia. Un templo de cantera rosa, desgastado con algunos aplanados pintados en colores pastel. Un inmueble imponente para lo desértico del lugar, con una cruz de mosaico en cada lado y en el remate más alto de la torre principal, una cruz de neón silenciosa. En los muros del patio principal había un guardapolvo perimetral pintado de rojo óxido, tan visible como reciente. En una parte del andador, muy cerca de una antigua carreta pintada de turquesa, había lo que parecía una pila de agua bendita o bebedero de cantera pintada o labrada con una flor de lis en uno de sus lados. No era el único misterio. Desde que entramos, nos recibió un patio de gran tamaño, rodeado por arcos que en cada una de sus esquinas tenía árboles frutales de mediana estatura. El patio tenía piso de cantera y piedras, con columnas de cantera rosa y canaletas de agua alineadas verticalmente con cada pilastra. Los muros estaban desgastados sabrosamente por el tiempo, y la pintura mostraba el paso del tiempo y una batalla en la que los propietarios no habían cedido a la tentación frecuente de restaurarlos con ganas de que parecieran nuevos.

Concluí muy en mi interior que era mejor ese desgaste natural del tiempo que la ficción espectacular, aunque trivial, de lo nuevo. Recordé fugazmente el poema “Retrato” de Antonio Machado, en esa parte que cantaba casi con dulzura: “Mi infancia son recuerdos en un patio de Sevilla, y un patio claro donde gobierna el naranjo”. Lo vi así porque recordé que en ese lugar histórico se adivinaba un eco de memorias que brotaban por todos lados, especialmente en las esquinas, donde el naranjo frondoso y aromático rompía con la monotonía del conjunto. La hacienda parecía, a primera vista, pintada con acuarela. Los muros y sus rincones, la composición de la luz y la sombra, las puertas y las escaleras bañadas de una antigua humedad daban esa sensación visual. En el extremo sur del patio había una puerta de herrería negra y barroca, con un acceso que conducía hacia un antiguo jardín de flores donde se había bordado, muchos años atrás, una leyenda de amor con pasillos

aromáticos creados para una mujer enamorada. La parte alta de la puerta tenía un marco de cantera tan rosa como simple, rematada por unas iniciales con las letras JRG, abrazadas por un círculo de medio punto.

Ya instalados en un costado del gran patio, comenzamos la charla en medio de una luz tardecina, todos sentados en varios equipales, una banca de madera para tres personas y una mesa redonda tapada por un mantel azul cielo, con una jarra de mayólica con tequila o mezcal y un tapón de corcho. La conversación comenzó con generalidades. En ese mismo sitio hablamos brevemente del clima, de la familia y de la amistad; para acompañar la bebida, nos obsequiaron botana de ocasión y un quesillo especial con tortillas hechas a mano. En el centro de las opiniones y los recuerdos, la atención principal siempre estuvo en don Alfonso. El escenario estaba listo para hablar de lo prometido. La tarde era casi torera por la hora, por los comensales y por la escenografía. El Doctor presidía en más de un sentido la ronda provisional, sentado en la banca de madera de aroma eclesiástico, reposando siempre en cojines de azul y blanco. En el muro a sus espaldas había una pintura de más de un metro de largo con tema campirano de caballos y jinetes.

Don Alfonso portaba un pequeño sombrero de tela con colores parecidos a su camisa azul a cuadros y de manga corta. En la bolsa de su camisa se adivinaban dos plumas metálicas y en una de sus manos un anillo con el escudo de la universidad, donde había trabajado por muchos años. La charla de generalidades fue suspendida porque llegó al grupo un joven perteneciente a la familia anfitriona que vestía de traje azul, camisa blanca, corbata a rayas con nudo perfecto y un adorno de oro en la solapa. Un catrín contemporáneo. Era el nieto de Tere Arellano y al parecer un aspirante a promesa del toreo que el Doctor confirmó cuando le dijo que, para ser torero, había que parecer torero. Remató la percepción afirmando que ya tenía la estampa y que eso era muy importante.

Después de unos minutos, nos invitaron a pasar al comedor de la hacienda, un lugar donde se presentía el cumplimiento del inminente protocolo para abordar el tema central del viaje a la campiña. Nos sentamos en una mesa cubierta con un mantel blanco para 10 o 12 personas, había sobre el mueble un servicio de varios platos y una cristalería digna de la mejor cocina. No recuerdo el menú, pero me queda claro que era muy cuidado. Mientras nos servían los alimentos, un muchacho de apariencia modesta, limpio y vestido para la ocasión, y siguiendo el guion en las maneras de mesa, comenzó la conversación esperada. Era el momento estelar. Hablamos uno por uno del tema taurino en puerta. Alguien recordó que el mote o el apodo del Volcán había sido creado por Paco Malgesto; otro de los asistentes mencionó los tiempos en que tuvo su alternativa Rafael Rodríguez, un momento en el que, por cierto, había estado presente Silverio Pérez “el Faraón del Toreo”, teniendo como testigo a Gregorio García. Hablamos de faenas específicas y de las mejores tardes del matador, así como de los toros célebres a los que se había enfrentado y, claro está, de las ganaderías que, a juicio de los concurrentes, habían valido la pena.

Apoyados en la experiencia y en la memoria, varios de los presentes recordaron que la tarde inaugural como matador de Rodríguez fue atendida por toros de Coaxamalucan, que había hecho faena a “Morisco” y “Collarín”, este último en el sexto de la tarde, y un astado al que había cortado oreja, rabo y una pata. Una jornada en la que se había confirmado la excelente carrera del Volcán como novillero. No faltó, desde luego, la memorable tarde de Madrid en 1951, fecha en la que alternó con Pepe Luis Vázquez y Manolo Gutiérrez, con toros de Felipe Bartolomé. Una jornada en la que, según el excelente cronista local Jesús Gómez Medina, estoqueó a “Guitarrero” y recibió una oreja. Citando al mismo cronista taurino, alguien más recordó la que fue quizás la corrida más célebre del Volcán, en abril de 1959, en plena Feria de San Marcos, lugar

donde tejió faena a “Poeta de San Mateo”, un toro de “casta, bravura, claridad de estilo, docilidad y alegría”.⁸

La crónica de esa fecha también fue notable. En esos días apareció en el periódico estelar de la ciudad, *El Sol del Centro*, una narración que describía la presencia de un matador que convertía las piernas en estacas: “[...] con inacabables rechazos plenos de armonía y de mando bajo los efectos de un latigazo de emoción artística”.⁹ Un arte que llevó al cronista a recordar la frase de Belmonte al sostener que el toreo era, después de todo, “una suave caricia”. El cronista sintetizó la esencia de ese momento, al concluir que se había bordado una faena con “cercanía, solidez y fuerza y con señorío total del hombre sobre la bestia. Una labor artística que se resumía en el inequívoco concepto del Torerismo”.¹⁰

Los testimonios no terminaban. Desgraciadamente he perdido la memoria de muchos de esos momentos. Hubo algunas distracciones en el ambiente y yo seguí estresado por el desconocimiento del tema. En una de esas pausas, me llamó la atención brevemente una vajilla incompleta que tenía el logo de la familia Rincón Gallardo, con piezas algo desgastadas, al parecer por los efectos de un ataque a la hacienda durante los años de la Revolución mexicana. La charla fue rematada por el recuerdo sobre el adiós de Rafael Rodríguez, ocurrido el 26 de abril de 1971, con toros de La Punta, una camada de toros bravos que tenían edad, trapío, pitones y otras cosas más que don Alfonso reveló en el libro de su autoría, para hablar sobre el sentido profundo del toreo. En todo momento, la vida del Volcán y de la Fiesta estuvieron presentes. Todos, sin excepción, éramos parte del ritual prometido que fue desigual en experiencias y conocimiento, pero equitativo en emociones.

8 Jesús Gómez Medina, *La ciudad, la fiesta y sus plazas. Apuntes para la Historia del Toreo en Aguascalientes 1856-1992*. Aguascalientes, ICA, 1992, p. 156.

9 *Ibidem*, p. 155.

10 *Ibidem*, p. 156.

Antes de terminar la visita, hicimos un recorrido por la hacienda, caminamos por algunos patios más pequeños, por escaleras añejas de piedra y algunas habitaciones de descanso. En ese recorrido, vimos toros disecados en los muros, un reloj que mostraba las cinco de la tarde, llaves y candados de puertas antiguas, colgados como adorno en los muros, imágenes de un cartel del Volcán posando con traje de luces y una mesa pequeña en la que había un toro negro de lidia fabricado con metal. En la despedida, visitamos el interior de la iglesia de la hacienda. El Doctor entró por delante del grupo. Lo hizo en silencio. Recorrió el templo ornamentado con una apariencia simple, vio los confesionarios empotrados en los muros laterales del inmueble, que en el trabajo de madera tenía unas puertas gotizantes. En el recorrido espiritual, el Doctor miró con detalle a la Virgen de Guadalupe y, muy cerca de ella, a un cristo crucificado. Observó todo con extrema atención, posando casi siempre con las manos en las bolsas traseras del pantalón, con una mirada rezandera en cada nicho, recordando tal vez el ritual ortodoxo de alguna divinidad.

Nos despedimos de la familia anfitriona. En el camino de retorno a Aguascalientes estuvimos contentos. La charla taurina siguió como tema central porque la inercia de lo vivido en la hacienda y el ambiente rural daban ese ánimo. El Doctor respiraba satisfacción en cada gesto y dejaba en claro que, en su horizonte, la Fiesta del Toro era una pasión arrebatada, una emoción espontánea. Era su querencia. En la suma exacta de todas las cosas, él navegaba siempre entre varios amores: el de la educación y el de la universidad, trazados por una geografía razonada, el amor profundo y sereno por su familia, y el hondo afecto por el mundo del toro, un apego reiterado porque todo nació y brotó del corazón, como en la sentencia mexicana del libro que dedicó al Volcán de Aguascalientes.



El aroma y el sentido profundo del toreo

Eudoro Fonseca Yerena

La tauromaquia en la picota

La tauromaquia, milenaria en sus raíces, centenaria en su formulación moderna, se encuentra, hoy, controvertida, asediada y cuestionada en muchas partes. Aquí y allá ocurren manifestaciones anti-aurinas y se suceden intentos –con resultados variables– de prohibir la continuidad y realización de los festejos aurinos. La tauromaquia es una supervivencia del pasado, un arte antiguo, con una fuerte raigambre comunitaria y que ha llegado a nuestros días. El ascenso del animalismo y la sensibilidad con-

temporánea entran en conflicto con esta actividad tradicional que se convierte en un espacio de resistencia cultural.

La Fiesta de los Toros es impugnada y puesta en la picota por individuos constituidos como sujetos bajo un modelo civilizatorio industrial, tecnocientífico y utilitario que marcha a contrapelo del ritualismo y los valores simbólicos que el toreo representa. La Fiesta de los Toros resulta hoy un coto reservado de la incorrección política. Las redes sociales son un espacio abierto y permisivo a toda suerte de contenidos escabrosos y bizarros, a toda suerte de expresiones violentas y de odio y, sin embargo, esos mismos sitios se muestran intolerantes y pacatos tratándose de imágenes taurinas, mismas que son objeto de pudorosa e implacable censura. Los aficionados a la Fiesta de los Toros son señalados y estigmatizados socialmente, se convierten en una especie de catecúmenos que profesan un culto perseguido.

¿Todas las opiniones son igualmente respetables?

No todas las posiciones antitaurinas son de la misma naturaleza. El cuestionamiento a la tauromaquia se despliega a través de un abanico muy amplio de opiniones, actitudes y grados de rechazo. Hay quienes, llevados por sus aficiones o preferencias personales, no son afectos al espectáculo taurino y tienen vagamente una opinión adversa sobre el tema. Otros fundan su rechazo en razones de tipo intelectual o que tienen que ver con la protección de los animales, o, simplemente, con una sensibilidad contraria a las prácticas y acciones en que el toreo consiste. Son opositores más o menos activos, expresan sus opiniones públicamente, impugnan la Fiesta de los Toros, a la que reprueban, sobre todo en nombre del rechazo a toda forma de maltrato animal. Sus puntos de vista son sin duda respetables y debatibles.

Pero, la principal embestida contemporánea (ya que de toros hablamos) en contra de la tauromaquia proviene de grupos animalistas organizados, fuertemente reactivos e intolerantes, integrados en muchas ocasiones por jóvenes militantes que son verdaderos “cruzados” de la lucha antitaurina. Estos grupos y organizaciones no sólo reprueban el espectáculo taurino: lo abominan, con toda la emotividad y apasionamiento que este término implica (aunque, paradójicamente, en la mayoría de los casos, lo desconozcan por completo). Para estos militantes antitaurinos, la tauromaquia es algo inadmisibles que, por principio, no debería existir. Su posición es fija e inamovible, desinformada y prejuiciosa, no admite el debate ni la confrontación intelectual. No saben nada del tema que los irrita, pero tampoco les interesa saber. Imaginan cosas que no corroboran y con esas representaciones subjetivas, elevadas a la categoría de certezas y verdades inapelables, les basta. El aficionado a los toros se vuelve sospechoso, un enemigo. Conocemos bien la lógica perversa del fanatismo y el odio, y, sobre todo, sabemos a dónde puede conducir. De hecho, ya se han producido agresiones, no sólo verbales, en contra de aficionados que asisten pacíficamente a las corridas de toros.

¿Qué es lo que hay detrás de las manifestaciones antitaurinas más extremas? El móvil es el repudio al maltrato animal, pero hay sobre todo desconocimiento, una reducción simplista de la tauromaquia, una negación de los aspectos implicados en ella (históricos, culturales, artísticos, simbólicos, comunitarios, patrimoniales, entre otros), una falsificación y caricaturización del espectáculo taurino, el que es visto como un mero ejercicio de tortura, crueldad y sadismo, de violencia ciega y gratuita. En suma, fundamentalmente: creencias, desconocimiento de la tauromaquia, emocionalidad.

El fanatismo antitaurino y sus imaginarios tienen como corolario lógico la intolerancia y el dogmatismo. La oposición a la tauromaquia se postula como posición “políticamente correcta” y, de conformidad con la lógica de la llamada cultura de

la cancelación, se enjuicia sumariamente a quienes sostienen su afición a los toros. Una lógica inquisitorial y prohibicionista se impone sobre el espectáculo taurino, atropellando una tradición de siglos, una manifestación cultural viva, así como los derechos culturales y la economía de muchos individuos y comunidades. No está a discusión el derecho a disentir de la Fiesta de los Toros, a tener ideas y opiniones contrarias a ésta, a expresarlas libre y públicamente, a manifestarse en defensa de aquello en lo que se cree y a vivir en consecuencia. Lo que se cuestiona es la voluntad de imponer las propias convicciones a los demás, la tentativa moralizante, la voluntad de colonizar al otro, de querer catequizarlo. Lo que se cuestiona es la actitud inquisitorial, la censura a partir de concepciones y posiciones particulares. Digámoslo bien: a partir del desconocimiento y el prejuicio.

Para muchos antitaurinos, el toro de lidia (una fiera que posee una fuerza arrolladora, una arrogancia y una bravura imponentes, un animal que se arranca como expreso y cuya casta lo lleva a embestir y a pelear, un animal capaz de levantar en vilo más del doble de su propio peso y de hacer volar por los aires las gruesas tablas de los burladeros) resulta a sus ojos apenas un animalito indefenso, apacible y pacífico, casi doméstico y tierno como una mascota. Las generaciones pasadas, anteriores al ciclo tecnológico y consumista de la modernidad, siempre estuvieron en contacto con los animales como insumos alimenticios de la población humana: las abuelas sacrificaban las gallinas, los pollos y los guajolotes en casa, y en el ámbito de las cocinas domésticas, los preparaban para transformarlos en succulentos y sofisticados platillos; la historia del arte registra los bodegones o “naturalezas muertas”, con sus codornices y patos y demás animales sacrificados junto a los opulentos frutos de la tierra; los animales muertos aparecen en escenas religiosas, costumbristas y de caza. Rembrandt pudo hacer de un buey desollado una obra de arte. Pero hace tiempo que la vida urbana, primero, y la vida electrónica y virtual,

después, han abierto un tajo entre los individuos y el mundo natural, y han terminado por ocultar éste. Asistimos hoy en día a la existencia de generaciones que compran la carne para el consumo dispuesta en cajitas industriales, que no conocen ya las carnicerías y que tampoco conocen a los animales mismos en sus hábitats naturales.

Algo que no encaja

El fanático antitaurino realiza un juicio sumario al aficionado a la Fiesta de los Toros. Lo encuentra culpable, de acuerdo con la representación que se forma de ésta y de acuerdo con una caracterización mental en la que cree a pie juntillas y a la que otorga el estatus de verdad inapelable: el aficionado a la Fiesta de los Toros es por definición una persona sádica y perversa, que experimenta delectación ante un espectáculo sangriento, se complace con la tortura y sufrimiento de un animal indefenso, infligido por un torero alevoso y no menos sádico que el aficionado mismo. Por eso, resulta una justa vindicta que el toro hiera al torero; por eso, el *anti* se alegra con los percances leves o graves, mejor si son graves, sufridos por los diestros. Tales percances son un acto de reparación y justicia divina. Por eso, también resulta legítimo, a los ojos del fanático antitaurino, desear la muerte misma del torero. Venganza perfecta: ojo por ojo y diente por diente. Ése es el mensaje que permean cotidianamente los *antis* y los *haters* en las redes.

La simplificación ideológica y el reduccionismo son útiles para confirmar lo que previamente ya se cree, para convertir las creencias de la feligresía en verdades inexpugnables, invulnerables a cualquier hecho o argumentación que las desmienta, para blindarlas con explicaciones siempre *ad hoc* contra las subversiones de la terca realidad. Pero la terca realidad, como el dinosaurio de Augusto Monterroso, “todavía estaba allí”. Hay algo que no encaja en el perfil real del aficionado

a los toros con los rasgos imaginados por los antitaurinos más extremos.

El comportamiento del aficionado taurino dista mucho de esa caricatura: ningún aficionado, ni uno solo, acude hoy a una plaza de toros por delectación ante la sangre. La Fiesta de los Toros es otra cosa y las motivaciones de los aficionados *están en otra parte*. Los aficionados taurinos suelen ser sensibles a las manifestaciones artísticas, memoriosos y sentimentales, evocan toros y toreros, faenas y hazañas de otros tiempos; el espectáculo taurino, lleno de plasticidad y color, impacta la sensibilidad de inmediato, pero su comprensión profunda exige conocimientos. Los aficionados taurinos, conforme intensifican su afición, acumulan más recuerdos. Nimbados por la nostalgia y también mayores conocimientos, se van volviendo doctos y eruditos. Los aficionados a los toros no son violentos. En las plazas de toros no ocurren los episodios de violencia masiva y desatada que ocurren con frecuencia en los estadios de fútbol.

Algo no encaja bien: entre los grandes aficionados y amantes de la Fiesta de los Toros se encuentran infinidad de personajes distinguidos: médicos eminentes, científicos, intelectuales, poetas, escritores de primer orden, premios Nobel, inclusive; músicos, genios del arte universal, entre otros. ¿Cómo conciliar este hecho con las representaciones mentales de *los antis*? Personalmente, pienso en una figura como Alfonso Pérez Romo, un gran aficionado a los toros. Evoco su trato amable, deferente y afectuoso, sus suaves maneras, su calidez, su categoría personal, su notable cultura. Un hombre que dejó a su paso una estela bienhechora y perdurable en su comunidad. Médico con vocación de servicio, maestro, forjador de instituciones, humanista y promotor de las humanidades, de las artes, de la cultura, rector universitario, miembro de la Academia Mexicana de la Lengua, orador magnífico, contertulio excepcional y gran amigo de sus amigos. Si uno quisiera resumir en tres palabras la vida de Pérez Romo, esas palabras serían: servicio, humanismo y cultura.

Decían los griegos que una vida cumplida era un círculo perfecto que se cierra, el cumplimiento de una vocación y un destino. Así fue la vida de Pérez Romo, una vida plena y cumplida. Morris Berman señala que nuestra civilización contemporánea carece de un modelo de *buena vida* y de *excelencia personal*, como sí lo tuvieron y postularon los griegos. En la Grecia de la antigüedad clásica, la persona excelente era aquella que realizaba la *areté*: una persona que sabía bastante sobre el mundo: ciencia, historia y arte; que cultivaba el cuerpo y el espíritu; que apreciaba y ejecutaba la música; consciente de que la verdadera fuerza reside en el poder de dar, ayudar y curar. ¿No es éste, acaso, el retrato hablado de Alfonso Pérez Romo? Para él, la Fiesta de los Toros fue mucho más que una afición: fue una pasión de vida, una parte importante de su mundo personal, algo asociado de manera indisoluble a sus recuerdos, a sus placeres, a sus amigos. La afición taurina lo acompañó desde la infancia hasta su último aliento. La expresión no debe leerse como un tópico, sino en un sentido literal.

Pérez Romo fue un aficionado total: no sólo gustaba de la tauromaquia, la practicaba: con 88 años a cuestas, “se tiró al ruedo” y toreó con brío y solera una vaquilla. Fue un gran empresario de la Plaza Monumental de Aguascalientes, durante su gestión, emprendió iniciativas tendientes a respaldar la categoría de la plaza: habilitó un lugar para exhibir los encierros que se iban a lidiar en las corridas, como el Batán de Madrid, de modo que el público pudiera apreciar el trapío de los toros antes de la realización de los festejos; limpió el callejón de anuncios comerciales; publicó el reglamento taurino de Aguascalientes y lo repartió entre los aficionados; y algo de la mayor importancia: montó en la enfermería de la plaza un quirófano equipado “como podía estar el mejor de la ciudad”.

Pérez Romo fue amigo de toreros, tanto de figuras como de toreros modestos, de ganaderos y conspicuos taurinos; por último, pero no lo menos importante, sabía disfrutar la música y la noche, el vino y los amigos. Cuando “le crecía el alma”,

tocaba su guitarra y cantaba. Al oírlo, recordaba yo una anécdota de Saturnino Frutos “Ojitos”, contada por Rodolfo Gaona, su discípulo predilecto, en *Mis veinte años de torero*. Ahí cuenta el Califa de León que Ojitos les aconsejaba a todos los torerillos que supieran cantar y tuvieran salero, porque no había nada peor para un torero que ser soso y “desaborío”. Pérez Romo no fue torero, pero nunca fue “desaborío”.

Recuerdo ahora al querido Doctor y pienso que la sola existencia de un hombre y aficionado a los toros como él basta para exhibir la ignorancia de los fanáticos antitaurinos, para echar por tierra y derrocar sus figuraciones, para poner en crisis y someter a profunda revisión sus juicios sumarios, sus sentencias inapelables y condenatorias sobre los aficionados a los toros.

El aroma del toreo

Entre sus muchas facetas, Alfonso Pérez Romo fue un escritor taurino. Escribió dos monografías dedicadas a los toreros más importantes de Aguascalientes y figuras de la tauromaquia mexicana: Alfonso Ramírez “el Calesero” y Rafael Rodríguez “el Volcán de Aguascalientes”. La primera monografía, *El aroma del toreo*, es una entrevista al Calesero acerca de cómo vivió el diestro los días que transcurrieron entre su despedida en Aguascalientes, el 13 de febrero de 1966, y su despedida en la Plaza México, el 20 del mismo mes y año. La entrevista está permeada por la admiración y afecto que sentía Pérez Romo hacia el Calesero, pero no es una entrevista insulsa y previsiblemente laudatoria.

Se trata de una conversación inteligente e incisiva, plena de conocimiento y agudas observaciones de buen aficionado a los toros por parte del entrevistador. La conversación da pie a éste para reflexionar “sobre la esencia del toreo, la naturaleza y el origen de la belleza en el arte, sobre el misterio de la creación

artística”. Sin ocultar la admiración que Pérez Romo siente hacia el Calesero, le hace cuestionamientos incómodos. Xavier Villaurrutia escribió alguna vez que hay toreros que torear por regla y otros por excepción; el Calesero perteneció a los segundos. Fue un torero dotado del “pellizco” del arte, pero intermitente. Como en el caso de otros toreros de su mismo corte, había que esperar muchas tardes para que prodigara su toreo artístico. A este respecto, Pérez Romo lo confronta: “Se ha escrito y comentado que fuiste un torero irregular, que a veces bajaba la entrega y el entusiasmo con la muleta y que tuviste largos períodos de espera sólo rotos con brillantes chispazos con el capote o alguna faena inspirada”. El Calesero reconoce haber caído en altibajos en su carrera, pero nunca en lo chabacano y vulgar: “Pertenezco a una clase de toreros llamados artistas”, se define a sí mismo. Refiere Pérez Romo que, donde se paraba su entrevistado, nadie dudaba de que ahí estaba un torero. El Calesero tenía aroma, era torero en todas partes y a todas horas. Lo que me hace recordar a Baudelaire y su definición de *dandy*: “ser sublime siempre”. El Calesero fue un “torero *dandy*”.

Pérez Romo, aparte de cuestionar y ser directo, hace un rendido y generoso reconocimiento al Calesero. No se guarda nada al momento de manifestar su admiración al diestro:

Pues por torear así con el capote, dejando que todas las potencias del alma se vuelquen en ese prodigio efímero que es un lance, es por lo que serás un recuerdo imborrable en la historia del toreo. Y, además, porque creo con el debido fundamento, que tú eres el torero que ha alcanzado las cotas más altas del toreo de capa en toda la historia del toreo mexicano; tanto en profundidad como en extensión.

El sentido profundo del toreo

Su libro, dedicado a la tauromaquia y personalidad de Rafael Rodríguez “el Volcán de Aguascalientes”, *Rafael Rodríguez. El sentido profundo del toreo*, Pérez Romo lo escribió y publicó varios años después de la muerte del torero. La índole singular de la tauromaquia de Rafael Rodríguez lleva al autor a realizar una exploración de las raíces mítico-simbólicas y religiosas del toreo. Desentrañar la tauromaquia del diestro exige al autor desentrañar la noción de lo que llama “sentido profundo del toreo”. Alfonso Ramírez y Rafael Rodríguez fueron toreros muy distintos; de hecho, cada uno representa una vertiente del toreo: el primero, el toreo de arte, esencialmente estético; el segundo, el toreo apasionado y dramático. Ambos diestros revelan el misterio del toreo por caminos diferentes: el Calesero, por la vía de las formas, la creatividad y la elegancia; el Volcán de Aguascalientes, por la vía de la intuición, el dominio de la técnica y la entrega. Ramírez, más allá del valor, alcanzó el arte; Rodríguez, más allá de la estética, alcanzó lo sublime. Aquél encarnó el aroma del toreo; éste, su sentido profundo.

Pérez Romo describe a Rafael Rodríguez como un torero de talante serio y concentrado, que impactaba a los públicos desde el paseíllo mismo: “daba la impresión de que una energía de siglos acumulada en su interior misteriosamente luchaba por revelarse”; un torero que sobrepasaba la frontera de la técnica, de lo perceptible a través de los sentidos, para develar los espacios donde se vislumbra lo trascendente y lo sublime; que hacía sentir la presencia de lo que apenas intuimos, de lo que nos antecede y sobrepasa. El Volcán tenía el don y la capacidad de producir una conexión profunda, telúrica, entre el sentimiento íntimo del que crea y las emociones de las masas.

El autor emprende, en la primera parte del libro, un “paseo” erudito y elegante por las manifestaciones del simbolismo y culto táurico, desde la más remota humanidad hasta su permanencia subyacente en el toreo actual. El toro simboliza

la fuerza de la naturaleza y su poder fecundante y generatriz, el incontenible ímpetu de fuerzas misteriosas de origen sobrenatural. Que el toro bravo sobreviva desde la prehistoria es un prodigio de permanencia, un hecho natural de la mayor importancia. El toro que mira y que nos mira desde la remota Ur presenta la misma conformación fisiognómica, el mismo fenotipo del toro contemporáneo. La supervivencia y conservación del toro bravo, ese animal arrogante e imponente, depende, en la actualidad, exclusivamente, de la supervivencia misma de la Fiesta de los Toros. La bravura del toro constituye el eje esencial de la tauromaquia. Si se atenta contra la bravura del toro, se atenta contra la esencia misma del toreo. Escribe Pérez Romo:

Si se diluye y atenúa la bravura, se pierde la razón de ser de su poder simbólico y muere con ello la razón de ser de la corrida como rito mágico religioso, que es lo que da solemnidad y trascendencia y lo que la defiende de caer simplemente en espectáculo negocio como tantos otros.

En un hecho igualmente fascinante y sorprendente, el toro ha sido un tema constante en el arte de todas las épocas y todas las civilizaciones, desde Altamira y Cnosos, hasta el toro que señorea “con toda su ominosa prepotencia la tragedia estrujante del *Guernica*”.

El simbolismo táurico está inscrito en los estratos profundos de la conciencia humana y subsiste en el toreo como escenificación y actualización de los viejos dilemas que han torturado a los hombres desde siempre: la vida y la muerte, las fuerzas ciegas de la naturaleza, el destino incierto. En esta permanencia y continuidad, en este latido ancestral, se esconde el sentido profundo del toreo. Para Pérez Romo, la tauromaquia es la representación del viejo drama del hombre que opone su valor, su arte y su inteligencia a las fuerzas ciegas de lo desconocido; confluyen en ella los conocimientos y destrezas que han desarrollado y perfeccionado la técnica de torear a través

de los siglos, así como el despliegue estético de formas efímeras que se crean al filo del peligro. El torero es un nuevo oficiante de un antiguo rito cuasi religioso; el público, un actor y participante del drama y el ceremonial del toreo.

Las corridas de toros constituyen uno de los espacios contemporáneos donde se juega la supervivencia de lo sagrado. En el toreo tiene lugar la intuición de lo trascendente, la presencia de otra realidad más allá de la materia y anterior a cualquier fenómeno físico, de una fuerza que nos consume y nos eleva. El toreo responde, igual que las religiones, a una angustia metafísica y a la fatalidad de la muerte. “El riesgo más grave que confronta la civilización en esta hora, es la pérdida de este sentido de lo sagrado”, dice el Doctor. La Fiesta de los Toros constituye un espacio de resistencia cultural frente a la pretensión totalitaria de la tecnociencia y el utilitarismo.

Apunta Pérez Romo que Rafael Rodríguez tuvo que desenvolver su discurso estético de siglos ante multitudes cada vez más secularizadas y superficiales. La pérdida del sentido de lo sagrado, el gusto por lo inmediato y perecedero, la lógica impuesta por el mercado y el consumo conspiran contra los valores y la ritualidad de un espectáculo “que debe elevarse de lo lúdico a lo cuasi religioso” y en el que el público desarrolla un papel como actor relevante de un drama o una ceremonia. Los obstáculos que afectaron, negativamente, en sus últimos años de torero, la tauromaquia del Volcán de Aguascalientes, amenazan, también, de manera creciente, la supervivencia de la tauromaquia misma.

¿Tiene futuro la Fiesta de los Toros o estamos en presencia de un ideal caducado, como el ideal caballeresco defendido por aquel manchego estrafalario, “fantasma del desierto”? Tal vez pueda ser lo segundo, tal vez; pero, como escribió Vargas Llosa, a propósito de *Don Quijote*, todos, en algún momento, nos sentimos defensores de un ideal caducado.

Colofón

Libros como los del Doctor Alfonso Pérez Romo contribuyen a un mejor conocimiento y comprensión de una actividad compleja y controvertida como la tauromaquia. Fueron escritos para homenajear a dos grandes diestros de Aguascalientes y no pretenden, por supuesto, convencer a nadie ni que nadie cambie de opinión; tienden puentes de entendimiento y ayudarían, si fuera el caso, a formarse una opinión menos desinformada y prejuiciosa sobre el toreo. Creo, finalmente, que en tiempos como éstos, donde abundan expresiones vociferantes, iracundas y agresivas, tenemos mucho que aprender de Pérez Romo, de su actitud intelectual abierta y dialogante, de su humanidad empática, cordial y hospitalaria.

Fuentes de consulta

- Alameda, Pepe. *Las pantorrillas de Florinda y el origen bélico del toreo*. Editorial Grijalbo, 1980.
- Baudelaire, Charles. “El dandy”. “Obras críticas. Curiosidades estéticas, IX”. En *Obras*. Aguilar, 1963.
- Berman, Morris. “Economía, tecnología”. En *Edad oscura americana. La fase final del imperio*. Sexto Piso, 2006.
- Bruckner, Pascal. *La tentación de la inocencia*. Anagrama, 1996.
- Couliano, Ioan P. y Eliade Mircea. *Diccionario de las religiones*. Paidós Orientalia, 2022.
- Felipe, León. “Ya no hay locos”. En *Versos y oraciones del caminante*. Visor Libros, 2022.
- García Lorca, Federico. “Juego y teoría del duende”. En *Obras completas, t. III*. Aguilar, 1991.
- Monosabio (Quiroz, Carlos). *Mis veinte años de torero. El libro íntimo de Rodolfo Gaona*. Biblioteca Popular de “El Universal”, 1925.

- Monterroso, Augusto. *Obras completas y otros cuentos*. Ediciones Era, 2011.
- Pérez Romo, Alfonso. *El aroma del toreo, Alfonso Ramírez “El Callesero”*. Universidad Autónoma de Aguascalientes, 2005.
- . *Rafael Rodríguez. El sentido profundo del toreo*. Universidad Autónoma de Aguascalientes, 2020.
- Rosenberg, Jacob. *Rembrandt. Vida y obra*. Alianza Editorial, 1987.
- Vargas Llosa, Mario. “Una novela para el siglo XXI”. En *Don Quijote de la Mancha*. Real Academia Española, Ed. del IV Centenario, 2004.
- Villaurrutia, Xavier. *Obras*. Fondo de Cultura Económica, Letras mexicanas, 1974.

Don Alfonso Pérez Romo; de cómo nace una pasión

Agustín Ramón Morales Peña

El Doctor Alfonso Pérez Romo es, y escribo *es* y no *fue* intencionalmente, una presencia: una figura destacada y apreciable, imprescindible en diversos ámbitos de nuestra vida colectiva: la medicina, la docencia, el amor y la defensa de las humanidades, la vida universitaria, la promoción cultural y, sin soslayo, un apasionado de la tauromaquia. Mis recuerdos de su persona, su voz pausada, su proverbial gentileza, su sosegada erudición, se remontan a mis primeros años, en que centraba sus empeños, sin renunciar a ninguna de sus pasiones –que no aficiones–, en la consolidación de la Universidad Autónoma de Aguascalientes, de la que fue rector hasta 1980, apenas cuatro años antes de emprender aquella venturosa aventura como empresario,

junto con el matador Eduardo Solórzano y Julio Díaz Torre, de la Plaza Monumental de nuestra ciudad.

De hablar sereno y pausado se refirió a sus pasiones siempre como un diletante, haciendo gala de ese desdén suyo por el alarde, aunque su trayectoria como académico, empresario, funcionario público y muy recientemente como miembro correspondiente de la Academia Mexicana de la Lengua, dignidad y reconocimiento que recibió hace casi cuatro años, le demostraron ser, ante todo, un estudioso en toda regla; al margen de la riqueza de sus conocimientos y su condición de amplio y apasionado conocedor en cada una de las actividades en que se involucró, siempre movido por esa vitalidad ejemplar de la que dio muestras siempre; de tal manera que fue una corrida de toros la última de sus actividades en su largo y próspero tránsito por este mundo.

Contando con el peso de esa presencia, labrada con tesón en una vida casi centenaria, fue que me enfrenté al reto de redactar estas notas, siempre apresuradas y necesariamente no exhaustivas, sobre su manifiesto gusto y profundo conocimiento de la tauromaquia, un ritual cuyos orígenes se remontan a la antigüedad y a la condición humana misma, inscritos en una tradición en que sus primeras manifestaciones nos llevan a la cuenca mediterránea y a la Edad de Bronce, siempre con el temor de no hacer justicia a su figura, su papel destacadísimo como apasionado, como practicante del toreo práctico, como empresario; al fin, enamorado de la Fiesta. De manera más bien licenciosa, y necesariamente arbitraria, la pregunta central sobre la respuesta, siempre hipotética, desarrollo en estas notas, es la de cómo él, cuya trayectoria vital le descubrió y le llevó al apasionado estudio y la práctica amorosa, necesariamente, de las que fueron esas pasiones suyas, se aproximó a la Fiesta de los Toros, en el entendido de que esa aproximación se realizó en la primordial condición de esteta.

Me vino a la memoria la circunstancia afortunada, siempre para mí, de esas tardes donde compartíamos vecindad

en las aulas universitarias, donde ambos impartíamos clases a los alumnos de Gestión Cultural y en las que, mientras yo proyectaba imágenes sobre la pizarra de obras de artistas vanguardistas del siglo XX, él usaba el *leitmotiv* de la música barroca para explicar lo correspondiente a su grupo; mientras yo algo peroraba sobre el suprematismo o los Dadá; los delgados muros llevaban hasta nuestra aula recargados acordes surgidos de la delicada y vibrante imaginación de Corelli o las resonancias portentosas de un oratorio de Händel; por asociación de ideas, y he aquí mis licencias, arbitrarias, pero respetuosas, evocé un pequeño, al mismo tiempo que concienzudo y lleno de erudición, estudio sobre los elementos del barroco tardío en el Templo del Señor del Encino, de su autoría. ¿Cómo puede uno hacer una evocación remotamente cercana a la figura de un hombre? ¿Cómo evitar los aborrecibles clichés cuando la persona que se evoca fue una figura cuya impronta fue tan superlativa? Y además: ¿cómo hablar de sus profundas aficiones?

Para ello, tengo en la memoria, marcadas indeleblemente, aquellas muchas charlas de sus evocaciones taurinas, de sus comentarios sobre épocas pretéritas del toreo de las que fue testigo y de hechos recientes que ya pertenecían a la época que me permitió vivirlas; por contra la costumbre de aficionados menos experimentados, menos conocimientos, cuyo purismo es la autoproclama de un pretendido saber superior, el Doctor Pérez Romo fue siempre medido y profundamente respetuoso; hasta sus censuras y críticas fueron siempre matizadas, casi veladas. Le gustaba hablar y mucho, y quienes tuvimos el privilegio de su charla podemos constatarlo, de lo que le gustaba, de lo que podía evocar en su tenor de hombre en positivo, y casi nunca de lo que pudiera ser objeto de censura. De esas charlas, de sus escritos –guardo con aprecio su volumen escrito con su tocayo, otro don Alfonso, el Calesero, y aquél sobre el Volcán de Aguascalientes, don Rafael Rodríguez, otras dos figuras familiares–, de algunas de sus comparencias, de las reuniones de los años en que su

concurso enriqueció aquel jurado del Premio Domecq, guardo pasajes memorables de sus recuerdos de más de ocho décadas de ver toros, de observarlos, de vivirlos, pero también las incertidumbres sobre el origen y la profundidad de la pasión.

Buscando pistas, siempre con la imagen del toreo como un ritual que en sus manifestaciones actuales hunde sus raíces en el Barroco español, encontré una imagen en su evocación por su Galicia, el lugar profundo desde donde su padre partió para “hacer la América”, cuando escribe en tono elogioso de la manera en que las manos indígenas de lo que fue la Nueva España adoptaron y enriquecieron las manifestaciones del espíritu de los hombres de la Conquista, expresadas en las versiones novohispanas del plateresco y luego del Barroco, llegado este último a la península desde Francia, con el advenimiento del primero de los borbones, Felipe V, quien curiosamente aborrecía de la tauromaquia en ciernes (prohibió las corridas de toros recién en 1704 y luego las restauró 21 años después), pero en cuyo reinado se consolidan tanto las manifestaciones barrocas, que tan bien cazaron con la Contrarreforma, como la Fiesta, cuya prohibición sirvió para que los festejos taurinos arraigaran en el gusto del pueblo llano.

Como sea, Galicia es un territorio ajeno, por temperamento, a la tauromaquia, de tal modo que fue México, y especialmente esta tierra, donde el Doctor, cuya condición de esteta, ya emigrado desde las cercanías de Parral, acude a los primeros festejos taurinos en la Plaza San Marcos, según sus propias evocaciones, mediando la década de 1930, donde, y le cito *mutatis mutandis*, vio a Alberto Balderas, el llamado “Torero de México”. De esos recuerdos de su etapa temprana de taurino, una marca perenne le dejó ser testigo presencial de la muerte de aquel infortunado novillero Juan Gallo, quien actuaba de sobresaliente, justo en una corrida en 1940, donde alternaban Balderas, muerto por asta de toro apenas unos meses después, y Jesús Solórzano padre, hermano del también

matador Eduardo, del mismo apellido, con quien organizaría los seriales sanmarqueños de 1984 a 1986.

Si la imagen necesariamente sangrienta y de carácter martírica del malogrado alternante evoca necesariamente la herencia del Barroco traída por los peninsulares, la pobreza de medios, que fue de donde las manifestaciones novohispanas tienden al colorido, a la vitalidad de los pueblos originarios, a lo monumental, otorgan el sello vernáculo a la tradición trasplantada en los tres siglos de la Colonia y adoptada para manifestar, en un sincretismo rebosante de matices, el espíritu de lo mexicano. Recordaba el Doctor que, ya en la Ciudad de México, donde cursaba sus estudios en la Universidad Nacional, se convirtió en un asiduo de las corridas, en el viejo y desaparecido Toreo de la Condesa, cuando la ruptura del convenio taurino con los ibéricos (el famoso “boicot del miedo”) dejó sin el concurso de los coletas españoles las temporadas taurinas, sostenidas íntegramente por los diestros protagonistas de la llamada “Época de Oro” de la Fiesta en nuestro país, ya en la Plaza México, abierta en 1946, dos años después de la reanudación de las relaciones de nuestro país con la antigua Metrópoli.

Por cuestiones de elemental cortesía, he de ir abreviando, recordando también los comentarios del Doctor Pérez Romo, que concebía la Fiesta, no como el espectáculo donde el público, la afición (esa masa informe por naturaleza), acudía a presenciar la lidia de los toros, sino como ese ritual inmemorial en el que el torero ejecuta esa “actuación dramática al filo de la muerte”, esa celebración pagana; en estos tiempos de falsa asepsia simpática que niega de plano lo que en la vida hay de sagrado y pretende abolir el sufrimiento y la muerte, como consustanciales a la condición humana. Al margen de debates estériles, de esas batallas dialécticas donde se pretende imponer el griterío, el legado del Doctor Pérez Romo a esta pasión suya de la Fiesta incluye esa raigambre de vitalidad ritual que en el Barroco usó la riqueza ornamental, la estética de lo es-

piritual y colectivo, la vitalidad de lo humano, para combatir las viejas y las nuevas iconoclastias que pretenden, en última instancia, la negación de la muerte como la última y única de las certezas del hombre.

Rondan en mi mente, siempre en este vano intento de responder a la pregunta prima, consideraciones sobre la corrida y el horror al vacío; el uso de la plaza pública como escenario de las primitivas corridas para lancear toros; la edificación (barroca, mudéjar, neoclásica) de las primeras y Reales Maestranzas; los alcances de las reformas borbónicas que llegaron a nuestras tierras con un eco de la Ilustración en los barcos venidos de las costas andaluzas; el toreo que bajó del caballo del noble para convertirse en una práctica pedestre; las evocaciones napoleónicas del traje de torear como otra apropiación del pueblo llano de las vestimentas de una nobleza menguante; todas como apuntes para una charla que lamentablemente quedará pendiente con don Alfonso Pérez Romo, el esteta, el proverbial dialogante y el apasionado taurino.

Alfonso Pérez Romo: aficionado, pintor y filósofo del toreo

Jesús Antonio de la Torre Rangel

El 3 de diciembre de 1999 tuve el gusto de presentar el libro *Testimonio de unos días*, que recoge varios artículos del Doctor Alfonso Pérez Romo. Lo dije entonces y reitero ahora: es un libro filosófico, no porque se refiera a temas específicos de filosofía, sino porque cada tema que toca lo hace haciendo filosofía; buscando, como decían los clásicos, las causas últimas o primeros principios de aquello a que se está refiriendo. Quiero decir que *Testimonio de unos días* es un libro filosófico porque contiene reflexiones profundas sobre el ser humano. No exagero si digo que en cada artículo, Pérez Romo deja ver su sensibilidad, del que busca lo bueno y lo bello; una sensibilidad profundamente humana que le permite en cada recuerdo, opinión, evocación o narración,

decir siempre algo sobre el bien del ser humano y sobre lo bello de la obra, producto de la creación divina y de la creación humana. *Testimonio de unos días* es la visión del transcurrir del tiempo y los acontecimientos vividos de un testigo singular que utiliza la óptica de la ética y de la estética.

El capítulo nueve lo dedica a la Fiesta de los Toros, tema que aborda también filosóficamente, en el sentido que he expresado: desde la ética y la estética. A manera de introducción, como lo trata Pérez Romo, quiero citar a otro autor, que dice:

Quienes quisiéramos que la fiesta conservara aquel esplendor en donde brillaba [...] la bravura, indudablemente que tenemos razón. Quienes han aceptado estas modificaciones, restando la trágica belleza en que se hacía consistir su mayor mérito, para convertirla en otra fiesta, de mayor plasticidad, de mejores maneras si se quiere, pero al fin y al cabo en fiesta diferente, degenerada en su principio y seguramente también en su finalidad, considerándola por ello con mayor belleza y arte, también tienen razón puesto que es lo único que en este ambiente han conocido. [...] ¿Que hoy se torea mejor que antes? Se toreará más bonito, habrá en las actitudes de los lidiadores mayor refinamiento; pero de esto a que se toree mejor hay mucha diferencia.¹

El anterior texto corresponde a un artículo de Luis de la Torre Aguilar, que, con el seudónimo “El-hombre-que-no-cree-en-nada”, publicó en la revista *La Lidia*, en su entrega del 3 de noviembre de 1944, y está dedicado a su “querido amigo” Alfonso Pérez Romo, “artista y futuro galeno”, y que tituló “Todos tenemos razón”. El autor, originario de Aguascalientes, fue un severo crítico taurino añorante de la Fiesta antigua, más pura y auténtica, dicen quienes la vieron. En su texto,

1 El-hombre-que-no-cree-en-nada, “Todos tenemos razón”. En *La Lidia* (Periódico Gráfico Taurino, México), 3 de noviembre de 1944.

analiza, para sus lectores y para el entonces joven aficionado Pérez Romo, las diferencias entre las corridas de toros antiguas y las nuevas. El escrito de Luis de la Torre me parece magistral en cuanto a su propósito de enseñar a ver toros; es, por otro lado, un artículo apasionado. Por cierto, en ese mismo artículo, De la Torre se refiere al joven Pérez Romo como pintor taurino, por eso en la dedicatoria le llama “artista”.

Don Alfonso, podemos decir, le correspondió el brindis a don Luis –es decir, la dedicatoria de aquel viejo artículo–. En 2013, Xavier González Fisher y yo publicamos un libro recopilando artículos de Luis de la Torre² y le pedimos al Doctor Pérez Romo que escribiera un texto para incorporar al libro, lo cual generosamente hizo, reconociendo el magisterio taurino del escritor aguascalentense. Escribió:

Yo, que desde muy joven tuve una pasión por la fiesta taurina, encontré en D. Luis el tesoro de asesoría, conocimiento y comprensión del arte de torear, que nos hacían falta a los jóvenes para poder entender y disfrutar las complejidades de esta antigua y fascinante expresión cultural. A D. Luis le gustaba lidiar con las insensateces de nuestra inmadura afición, y su paciencia para ir desbrozando nuestra ignorancia, no tenía límites. Hablando de toros, él fue nuestro indiscutible mentor.³

De igual modo, los artículos taurinos de Pérez Romo que forman parte de *Testimonio de unos días* son piezas maestras para enseñarnos a juzgar la Fiesta, para saber verla y entenderla. Son textos llenos de pasión, pero no por ello faltos de

2 Xavier González Fisher y Jesús Antonio de la Torre Rangel (comps.), *El hombre que no cree en nada. Un siglo de Toros. Antología*. Aguascalientes, Ed. Centro de Estudios Jurídicos y Sociales Mispát (CENEJUS), 2013.

3 Su texto se titula “Recordando a D. Luis de la Torre, *El hombre que no cree en nada*”, en *ibidem*, p. 199.

equilibrio. El artículo titulado “Reflexiones después de San Isidro 88” es un estupendo análisis de la esencia y el quehacer de la Fiesta taurina. Afirma que la afición mexicana tiende a ser “torerista” y la española “torista”, acotando así:

Y no es que en España no guste o no se aprecie el arte despacioso y sensual del toreo ni de que en México no se aprecien debidamente las cualidades y características del toro de lidia.

Se trata de los mismos valores sólo que colocados en orden diferente en la escala del aficionado; en un lado se da primacía al toro-toro y de allí se parte a la degustación de lo estético cuando es posible; y el otro se parte de lo estético como valor principal dejando como deseable, pero no indispensable la presencia del toro de verdad.⁴

Certero y equilibrado juicio de Pérez Romo sobre la esencia de toros aquí y en España. Se relaciona con lo que algunas veces me he atrevido a decir, en el sentido de que *el arte de los toros es utópico y a veces se paladea la utopía*. Siempre está pensando uno en la faena ideal, aquella hecha con delicadeza exquisita a un bravo toro-toro; y algunas veces es real, con esa realidad fugaz de lo taurino. En el libro referido, toca Pérez Romo los más variados temas de toros. Se refiere al ocaso de las cuadrillas; hace elogio de toreros, sobre todo de Rafael Rodríguez “el Volcán de Aguascalientes”, quien tenía un arte que trascendía, dice el autor, aunque su belleza se encontraba escondida en su arrojo dramático.

En 2005, el Doctor Pérez Romo publicó, por primera vez, un hermoso libro taurino, junto con el gran torero del Barrio de Triana de Aguascalientes, Alfonso Ramírez “el

4 Alfonso Pérez Romo, *Testimonio de unos días*. Universidad Autónoma de Aguascalientes, 1999, p. 477.

Calesero”. El libro es una conversación, un diálogo, entre el aficionado y el matador de toros sobre diversos temas taurinos, teniendo como marco la experiencia del Calesero en su despedida del toreo de la afición aguascalentense, que va de la corrida celebrada en la Plaza de Toros San Marcos, el 13 de febrero de 1966, al domingo 20 de febrero de 1966, en que se retiró definitivamente del toreo en la Plaza de Toros México.

Es un libro muy bueno que enseña a ver los toros y a sentir el toreo; lleva por título *El aroma del toreo*. En este texto, expresión de una gran sensibilidad con relación a la Fiesta, manifestada tanto por el médico intelectual como por el torero, otra vez se llega a la profundidad de la filosofía en relación con el quehacer y al arte taurinos. Se enfatiza el toreo como “rito casi religioso”, “experiencia catártica colectiva” y como “expresión genuinamente artística”. *El aroma del toreo* es lo que permanece y trasciende de la Fiesta. Pérez Romo lo expresa así: “Sólo hay algo que permanece y trasciende. Es ese regalo divino que es depositado en algún elegido de vez en cuando; ese don que tiene: el ángel, la musa y el duende; ese algo no es otra cosa que el aroma del toreo”.⁵ En el diálogo con Pérez Romo, el Calesero explica cómo se ha manifestado en su vida ese don innato del *aroma del toreo*.

Sobre Rafael Rodríguez, Pérez Romo publicó un libro bellísimo, haciendo nuevamente filosofía sobre la tauromaquia: desde la ética y la estética, añadiendo en este libro una profunda reflexión sobre el misterio de la sacralidad. Vierte conceptos dignos de meditación, relaciona el toreo con la “intuición de lo trascendente” y el “sentido de lo sagrado”, dotes con los que nacemos los seres humanos; esto relacionado con el valor y la belleza de la vida y el misterio de la muerte, presentes siempre en el toreo. Dice que el público debe estar abierto “a la percepción de lo trascendente, como condición para cuando se dan los otros dos elementos indispensables: el

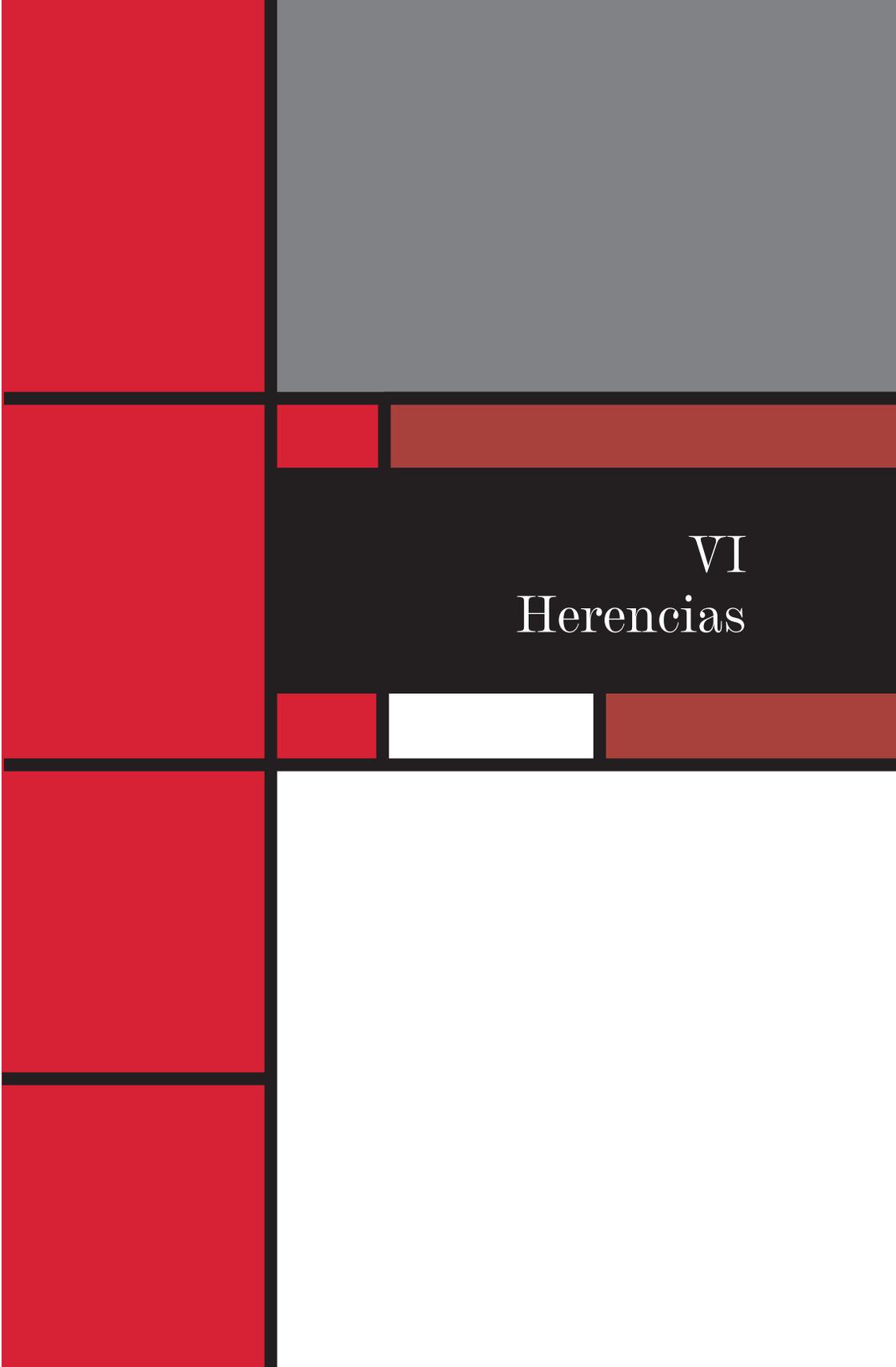
5 Alfonso Pérez Romo, *El aroma del toreo*. Universidad Autónoma de Aguascalientes, 2022, p. 47.

toro auténticamente bravo y el torero que despliega ante sus ojos el drama del desasosiego que nos conturba ante la presencia de lo desconocido y ante la fatalidad de la muerte”.⁶ Don Alfonso aplica esto a Rafael Rodríguez y su toreo: “[...] fue una gran figura del toreo que provocaba las más grandes emociones del alma mientras toreaba; que nos unía misteriosamente con todos los hombres de todos los tiempos, en la absorta angustia desnuda que sentimos ante la fatalidad de la muerte y la esperanza de la resurrección”.⁷

Gracias al Doctor Pérez Romo, gracias a don Alfonso, por su amistad y por su sabiduría generosamente compartida. Gracias por sus enseñanzas de vida y sus enseñanzas taurinas.

6 Alfonso Pérez Romo, *Rafael Rodríguez. El sentido profundo del toreo*. Universidad Autónoma de Aguascalientes, 2014, p. 68.

7 *Ibidem*, p. 71.



VI
Herencias



Con la Fiesta Brava en el corazón

María del Carmen Pérez Talamantes

Me dispongo a escribir estas líneas en las vísperas de la feria de abril, en el espacio privilegiado que fue la biblioteca de mi padre, ámbito espaciotemporal propicio a la imaginación y el sentimiento, lugar entrañable e idóneo para evocar experiencias y momentos que la neblina del tiempo no ha podido oscurecer del todo. Si algo he tenido muy claro en mi memoria, desde que tengo uso de razón, es que en nuestra casa se hablaba mucho de toros.

Se decía que mi papá era un aficionado práctico, cosa que a mi corta edad yo no lograba entender muy bien y que fui comprendiendo poco a poco, contemplando las fotografías taurinas, entonces en blanco y negro, de su participación

en festivales, que iban apareciendo enmarcadas en las paredes de su despacho. En algunas, empuñaba con garbo la muleta, concentrado en la faena; en otras, aparecía sonriente, mostrando con orgullo los apéndices obtenidos como trofeo o era llevado en hombros por un grupo de aficionados entusiastas. Recuerdo con claridad la impresión que me causó la imagen de aquellos trofeos –oreja, rabo y pata– que aparecieron un día en la casa, dispuestos en un marco de madera adornado con listones rojos y amarillos, y que mi mamá tuvo a bien colgar en un lugar poco visible, seguramente para no espantar a las visitas. Entonces entendí que, aunque en las fotos no llevara puesto un traje de luces, mi padre era torero, ¡pero de los buenos! Ahora, con el paso de los años, comprendo que mi papá llevó la torería en el corazón toda su vida.

Vienen a cuento estos recuerdos quizá para hacer saber a quienes me otorguen la atención de su lectura que mi afición a los toros se fue dando inadvertidamente, de forma natural, casi por ósmosis. De la misma manera, a partir de experiencias tempranas, llegué a aceptar, sin más, que el mundo de los toros era uno exclusivamente masculino. Aquel día me llevaron, con mis pocos años, un vestido nuevo estampado con rosas rojas y un sombrero blanco adornado con una flor, a presenciar una corrida de toros en la Plaza San Marcos, por primera vez en mi vida. Mi papá y Ponchín, mi hermano, bajaron al callejón mientras mi mamá y yo subimos a los tendidos junto a otras señoras elegantes, que portaban mantillas y peinetas, y llevaban en sus manos los claveles que luego aventarían con entusiasmo a los toreros. Mi hermano era quien acompañaba a mi papá a las tientas. No era un ambiente adecuado para una niña, según decían mis mayores. Ponchín se aventuró a recorrer el camino hollado por las huellas paternas y en su juventud llegó a ser también aficionado práctico y, más tarde, apoderado de un diestro local. Mi gusto por la Fiesta Brava se fue dando desde los márgenes, pero sin despertar en mí el afán por conocer los entresijos del mundo taurino, de ese

mundo de hombres en el cual yo no tenía cabida, en donde el arte y el valor caminan juntos para exaltar las virtudes propias de la virilidad.¹

Apelo entonces a la imaginación y al sentimiento, pues desconozco el sentido del léxico de un arte en el que la destreza supone tanto como la valentía y porque el objetivo de este escrito es compartir, a través del tamiz de mi experiencia como aficionada que aprecia y disfruta la Fiesta, la visión de la tauromaquia que mi padre nos legó. Fue uno de sus grandes amores, amor que de mil maneras se fue trasladando desde su corazón al mío. Aprendí a apreciar el arte taurino, a su lado, en la plaza. Presenciar las corridas, compartiendo sus expresiones cargadas de emoción, de gozo, y escuchar sus comentarios críticos sobre las faenas, portadores de un conocimiento profundo del toreo, fue un privilegio enorme que no llegué a valorar en toda su dimensión hasta que el destino me llevó a vivir lejos de mi tierra, a Tijuana, la lejana esquina donde comienza la patria. Ir a los toros sin él nunca llegó a ser lo mismo.

Esa fascinación suya por los toros se despertó en él desde muy temprana edad. Así lo refiere en su último escrito taurino, donde evoca aquellos días de su niñez en que la Fiesta de los Toros era un juego compartido con los amigos de la cuadra. Se sabe que el juego en los niños es una actividad vital y creativa, en la que se realizan ejercicios de la vida práctica de manera libre, sin intervención de los adultos. El juego estimula la comprensión y apropiación del entorno cultural por su enorme carga simbólica. Jugando ejerció sus primeros balbuceos con el capote, en aquella plaza imaginaria edificada con palos y cordeles, en la experiencia lúdica disfrutada plenamente

1 Sé que han existido algunas mujeres que incursionaron en el toreo a lo largo de su historia, famosas por atreverse a figurar en este ámbito. Yo no he tenido la suerte de ver torear a ninguna y el toreo femenino tampoco es un tema que haya sido abordado por mi padre en sus escritos. Me aventuro a suponer que la aparición excepcional de la mujer en el mundo taurino, predominantemente masculino, confirma la regla.

y compartida con sus amigos de la infancia, “hasta que el propio desarrollo juvenil nos fue apartando de las ficciones y nos empezó a volcar a la fiesta de verdad”.²

David Freedberg (1948), historiador del arte y académico de la Universidad de Columbia, en su libro titulado *El poder de las imágenes* (1992), sostiene que las imágenes estructuran cada vez más nuestras experiencias y nuestras vidas. Yo creo que la imagen poderosa e imponente de la silueta de la cabeza del toro de aquellos carteles taurinos que se repartían por las calles de una niñez llegó a tener en su corazón infantil una resonancia simbólica importante. Mi abuelo paterno era español, llegó a México a sus escasos 17 años, en 1910, a trabajar duramente y a formar una familia, la nuestra. Su corazón de migrante, lleno siempre de nostalgia por la tierra de sus padres, a quienes no volvió a ver más, supo transmitir a sus hijos, primero, y a sus nietos, después, su amor entrañable por aquella tierra lejana que lo vio nacer.

Separado por la inmensidad del océano, a través de las historias narradas por su padre, se fue gestando en el corazón infantil de mi papá un lazo de amor por aquel país lejano, cuyo mapa semeja una piel de toro, así como la ilusión por recorrer aquellos lugares y llegar a vivir las experiencias que habitaban en su imaginación. En su libro titulado *Galicia. Un derrotero sentimental* (2016), escribió que “los seres humanos tenemos la capacidad de hacer imágenes mentales y de evocarlas a discreción. Mientras las vamos reviviendo en la memoria, somos capaces de ver y sentir como si fueran realidad”.³ Yo creo que el toreo y España fueron una sola cosa en su imaginario personal, y quizá, desde su visión, toda la cultura española podría ser entendida a la luz del simbolismo del toro.

2 Alfonso Pérez Romo, “Los toros y Aguascalientes” (último escrito taurino). Al momento de haber entregado el presente, aún estaba inédito, pero ya es consultable, puesto que es el texto que aparece en la sección “Atrio” de este libro.

3 Alfonso Pérez Romo, *Galicia. Un derrotero sentimental*. Universidad Autónoma de Aguascalientes, 2016, p. 21.

Hace medio siglo, viajar a Europa no era tan frecuente como ahora. Mi papá estuvo planeando su primer viaje a España durante muchos años. Fue el sueño de su juventud que pudo realizar, por fin, en 1969. Yo tuve la fortuna de ser parte de aquella experiencia inolvidable. Recuerdo con cuánto cuidado preparó el itinerario. Cada ciudad, aldea, museo, restaurante, hostel y hasta las carreteras tenían en el trazo de su periplo un propósito preciso. Pero lo primero que hicimos, nada más llegar a Madrid, fue ir a la Plaza de Toros de Las Ventas a presenciar una extraordinaria corrida de toros. ¡Él estaba ya en la España de sus sueños! Entramos a España “con el pie derecho”, como se dice en lenguaje popular o, usando una expresión propia de la Fiesta, “por la puerta grande”. No me pregunten por el cartel ni por el ganado que se lidió aquella tarde, porque no lo recuerdo, pero estoy segura de que, si mi papá estuviera entre nosotros, podría deleitarnos con la crónica taurina sin omitir un solo detalle. Tanta fue la intensidad de su experiencia en aquella lejanísima tarde, que puedo revivir su emoción y sentimiento con la memoria del corazón.

A lo largo de su vida mostró siempre su gran admiración por los toreros. Si cuando era niño los veía con fascinación, como una especie de superhéroes, por su valentía y arrojo para enfrentarse a la bestia; en su juventud, y por haber sido torero, a su admiración por los maestros del toreo se integró el conocimiento del oficio y la gracia en presencia del riesgo de la muerte. Su sensibilidad estética y conocimiento profundo de los principios artísticos del toreo le permitieron aproximarse al mundo taurino también desde la escritura. En su libro *Rafael Rodríguez. El sentido profundo del toreo* (2014) hace un recuento de algunas grandes figuras del toreo desde el siglo XIX hasta mediados del siglo XX, ilustres nombres y apellidos consagrados, que al conjuntar su arte “con unos toros que todavía embes-

tían con su bravura intacta, nos acercaron a los abismos de lo esencial en el ejercicio del toreo”.⁴

Hace unos días, ordenando sus documentos personales, me encontré tres textos de comentarios taurinos, mecanografiados en su vieja máquina de escribir portátil, sin fecha y sin evidencia de dónde o cuándo hayan sido publicados. De su contenido se podría inferir que fueron escritos por los años 70. En uno de ellos comenta un festival taurino, con ganado de Pastejé y “que sirvió de despedida a Rubén Salazar”; en otro comenta una corrida y, en el tercero, una novillada. Debo decir que disfruté mucho su lectura. Son textos escritos por un gran conocedor, con una prosa ágil, un tanto coloquial y con un sentido del humor que, cobijado bajo un seudónimo, le permitió ciertas licencias de fina ironía. En algún momento, el tono de su comentario se convierte en crítica incisiva ante lo que percibe como “una clara decadencia de la Fiesta”; percepción que será determinante en su actividad como empresario para impulsar el esplendor del ámbito taurino algunos años después y que llegará a ser el tema central en sus reflexiones críticas de la Fiesta Brava.

Estos comentarios taurinos que integran mi hallazgo aparecen firmados con el seudónimo de “Machaquito”, que seguramente adoptó como homenaje al matador español Rafael González Madrid (1880-1995), el famoso tercer califa del toreo cordobés,⁵ cuya biografía, escrita por Fernando Gillis (también conocido como “Claridades”), apareció publicada en Madrid, en 1912, con un prólogo de Benito Pérez Galdós,⁶ y que lleva como título *El torero de la emoción*. En su época, el torero Machaquito fue reconocido por su valor desmedido pero lúcido, por su valentía sobrehumana, y se mantuvo en la prime-

4 Alfonso Pérez Romo, *Rafael Rodríguez. El sentido profundo del toreo*. Universidad Autónoma de Aguascalientes, 2014, p. 68.

5 Los primeros fueron Lagartijo y Guerrita, y los siguientes: Manolete y el Cordobés.

6 Quien, por cierto, era profundamente antitaurino.

ra fila del toreo español por más de una década. Me pregunto sobre la razón que tendría para la elección de este seudónimo. La lectura de su último escrito taurino me hace suponer que, tal vez, la fotografía de Machaquito formaba parte de aquella colección de toreros famosos que atesoraba mi padre de chiquillo y a la que hace referencia en su texto. Y lo visualizo en mi mente, contemplando, fascinado, la imagen del torero español, con montera y traje de luces, representando el valor sin límites y el arte de matar de una estocada a ese toro bravo, negro e imponente, cuya imagen encabezaba los programas taurinos y proyectaban su pensamiento hacia la España desconocida e imaginada. Pudiera ser. Mas lo cierto es que toros y toreros fueron imágenes poderosas que estructuraron sus experiencias y su vida.

Incansable impulsor de la Fiesta Brava, otra de sus facetas fue como empresario taurino, junto con el matador Eduardo Solórzano y don Julio Díaz Torre, entre los años 1984 y 1986. Los aficionados recuerdan esta época como una de gran esplendor, tanto por el importante número de corridas que se montaron en la feria, como por el ímpetu innovador, orientado por el gran deseo que albergaba mi padre de ver resurgir el toreo como arte, como técnica y como rito, de las que han sido “las mejores corridas sanmarqueñas”. Durante esta época, estableció lazos de amistad con ganaderos, toreros mexicanos y extranjeros, novilleros, subalternos, cronistas, críticos y aficionados, muchos de los cuales fueron sus amigos entrañables hasta el final de su vida.

Recuerdo con especial afecto a Manolo Espinosa “Armillita”, su gran amigo y cómplice en la realización de “la toreada” que mi papá se empeñó en organizar en 2012 para la celebración de su cumpleaños 88. Cuando mis hermanos me enteraron de semejante proyecto, me pareció un desatino, un riesgo innecesario. Desde la distancia, traté de disuadirlo, pero no hubo manera de hacerlo cambiar de opinión. Torear quería, como en su juventud: “y no me va a pasar nada

porque es imposible olvidar lo que bien aprendido se lleva en el alma”, me dijo. Efectivamente, fue un festejo inolvidable, donde mostró su torería con aquella becerra, escogida para él cuidadosamente por Armillita, y fue paseado en hombros para recibir la ovación del público invitado. Verdaderamente hizo gala de su destreza y conocimiento, pero, sobre todo, de su impresionante vitalidad, muy por encima de la de algunos espontáneos que lo acompañaron ese día en el ruedo. Ahora que lo pienso, a 12 años de aquella fiesta de cumpleaños, me doy cuenta de que nunca se me ocurrió preguntarle cómo le gustaría celebrarlo en caso de llegar a cumplir un siglo de vida. De seguro tendría que haber sido una fiesta taurina, e invitaría a sus amigos del gremio, a los de afición entusiasta.⁷

Escribo ahora a unas cuantas semanas de que inicien las fiestas de abril y recuerdo que mi papá solía decir que, para los nacidos en esta luminosa tierra hidrocálida, resulta imposible pensar nuestras tradicionales fiestas de primavera sin las corridas de toros, “sin el ingrediente mágico, antiguo, ritual, y misterioso del arte del toreo”,⁸ arte que tiene sus raíces en la antigüedad y cuyo talante simbólico trasciende lo meramente folclórico y festivo del espectáculo. En su pensamiento humanista, el arte del toreo constituye un elemento de nuestra idiosincrasia, con un significado profundo que se ha conservado vivo a través de los años, desde los albores de nuestra cultura.

En sus escritos, explica que en el drama del toreo se expresa nuestra manera de entender la vida y la muerte,

porque esta sublime locura del toreo que no aciertan a entender quienes no llevan en sus genes el espíritu de

7 El festejo taurino ha tenido que adoptar una nueva forma: la convocatoria de mi hermano Juan Ángel para realizar esta publicación en conmemoración de su natalicio. Agradezco la participación de amigas y amigos entrañables que, con la fuerza y el poder de sus palabras, dan vida a esta fiesta taurina hecha libro para recordar, celebrar y agradecer su larga y fructífera vida.

8 Alfonso Pérez Romo, *Testimonio de unos días*. Universidad Autónoma de Aguascalientes, 1999, p. 489.

moros y cristianos mezclado con el genio supra cósmico de los aztecas, es mucho más que un alarde valeroso, que un brillante espectáculo o que una efusión de sangre sin sentido.⁹

El arte taurino, como expresión cultural de todos los pueblos de Hispanoamérica, es “herencia y tradición popular de un gran conglomerado espiritual que no tiene fronteras”.¹⁰ En su pensamiento, la corrida de toros es consecuencia de un milenarismo proceso cultural que tiene al toro como protagonista: “el toro ha sido siempre signo formal para comprender los secretos del universo y de la vida, ha sido usado como símbolo mitológico, mágico y religioso”.¹¹ Todas las culturas hunden sus raíces en lo religioso y las antiguas religiones agrícolas y solares convirtieron a este poderoso animal en emblema de lo sagrado y del misterio por su gran fuerza, su fiereza y su extraordinario poder reproductivo. Así, a través de los siglos, el toro ha sido un símbolo sagrado de los poderes vivificantes y destructivos de la naturaleza, de su fuerza vital y empuje irracional. Símbolo sagrado que ha sido objeto de la proyección del ser humano para entenderse y entender el mundo y la vida, proyección simbólica con la cual “se hizo necesario un complejo ritual lúdico-religioso que cada civilización fue formando de acuerdo con su mitología”.¹²

En esta evolución histórica, el toreo, tal y como lo conocemos hoy, apareció hace unos 400 años, y aunque en cada época ha sido diferente, perdura su carácter de fenómeno catártico y su capacidad de comunicación espiritual entre quien oficia y quienes asisten, elementos propios de los rituales mágico-religiosos desarrollados desde la antigüedad.

9 *Idem.*

10 *Idem.*

11 Alfonso Pérez Romo, *Rafael Rodríguez. El sentido profundo del toreo*. Universidad Autónoma de Aguascalientes, 2014, p. 23.

12 *Ibidem*, p. 16.

Estos componentes, que son esenciales para captar el sentido profundo del toreo, pasan ahora casi desapercibidos “por el esplendor y la perfección técnica y estética que ha alcanzado el espectáculo hoy”.¹³

Convencido de que los seres humanos hemos transmitido nuestra herencia a través de imágenes, narrativas y símbolos, mi padre fue amante de la estética. Conocedor de las artes, se ocupó, tanto del arte taurino como tal, como de la tauromaquia en las diversas manifestaciones artísticas a través de la historia: la pintura, la escultura, la poesía, el teatro y la música. Así, a partir de sus innumerables lecturas y reflexiones, comprendió, con absoluta claridad, que para llegar a entender la esencia del arte del toreo “es preciso primero recordar lo que ha significado la presencia del toro bravo en la vida humana desde la más remota antigüedad y del simbolismo místico que late en el ejercicio del toreo desde sus orígenes”,¹⁴ como se puede apreciar en las expresiones artísticas y espirituales a través de la historia.

Creo que además de llegar a valorar el significado de la presencia del toro bravo a través de la cultura, esa presencia fue, también, de manera particular, un elemento definitivo en su experiencia existencial, desde aquella imagen del cartel taurino que despertó su imaginación infantil, pasando por su incursión juvenil en el toreo, su ferviente afición a la Fiesta durante toda su vida y su aproximación intelectual y poética a esta manifestación artística. Todo ello lo hace patente:

Ahora que me he hecho viejo viendo toros, miro con indulgente ironía aquel joven aficionado, intransigente, lleno de pasión y arrebatado por sus “ismos que fui ayer”. Quedan sin embargo unos elementos que han permanecido invariables a través del tiempo: una atracción irresistible por la fiesta; un aprecio del toreo que va

13 *Ibidem*, p. 41.

14 *Ibidem*, p. 12.

más allá de su abigarrado colorido, su pintoresquismo, su derroche de valentía y su efusión de sangre; un asombro siempre nuevo por esa enorme y noble bestia que es el toro de lidia; y una admiración respetuosa por el torero, extraño personaje del arte hispánico que cumple su actuación dramática al filo de la muerte.¹⁵

En el arte taurino laten los eternos dilemas existenciales que han confrontado a los seres humanos a través de los tiempos: las fuerzas ciegas de la naturaleza frente al espíritu humano, las grandes interrogantes sobre la vida y la muerte. A lo largo de su vida, estructurada a partir del imaginario poderoso de la cultura de su tiempo, mi padre encontró, en el arte taurino, un espejo de la humanidad, un paradigma de las grandes virtudes humanas que intentó actualizar en todo lo que emprendió, buscando siempre dejar algún beneficio a su paso.

Mi padre partió de este mundo el 24 de octubre de 2022. Un par de días antes recibió un homenaje donde se reconoció su trayectoria taurina y se develó una placa conmemorativa en los patios de la Plaza de Toros Monumental de Aguascalientes: “Gobierno del Estado y la afición rinden homenaje al taurino y humanista, don Alfonso Pérez Romo, por ser un gran pilar de la grandeza taurina de Aguascalientes, como empresario y aficionado. 447 aniversario de la ciudad de Aguascalientes, 22 de octubre de 2022”, es el lema textual de la placa. Ese día se ofreció una comida y, enseguida, una corrida de toros. Lo acompañé durante la comida, pero no pude quedarme a la develación de la placa ni a la corrida. Nos despedimos en la puerta de cuadrillas, pues yo tenía que correr al aeropuerto a tomar mi vuelo de regreso a Tijuana. Ahí, en ese lugar emblemático, nos dimos el último abrazo de nuestras vidas. Qué lejos estaba yo de saber que se cerraría un mundo entero para mí. Si lo hubiera sospechado siquiera, no habría podido soltarme

15 Alfonso Pérez Romo, *Testimonio de unos días, op. cit.*, p. 501.

apresuradamente de sus brazos como lo hice esa tarde. Me consuela pensar que lo último que hizo mi papá en su vida fue disfrutar cada minuto de esa corrida de toros, festiva y gozosa, entre gente linda y fuegos artificiales. Tengo la certeza de que mi padre llevó siempre la Fiesta Brava en su corazón y amó profundamente el arte taurino, porque, como dijo Antonio Machado, “el arte es la Gran Nostalgia. Y la gran nostalgia del toreo es su pase soñado: su pase a la eternidad y al tiempo mítico de la inocencia”.¹⁶ Su vida toda fue una metáfora del arte taurino. Culminó su gran faena y retornó a la Patria por la Puerta Grande de la Luz.

16 Mariate Cobaleda, *El simbolismo del toro. La lidia como cultura y espejo de la humanidad*. Biblioteca Nueva, 2002, p. 21.

¿Por qué vuelven los toreros?

Cecilia Pérez Talamantes

Sí; yo sé de toros. Los he visto embestir. Los he matado. Y los he visto matar hombres, y los he sentido mientras daban muerte al caballo que montaba. Sí; yo sé de toros. Y de públicos. Aquella multitud que grita hasta levantar un ídolo de seda y oro, y luego tiene placer en verle desplomarse en lágrimas... o muerte.

Conchita Cintrón

La mayor parte de los recuerdos de mi papá comienzan en su biblioteca. Esa tarde la tengo en mi memoria como si fuera ayer; andaba husmeando en los librereros, buscando algo para leer; pero, la verdad, sólo recorría con mi vista, curioseando, viendo todo lo que había, los libros de España que me gustaban tanto,

las revistas de arte, las de viajes, las de comida gourmet, una colección preciosa sobre decoración, en fin, sólo andaba disfrutando.

Estaba contenta porque había terminado de leer una novela que me había gustado mucho, *Jane Eyre*, un clásico de la literatura romántica inglesa; aún la traía en la mano, no la quería soltar, sentía el deseo de tenerla conmigo. En eso, entró mi papá a la biblioteca, le platicué que estaba buscando algo que leer; vio la novela que traía en la mano y me dijo: “ven, te voy a regalar algo que te tienes que leer”. Caminé hacia el lugar en el que guardaba sus libros taurinos y sacó uno con un clavel en la portada: *¿Por qué vuelven los toreros?* de Conchita Cintrón.

En ese momento (yo era muy joven) me sentí un poco decepcionada, esperaba que me recomendara otro clásico novelón; asimismo, me sentí un tanto sorprendida, primero por el libro en sí, ¿de toros?; segundo, porque no sabía que ella hubiese escrito un libro, ya que la conocía como rejoneadora. Sé que mi papá leyó en mi cara la extrañeza, y con un gesto de cariño (muy característico de él), con el libro golpeó suavemente mi cabeza y me dijo: “conoce a esta mujer, lo que ella ha hecho es admirable”. Antes de irse, me insistió: “no sólo hay que leer novelas, aunque sean muy buenas o hermosas. La fantasía es un deleite, pero hay que acercarnos a las lecturas de la vida real; conocer a las personas de carne y hueso. En este libro vas a descubrir el miedo, el gozo, la pasión, amores y sinsabores que se viven en la realidad”. Yo estaba muy verde aún para entender lo que mi papá quiso hacer conmigo cuando me regaló el libro de Conchita Cintrón. Tuvieron que pasar los años para que comprendiera todas las lecciones que con ese regalo me dio. Hoy le agradezco infinitamente haberme regalado ese libro, ya que, con el tiempo, comprendí lo que representaba Conchita Cintrón como figura del toreo, como mujer, como escritora, como poeta.

Cuando mi papá hablaba de ella, lo hacía con gran emoción, pero sobre todo con gran admiración. “¡Conchita lo es todo!”, decía. Y sí: fue figura del toreo y una mujer de gran carácter que supo abrirse camino en un mundo tan feroz, tan masculino, siempre haciéndose respetar, siempre con dignidad, elegancia y categoría. Una mujer de una sola pieza. Otro aspecto de la vida de Conchita Cintrón que mi papá admiraba —segura estoy que con ella se identificaba— era su cultura y su sensibilidad. Él, un amante de la lectura; ella, una escritora fina, sensible. Y poeta:

Quisiera irme
 como la tarde
 entre aromas de jazmín y madreSelva,
 con el luto en los horizontes
 y el pájaro cansado
 en el crepúsculo de mis horas.
 Quisiera irme
 quedo, muy quedo,
 en busca de la aurora;
 quedo, muy quedo,
 como se va la tarde¹

Esta gran rejonadora fue, de la misma manera, una escritora fecunda, una mujer que supo cultivar sus anhelos y sus cariños por los caballos, por los toros, por sus amigos, por su familia y por la escritura. Conchita se desempeñó como escritora en diversos medios periodísticos, como *El Porvenir* de Monterrey o *El Informador* de Guadalajara; al igual que en revistas, como *El Redondel*, donde manejaba la palabra tan bien como lo hacía manejando sus caballos. Y publicó tres libros: *Recuerdos*, de 1962; *¿Por qué vuelven los toreros?*, de 1977, y *Aprendiendo a vivir*, de 1979. *¿Por qué vuelven los toreros?* es una antología

1 Conchita Cintrón, *¿Por qué vuelven los toreros?* Editorial Diana, 1977, p. 230.

de crónicas, como dice la autora en una bellísima dedicatoria, escaneada para el libro, de su puño y letra, que a continuación transcribo:

Dedicatoria: Antología de crónicas, aparecidas en *El Informador* de Guadalajara, Jalisco, dedicada a la memoria de mis padres, mi maestro, mi marido e hijos, mis amigos; al recuerdo, en fin, de un mundo de gente admirable que ha convertido en algo muy especial mi paso por la vida, enseñándome que para el caminante sí hay camino... cuando le dan la mano al andar.

Conchita Cintrón nos regala un manojo de recuerdos, de hechos evocadores de sus vivencias en el mundo taurino, con tal conocimiento y sensibilidad que, más que un libro de toros y de toreros, lo que ella aquí nos ofrenda es un libro profundamente humano, donde comparte recuerdos y emociones muy hondas que quizás todos experimentamos en nuestras vidas, pero que sólo un espíritu con ternura fina, como el de ella, puede apreciar en toda su dimensión. De las crónicas contenidas en el libro, “Sol y sombra” es una de mis favoritas, tal vez por ser, como se dice en lenguaje taurino, “la primera de la tarde”. Desde luego, el texto engancha:

La fiesta tiene sus raíces, como toda flor, en el lodo abonado de miserias; pero están dispuestas para quienes miran hacia abajo, y en la vida hay que mirar hacia arriba. ¡Siempre hacia arriba! Negar belleza por reconocer miseria sería negar el cielo por existir el infierno. Y entonces... ¿adónde está aquella hora de emoción?²

Cuando uno lee a Conchita, da la sensación de que aún en su prosa se encuentra, velada, la poesía. Cada una de sus

2 *Ibidem*, p. 21.

crónicas es un deleite. “Añoranzas”, “Las cornadas de la vida”, “¿Qué es torear?”, “Los muertos llenan las plazas”, “El ciego y yo”, “Un ensayo de escritura surrealista”, “Pesadillas taurinas” son algunos de los títulos de estas reseñas que Conchita escribió. Comparto un fragmento de “El ciego y yo”:

Hoy es domingo y ya le oigo venir... El hombre es ciego, toca el saxofón y no me conoce. Hace años que lo vi por primera vez. Era también un domingo... Un domingo sin toros en una ciudad adormecida. Y yo sentí una extraña hermandad entre su vida sin luz y la mía sin toros. Le mandé cinco escudos y un recado: siempre que tocara un pasodoble en mi calle, en domingo, recibiría la misma suma. No ha fallado. Ahí viene...³

Son varias las ocasiones en las que Conchita narra su sensación de vacío por vivir sin toros, su añoranza por la Fiesta Brava, su recuerdo por esas tardes de luces, voces y gritos:

¡Fermín...!, ¿Te acuerdas? ¿Recuerdas esas carreteras empolvadas, que nos llevaban de pueblo en pueblo, con la puerta sobre la baca y el delirio en el corazón? ¿Y permanecen en tu memoria aquellas noches perdidas en las densas inmensidades de un México nocturno, alumbrando apenas por las claridades de nuestros coches vagabundos? Conversaban, en sordina, el mozo de espadas y el chofer, menos rendidos que los toreros. Y se preguntaban mutuamente por dónde sería el camino. Porque en ese entonces nos orientaban magueyes o nopales, y cuando nos lo sacaban del paso, o no dábamos con ellos, era menester saber de astronomía. ¡Fermín! ¿Te acuerdas?⁴

3 *Ibidem*, p. 22.

4 *Ibidem*, p. 29.

Yo, recordándolo, te veo a mi lado en el ruedo, cuando me tocaba algún novillo más difícil. Frente al peligro abandonabas tus cumbres, y te colocabas de mí más cerca que mi propia muerte. Y es que tú, además, adivinabas las cosas. Cuando el novillo aquel de Tampico se llevó la mitad de mi capote, surgiste de la nada entregándome el tuyo. Y yo salí corriendo, llevándolo en la mano. ¿Y recuerdas cómo me caí? Tus capotes eran más grandes que los míos, y con mis angustias de encarar el novillo tropecé sobre sus vuelos rojos. Y recuerdo que, al componerse para iniciar un lance, me gritó uno de sol: “No te preocupes, Conchita, ese capote torea solo”. Sí, Fermín, eso parecía, en tus manos, el toreo: algo nacido del milagro, sin esfuerzo, de tus gestos. Yo nunca he visto –y dudo si volveré a verlo– un cuadro como aquel que nos pintaste en Bilbao. ¡Qué buen torero eras! Estabas en la plaza como un príncipe en su corte.⁵

¿Por qué vuelven los toreros? es un libro que todos, aficionados y no aficionados, deberíamos leer, pues lo que ella nos relata, en cada uno de sus recuerdos, son experiencias tan humanas, vistas con una extraordinaria sensibilidad y conocimiento. Nos hace ver cómo el toreo, con todo lo que implica, tiene una influencia poderosa sobre el hombre y la sociedad. Sólo una persona como ella, que haya vivido en ese ambiente, que conozca el medio taurino desde dentro, puede apreciar este valor oculto que encierra la Fiesta Brava.

Todo vuelve... sutil... frágil... inmensamente real y doloroso... Aquel crujir secreto de la arena cuando se la pisa, el susurro de una seda que se despliega, el pesado movimiento de un toro que se revuelve... Vuelven aquellos pitones blancos humillados, y son los sentidos

5 *Ibidem*, pp. 30-31.

que despiertan frente al peligro; y es el sol y es el compañero al quite; y es la multitud que clama y el corazón que escucha y la sensación tremenda de ser; vivir.⁶

En “El dios pagano”, Conchita explica muy bien lo que significa la gloria y el olvido; lo cruel que puede ser que a una figura del toreo se le deje de considerar “grande”, lo que ella define como un dios —a ella la apodaban “la Diosa Rubia del Toreo”—. Y yo me pregunto, ¿se reflejó, acaso, en el texto?

Cuando el torero deja el ruedo, pasa al mundo de los hombres. Ya no es un dios. No reparte su espada la muerte; ni brotan, de sus entrañas, las maravillas mitológicas de su expresión. Es entonces él —el torero enmudecido— quien arremete ciegamente contra el destino. Lucha... pelea y sucumbe, atravesada, su vida, por la espada de la realidad: el torero, en la plaza, será un dios; mas en la vida no pasa de un pobre animal sujeto a la voluntad del Lidiador Supremo.⁷

Conchita Cintrón hace una defensa de sus amigos mata-dores retirados y, por qué no decirlo, de ella misma también; con el anuncio del regreso de algunas figuras del toreo y alrededor de las hipótesis que se desencadenaron en críticas, condenando a estos diestros y presagiando sus fracasos, ella, con su pluma, *sale al quite*. Enfatiza la falta de comprensión de los periodistas y los condena por cortar los vuelos de los anunciados regresos.

¡Hay tanto tiempo para criticar a un torero después de su reaparición! ¡Y hay tantas cosas contra las cuales pueden acometer las plumas taurinas durante la veda del invierno... Tanta “organización” que pudre las raíces de la fiesta...! ¿Que alguna figura quiere reapa-

6 *Ibidem*, pp. 21-22.

7 *Ibidem*, p. 37.

recer? ¡Dejarle...! Tiene el derecho de hacerlo. Es su vida y nombre lo que pone en juego, algo que en nada puede dañar a la fiesta. Es un clavel más que brota en la primavera y que pronto se deshojará si no resiste el viento de la adversidad.⁸

Y afirma —señalando que lo ha repetido— varias veces: “el torero que es, lo es como el sacerdote *in aeternum...*”;⁹ o sea, para toda la eternidad. La autora continúa: “Pero la verdad está en ese toque del clarín que le persigue, trayendo en su eco las imágenes de una emoción inenarrable que llenaba temporadas y que desapareció dejando el rastro, insoportable, de horas tras horas completamente vacías. «La naturaleza —decían los antiguos— tiene horror al vacío»”.¹⁰ Cintrón concluye este apartado enfatizando su postura ante los acusadores: “Sí, señores críticos, vuelvan a los toros o no vuelvan, hay que comprender el drama del hombre que es, sin poderlo remediar, antes que nada... torero”.¹¹

En alguna ocasión, le ofrecieron a Conchita que escribiera algunos apuntes o crónicas o recuerdos de temas no taurinos. Ella relata que la invitación le pareció una oportunidad formidable; sin embargo, al poco tiempo, cayó en cuenta de la dificultad que tendría en separar lo que ella define como “el mundo humano de la universidad del ruedo”. Es con esa intención que nos relata un recuerdo, al que titula “Crónica sin toros”, dedicada a su amigo ganadero Antonio Palha, del cual nos cuenta que era un hombre mayor que gustaba del campo y las letras, pero que había sido internado en un manicomio:

— Por fin —me dijo mi amigo—, me han comprendido. Estoy, como tú sabes totalmente loco. Y me han

8 *Ibidem*, p. 43.

9 *Idem*.

10 *Idem*.

11 *Ibidem*, p. 45.

recetado un médico de la especialidad. Y naturalmente nos hemos entendido de maravilla...

— ¿Y te sientes bien? —quise saber.

— Perfectamente —me aseguró el ganadero—: no ha surgido sino un momento de duda en el internamiento que me han impuesto. Fue cuando al terminarlo el médico me preguntó: «Señor Palha, ¿ya distingue usted bien los sueños de la realidad?» Y yo le contesté: «Doctor... Ahora sí que estamos mal... ¡Cómo quiere usted que distinga los sueños de la realidad, si toda mi vida he vivido soñando!» ¡Y no te digo más! ¡Casi no me dejan salir!

— No te preocupes —le tranquilicé—, así están de locos los cuerdos...

Ya decía Miguel Torga:

Los poetas son locos,

Y pocos

Creer

Que la locura

Es el don de lo eterno en cada criatura.

Pues sí; recordando aquellos momentos reconozco que yo, como mi querido amigo Antonio Palha, siempre barajeé sueños con realidad. Muerte o vida en el ruedo... ¿Cuál sería el sueño?, ¿cuál la realidad? ¡Ay, escribir sin escribir de toros...! ¿Cómo extirpar de la vida de un torero lo torero, si primero se le va la vida?¹²

12 *Ibidem*, pp. 187-188.

En éste, como en la mayoría de sus textos, Conchita nos deja ver *ese mundo* de los toreros, que ella añoraba con tanta nostalgia. Y digo *ese mundo* como si fuese otro, porque fue Conchita quien así lo veía. En *Grandeza y decadencia de la Fiesta brava*, una excelente entrevista que le hizo Carlos Landeros, así lo afirma:

son dos mundos, uno el de los toreros y otro el del resto de los mortales [...] El planeta de los toros es, sin duda alguna, un mundo diferente y un mundo totalmente masculino... Si observas te darás cuenta: nos reunimos unos cuantos toreros y vivimos un mundo aparte hablando de toros. Si entra otro mortal bajamos del planeta y convivimos con él, pero en el fondo seguimos viviendo aparte.¹³

Ante esto, Landeros le pregunta: “¿cuál es ese planeta?”:

Es el de la vida y la muerte, y el de la pasión y el de la tragedia, y el de la desilusión y la ilusión, y el de la poesía y el de la escultura, y el de la pintura y el de todos esos temas de los cuales nosotros hablamos. En nuestro mundo todo se mezcla, aunque no seamos ya toreros o quizás no seamos más todavía al retirarnos de los ruidos. Espiritualmente, la mujer siempre ha existido en ese planeta, porque están las madres de los toreros que rezan por sus hijos; ahí están las novias, las esposas, las hijas, las hermanas que les dan ánimo para que sigan en su puesto, unos triunfando y otros fracasando, pero siempre con el apoyo de la mujer.¹⁴

13 Carlos Landeros, *Grandeza y decadencia de la fiesta brava*. Universidad Autónoma de Aguascalientes, 2016, p. 101.

14 *Ibidem*, pp. 101-102.

Me resulta interesante poder comprender lo que significó ser mujer para Conchita Cintrón. Para mí, ella fue una feminista, una mujer que logró abrirse camino en un mundo que estaba vedado para la mujer. Sin embargo, ella no se definió como tal. Ella defendía el puesto de la mujer enfatizando que no buscó ni aspiró a la igualdad, ya que, de acuerdo con ella, la mujer habría tenido un lugar por encima del hombre —en el mundo en el que ella pudo observar—. Retomemos la entrevista. Carlos Landeros le pregunta si ella enfrentó problemas con los alternantes de su cuadrilla, con ganaderos o con los empresarios; si alguna vez le faltaron al respeto o llegó a escuchar palabras fuertes a cierto tipo de proposiciones. A lo cual, Conchita, respondió: “Estamos hablando de otras épocas, todavía no existía el movimiento feminista y creo que tuve mucha suerte por pertenecer a una época en la que todavía no ocurría”.¹⁵ “Entonces, ¿usted no cree en el feminismo?” pregunta Carlos:

Creo que la mujer debe aspirar a ese lugar muy especial que le da el hombre a la mujer y que está muy por encima de la igualdad. Es el lugar que concede el hombre a su madre y a su hermana y a las mujeres a quienes quiere. No puede haber igualdad. Yo nunca desearía la igualdad.¹⁶

Cuando uno lee las palabras de Conchita Cintrón, puede descubrir el entorno en el que ella vivió: un mundo donde la mujer tuvo acceso a la cultura, a la lectura, al trabajo; un mundo donde a la mujer se le otorgó un lugar muy especial. Todos los relatos de su infancia dejan ver a una niña que tuvo la fortuna de tener, a su alcance, la educación, la poesía, los idiomas, la música, los deportes. Fue consentida, mimada y educada con disciplina y libertad, dos armas muy poderosas

15 *Idem.*

16 *Idem.*

que la ayudaron para enfrentar ese mundo del toro tan masculino, con tanta clase y feminidad:

El otro día... El rector de la Universidad de Aguascalientes, Pérez Romo, fue a la casa de Humberto Moro, por la noche, porque quería conocerme. Quería saber la razón del fenómeno, del por qué me habían aceptado a mí en el mundo de los toreros. Quería conocerme porque cuando escribía era completamente femenina. Nunca puse de lado todas esas características que ahora las muchachas hacen lo posible por no revelar, al competir en el mundo masculino, pero mi idea fue torear con ellos y ser protegida por ellos. Cuando estaba en el ruedo y había un toro con problemas, yo no contaba con mi cuadrilla solamente, también entraban Chucho Solórzano y Lalo Balderas y "Armillita". Los quites más extraordinarios que me han hecho en la vida han sido los de los matadores de toros, porque estaban al pendiente de mí, como si fuera una hermana más chica. Creo que es difícil concebir que se tenga tanta ternura y tanto cuidado por una persona como de los que yo he gozado en el ruedo. He sido mimada hasta lo máximo. Cuando llegué a México casada, veinte años después, Lalo Solórzano estaba conversando conmigo cuando se aproximó Francisco, mi marido, Lalo me abrazó y se le quedó mirando interrogativo y le dijo: —Oye, Francisco, ¿cómo la has tratado?, porque nosotros la chiqueábamos mucho—.¹⁷

Conchita Cintrón fue una mujer que rompió paradigmas; que se atrevió a romper reglas; una mujer ejemplo para todas las mujeres de su tiempo y de todas las épocas; supo triunfar en el mundo de los hombres, siendo amiga verdadera de cada uno

17 *Ibidem*, pp. 102-103.

de ellos. Nunca los vio como sus rivales ni ellos la vieron a ella como una competidora; al contrario, fueron compañeros que supieron vivir amando una misma pasión: los toros. Estremeció el mundo taurino porque era una torera muy bella. Fue asediada por políticos (Maximino Ávila Camacho la colmó de regalos y atenciones), toreros y artistas, en un medio tan duro y tan difícil –con el machismo imperante de la época–; no obstante, se ganó el respeto por su comportamiento de una auténtica dama; siempre guiada y protegida por su maestro Ruy de Cámara y su esposa Asunción, para quienes era como su hija.

Se presentó en Madrid como rejoneadora el 13 de mayo de 1945. En España, en esa época, a las mujeres no se les permitía torear a pie y, sin embargo, el día de su despedida, en una corrida en Jaén, el 18 de octubre de 1950, alternando con Antonio Ordóñez y Manolo Vázquez, se bajó del caballo, haciendo su faena con toda serenidad y sin temor a las amenazas del régimen franquista, ¡valiente y retadora! Rebelde dentro de su exquisita clase. El crítico español Gregorio Corrochano dijo de ella: “El día que este torero se baje del caballo, se tendrán que subir al caballo muchos toreros”.¹⁸ Por su parte, el maestro Ángel Luis Bienvenida dijo:

Ella ve, como pocos hombres lo que desarrolla el toro en la plaza, la actitud de los toreros, lo puro, lo auténtico; con una maestría, capaz de dar lecciones, a los grandes maestros del toreo. Mujer entendidísima, con personalidad arrolladora, inteligente, guapa, rebosante de señorío, con empaque único, que fue depositando en el mundo taurino la flor de oro de su refinada elegancia.¹⁹

En *Recuerdos*, Conchita escribió una carta bellísima a sus hijos. Ahí, quiso exponerles todos aquellos sentimientos taurinos

18 En “Conchita Cintrón ‘La diosa rubia del toreo’”, por Alejandro A. Arredondo M., revista *Donde*, México, noviembre de 2022.

19 *Idem*.

que ellos, por ser muy jovencitos, no podían comprender, pre-
viendo que, acaso, tal vez con más edad, algún día se llegarían a
preguntar “¿por qué mi mamá fue torera?, ¿qué tan difícil o feliz
fue aquello?, ¿qué emociones le provocó la Fiesta?”:

Queridos hijos:

Son vísperas de Navidad. Ha llovido muchísimo. El
frío nos anuncia que es tiempo de ir al sótano por las
maletas donde guardo las figuras del nacimiento, y los
adornos y las velas de nuestro Árbol de Navidad. Ma-
ñana iré a Porto para hacer vuestras compras. ¡Qué
alegría me da saber que aún creéis que el niño Jesús
envía los regalos!... Y pensándolo bien, tenéis razón.
¿Quién sino ÉL hace posible el milagro de vuestro hogar,
habiendo tanto sin él quién si no él? ¿Quién si no ÉL hace
posible que vuestros ojos azorados se llenen de alegría al
ver en los escaparates juguetes que sabéis pueden apare-
cer en casa? [...] Nada de lo que aquí en casa conocéis
o escucháis os puede dar una idea de lo que haya sido
mi infancia o mi vida antes de ser vuestra madre. Te
he escuchado –es cierto–, Ana Mafalda, diciendo con
tu vocecita de muñeca: “Cuando sea grande, voy a ser
torera.” Pero esta frase en esa cabecita no tiene ningun-
a base. No sabes lo que es torear, no sabes lo que es
un toro de lidia. Hace unos días, ¿sabes lo que me pre-
guntaste, Mafalda?... ¡Si los toros bravos sabían morder!
¡Eres tan ignorante como yo a tu edad, y aún más! [...] Tú,
Ruy, como eres el mayor, has ido a Sevilla y has
visto dos corridas de toros, que has observado con la
mayor naturalidad. Te encantan los caballos, y no te ex-
traña nada que yo haya sido torera. A ti tampoco, Joao.
Aceptáis todo con la simplicidad de los niños. Pero a lo
mejor cuando seáis mayores sentiréis alguna curiosidad;
y por si esto aconteciera, he comenzado a escribir, en

esta tarde de invierno, algo de lo que fue mi vida antes de tener la incomparable dicha de conocer a vuestro padre y compartir con él las alegrías y tristezas que Dios ha tenido a bien enviarnos.

Y, para terminar, firmaré con aquel nombre que vosotros me habéis dado, el más profundo consuelo de mi vida.

Mác.²⁰

Conchita Cintrón fue feliz mamá de seis hijos. Amó profundamente a su familia, su hogar, su rol de mamá y, al mismo tiempo, amó ser torera. Supo sortear ambas suertes y en una y otra sufrió las más grandes penas: ver morir a sus compañeros en los ruedos, como a su hijo Pedro en un accidente automovilístico, siendo joven aún. A todas las circunstancias de la vida logró sobreponerse, con entereza y dignidad.

En la referida entrevista con Carlos Landeros, Conchita Cintrón dijo: “¿Lees francés?, ayer consideré mi día uno muy feliz porque descubrí cuatro frases de Víctor Hugo que me emocionaron muchísimo. Cuando leo un poema así, ya siento que cumplí y no necesito hacer nada más. ¡Qué no daría yo por haberlos escrito!”²¹ Esta frase me hace sentir afinidad cuando leo algunos de sus textos: quedo tan feliz, que cierro el libro y digo, como ella, “¡hoy ya no necesito hacer nada más!”.

¿Por qué vuelven los toreros?, el hermoso libro que me regaló mi papá, me ha acompañado entre mis haberes desde mi juventud; ha ido y venido en mis mudanzas y siempre ha estado ahí. Aun cuando se me escondiera, en mi memoria y en mi corazón siempre está. Por haberme abierto los ojos, por consentirme tanto, por haberme regalado este hermoso tesoro, ¡gracias, mil gracias, Papá!

20 Conchita Cintrón, *Recuerdos*. Espasa-Calpe, 1962, pp. 9-11.

21 Carlos Landeros, *Grandeza y decadencia*, *op. cit.*, p. 104.



Una brisa triste por los olivos

Ingrid Pérez Tangassi

*Tardará mucho tiempo en nacer, si es que nace,
un andaluz tan claro, tan rico de aventura.*

*Yo canto su elegancia con palabras que gimen
y recuerdo una brisa triste por los olivos.*

“Llanto por Ignacio Sánchez Mejías”, Federico García Lorca

Mi reciente embarazo ha dificultado un poco mi disposición a la escritura; los malestares físicos, el cansancio y, sobre todo, la dispersión de pensamientos y la sensación de tener la ca-

beza llena de humo han sido un reto para escribir estas líneas. Sin embargo, pensar en la próxima existencia de un nuevo ser ha encauzado mis pensamientos hacia una reflexión distinta. Entonces, rumiando ideas y recuerdos sobre mi abuelo, me detengo a pensar en cómo los seres humanos transmitimos la cultura y las creencias que van tejiendo distintas formas de vivir.

*

Dan las cuatro de la tarde. Él sonrío. Su pantalón de siempre (durante años usó la misma marca, talla y casi los mismos colores), su guayabera blanca, un puro en el bolsillo de la guayabera, a la altura del pecho; en el mismo bolsillo, los cuatro boletos sujetos por un clip; una boina de paño y una mirada expectante. “Ya es hora de irnos”, dijo.

Siempre nos salíamos de casa una hora antes de que iniciara la corrida, que casi siempre iniciaba a las cinco de la tarde. Regularmente, estábamos sentados en nuestros lugares media hora antes de que iniciara la corrida. Recuerdo que sentía un poco de fastidio por llegar tan temprano, pero ahora lo entiendo mejor. Creo que le gustaba ver cómo se iba llenando la plaza poco a poco, ir midiendo la entrada de la tarde y, con eso, adivinar el talante de la fiesta del día. Una vez en la plaza, le gustaba saludar y le gustaba la gente. Todo para él era un ritual en días de toros. “Todo, en los toros, son ritos”, decía.

Recuerdo sobre todo la luz de esas tardes. Entrábamos al palco y mirábamos la mitad de la plaza bañada de sol, aún vacía, que nos deslumbraba con su blancura inmaculada y que, pausadamente, se iba manchando con los colores de la gente. Evoco también los olores. Primero el de la arena, recién removida para la ocasión y a veces con un toque húmedo cuando la habían mojado unos minutos antes; el de la cal, haciendo arder la garganta cada vez que había que redibujar las líneas del tercio; el aroma de los claveles rojos, que hace años

comprábamos en la puerta de la plaza para premiar faenas bienaventuradas; más adentrada la tarde, el olor a toro, a estiércol, a sangre. Pero mi aroma favorito era el humo del puro, específicamente el que se fumaba mi abuelo de vez en cuando y que se mezclaba con todos esos otros olores.

Así fue como me acercó a los toros.

Así fue como nos acercó a todos a tantos mundos.

*

Entretejiendo los recuerdos que tengo de él y de los toros, no puedo dejar tampoco de evocarlos en un museo o caminando en la universidad, leyendo en su biblioteca, hurgando en un montón de mundos que nos hemos construido los seres humanos. Él habitó muchos de esos mundos. De todos esos lugares de su interés se hizo vecino, y regó sus tierras y plantó semillas y cosechó frutos. Era una de esas personas raras que se interesaba genuinamente por el conocimiento y por la cultura, y, además, disfrutaba acercarse a las personas a las diferentes disciplinas de sus cariños. No le bastó con ganar su cosecha y tener sus huertos bien llenitos de frutos, sino que nos regaló semillas para que cada uno de nosotros escogiéramos nuestros gustos y pudiéramos también plantar y cuidar y cosechar. Por eso, al evocar esos días soleados y olorosos, luminosos en su compañía, y pensando también en nuevos seres, es que recuerdo mucho el amor que se necesita para transmitir lo que sabemos.

*

Evoco con mucha ternura haber estado sentada en sus piernas, a su vez posadas sobre una butaca de la Plaza de Toros Monumental de Aguascalientes. Él estaba serio, absorto, casi enajenado, mientras observaba con detenimiento una faena que consideraba interesante. Se detenía a explicarme con pocas palabras, siempre cariñosas, lo que sucedía en el ruedo.

Su seriedad o sus palabras se interrumpían de vez en cuando por un “olé” que escapaba de su boca con una voz cantarina, de volumen moderado, pero fuertemente emocionada, acompañada de una mirada alegre y sagaz que no se perdía ni un segundo de lo que sucedía en el ruedo. No se perdía ni un segundo de la vida.

Para él, la Fiesta Brava era una experiencia catártica que, a la vez, lo llevaba a otros tiempos y lo situaba en el momento justo de su presente. Encontraba, la Fiesta, llena de simbolismos y elementos sacros que le daban sentido a su existencia. Insistía, con mucha frecuencia, en no perder *el sentido de lo sagrado*. Decía que si una sociedad lo perdía, lo perdía todo. Para él, ese sentido tenía que ver con “el deber de respeto [...] que permita que todos podamos ser justos y libres...”.¹ Esa idea la llevaba a muchos ámbitos de su vida: a su espiritualidad; a su profesión como médico, como docente; a la manera en que tenía de servir a su sociedad y a las personas que lo rodeaban, pero también a sus gustos: al arte, a la música, a la filosofía y, por supuesto, a los toros.

Para él, pararse en un museo frente a un cuadro de Rembrandt tenía un sentido sagrado e implicaba un ritual personal; de cada experiencia, obtenía una reflexión y sentía el deber de compartirla, de acercar a los demás a la reflexión y admirar el mundo. Escucharlo tocar una guitarra y cantar, recitar unos versos, verlo garabateando caricaturas o pintando acuarelas con la luz de la mañana, mirarlo en silencio mientras leía poesía, acompañarlo mientras admiraba la arquitectura de algún edificio interesante, contemplarlo sentado en su palco aplaudiendo una faena bien hecha; al ser testigo de todo ello, sabía que él lo estaba viviendo con un profundo sentido de lo sagrado.

1 Alfonso Pérez Romo, en entrevista para *Líder Empresarial* (15 de agosto de 2022): <https://rb.gy/3hzn73> (sitio consultado, por última ocasión, el 29 de mayo de 2024).

*

Con curiosidad de niño, usó buena parte de su vida en la eterna búsqueda de lo bello. Nunca dejó de buscar. Nunca dejó de encontrar.

*

Podemos estar o no estar de acuerdo con la Fiesta Brava. Se trata de una vigencia social, cuyo desenlace me parece aún incierto. Yo misma confieso que mi postura se asemeja a una plaza de toros a la hora exacta en que la mitad de las butacas se encuentran bañadas de luz, en contraste con la otra mitad, inmersa en la sombra. Confieso que me encuentro en ese lugar indefinido y que no he sido capaz, a estas alturas de mi vida, de disipar mis dudas y adoptar una posición firme al respecto. Hay muchas tradiciones familiares y muchos amores que ligan mi corazón con lo taurino y, en contraste, hay muchas inquietudes, preguntas y dilemas que me alejan de ella.

Mi abuelo y yo tuvimos muchas charlas de sobremesa y pasamos tardes maravillosas en su biblioteca hablando al respecto. Yo le expresaba mis inquietudes, mis dilemas éticos, las tristezas que me evocaban las partes más álgidas de esa tradición; y lo opuesto, es decir, la parte alegre y festiva que la caracteriza. Hablábamos sobre los toros, sobre el animal, su dignidad, los dolores que seguramente sentían, pero también sobre su bravura y elegancia, sobre la subsistencia de su especie, sobre el verdadero duelo vital que debería vivirse en el ruedo. Hablaba con tristeza y nostalgia sobre la decadencia de la Fiesta, sobre los cambios y evoluciones de otras muchas cosas. Me hablaba sobre la similitud que tenían los toros con la vida, con lo hermosa y terrible que es a la vez.

*

Tengo una segunda confesión, mucho más relevante: al pensar en mi abuelo, me remito a una plaza en pleno medio día: brillante, blanca, sin sombra. No es que la realidad haya sido

totalmente de esa manera, pero, en mis recuerdos, él es casi todo luz. Ciertamente, como cualquiera, tenía sus ambivalencias. La Fiesta de los Toros también las tiene: un traje de luces ensangrentado; una bestia orgullosa y elegante en los umbrales de la muerte; un clavel rojo solitario en la arena; un joven alegre con la derrota en la mirada en una tarde sin suerte. Pero, lejos de dilemas éticos y de precisiones para encasillar una tradición en las butacas de sol o de sombra, me parece importante destacar un par de ideas. La primera: es innegable que no podemos conocer, a cabalidad, la cultura hispanoamericana sin tomar en cuenta sus tradiciones más arraigadas, entre las que se encuentra, nos guste o no, la historia del toreo. Se trata de una tradición que ha evolucionado desde la antigüedad, llegando hasta nuestros días como la conocemos hoy, y que, con toda seguridad, continuará en constante cambio (ya se verá con qué cauce); la segunda: reiterar que mi abuelo tenía un gran amor por la cultura, por las artes, por el conocimiento y la enseñanza, y no se limitó a ser espectador, sino que analizaba con pasión y con rigor analítico lo que pasaba dentro y fuera del ruedo, los caminos que iba tomando la Fiesta del Toreo y los tantos porqués de esos gustos que le eran tan entrañables.

Mi abuelo fue hijo de su tiempo y de su cultura, e incorporó la expresión artística, en todas sus formas, colores y melodías, a la esencia misma de su ser. No se puede hablar de Alfonso Pérez Romo sin reconocer sus intereses culturales ni la forma en que nos los transmitía, reflexionando, invariablemente, sobre la condición humana frente a la vida.

Para incluirnos en su gusto por el toreo, jamás sentí que impusiera una creencia o un gusto; se limitaba a mostrar, con franqueza, su interés genuino por la Fiesta y a invitarnos a acompañarlo en esos quererres. Sentado en la primera fila del palco número ocho, con los ojos clavados en las figuras danzantes sobre el ruedo, su mirada inteligente evaluando si lo que ahí sucedía tenía la calidad necesaria, invitaba sin pala-

bras a aprender de él. Observaba con la misma seriedad con la que juega un niño pequeño. Hacía pausas para explicar a los demás lo que sucedía en el ruedo y por qué era importante. Siempre recibí explicaciones emocionadas sobre qué era un capote y qué una muleta; cómo era un toro bravo y cómo uno manso y malo; qué nos querían decir los sonidos que alegraban las tardes y repartían premios o reprimendas, y cómo un torero mostraba elegancia y valor, lejos de la bravuconería.

*

El 13 de octubre de 2022, 11 días antes del día de su muerte, sufrió un infarto en mi presencia. Esa noche compartí con él momentos de angustia y dolor mientras llegábamos al hospital. Fue atendido y sobrevivió a esa primera embestida. Algunas horas después de haber sido intervenido, me saludó alegre en su cama de sanatorio: “¡Hijita!”, me dijo con una alegría y un gusto especial que guardo en mi memoria como un tesoro. Y agregó: “Yo creo que pronto me dan de alta, el sábado es la plática en la universidad y yo creo que sí voy a poder ir... y fíjate que quiero que me pidas un libro”.

Dos días antes de fallecer, el 22 de octubre de 2022, fue a la universidad a escuchar la plática de Helikón; se despidió, contento, de las personas que fueron tan queridas para él en ese espacio. Horas más tarde, le hicieron un reconocimiento por su trayectoria taurina en la Cava Domecq, en compañía de su familia y amigos taurinos. Al terminar la comida, caminamos todos juntos hacia la plaza de toros, como si fuera una premonición y lo cargáramos en hombros por la plaza de la vida. Disfrutó de su última tarde de toros por todo lo alto y llegó a casa cansado y satisfecho por el día. Al día siguiente, se quedó en casa descansando, leyendo sus libros en su biblioteca, en su casa; contemplando la fuente del patio y reflexionando en soledad el ajeteo y regocijo del día anterior. Murió al día siguiente.

A las cinco de la tarde.

¡Ay qué terribles cinco de la tarde!

¡Eran las cinco en todos los relojes!

¡Eran las cinco en sombra de la tarde!²

Eran las dos de la tarde en todos los relojes del día 24 de octubre de 2022. Todos los 24 de octubre, para mí, siempre son las dos de la tarde.

En una de sus últimas entrevistas, dijo: “Toda la humanidad ha hecho la lucha de que vivamos para siempre... ¿cómo vamos a vivir siempre? Querer prolongarlo indefinidamente a mí me parece una falta de sentido de lo que es la vida”. Todo fue vida, mucha vida. Eran las dos, en luz, de la tarde, y lloramos todos, lloramos porque vivió.

2 Federico García Lorca, “Llanto por Ignacio Sánchez Mejías”, en *Poesía completa*. Galaxia Gutenberg, 2019, p. 570.

La tauromaquia de Alfonso Pérez Romo

Juan Ángel José Pérez Talamantes

Durante el jueves 1 de diciembre y viernes 2 de diciembre de 2022, la Benemérita Universidad Autónoma de Aguascalientes organizó un homenaje póstumo al Doctor Alfonso Pérez Romo. El texto que sigue fue presentado en la mesa redonda “Hombre taurino”, que fue una de las actividades del segundo día. Al finalizar hay una coda, que no fue incluida en el original, pero ha sido agregada para los propósitos de este libro.

Lejos de la osadía de plantear algunas ideas sobre la teoría y práctica del toreo, me propongo compartir los gustos y detalles que más disfrutaba mi padre de esta fiesta. Sobre todo, por dos razones: en principio, porque tuve el privilegio de acompa-

ñarlos durante mucho tiempo a todo tipo de eventos taurinos, corridas, novilladas, tientas, festivales, visitas a ganaderías, juntas con empresarios y demás actividades relacionadas con la tauromaquia; en segundo lugar, porque en los últimos años compartimos una variedad de puntos de vista y conversaciones sobre lecturas que ambos hicimos de libros especializados en temas taurinos, filosóficos y culturales relacionados con el tema que nos ocupa.

Lo que pudo ver

Aunque mi abuelo era español, inmigrante por la guerra en Marruecos, la afición taurina no llegó por línea paterna, sino materna. Mi padre me contó en varias ocasiones que fue su tío, Pedro Romo de Vivar y Ruiz Esparza, primo hermano de su mamá, quien lo llevó por primera vez a los toros, cuando todavía era niño. El tío Pedro fue quien le indujo una afición que abrazó y amó, literalmente, hasta el último sábado de sus días.

En 1942, mi padre, entonces un joven de 18 años, estudiaba medicina en la Ciudad de México. Pese a la austeridad que implica la vida de estudiante, siempre tuvo oportunidad de ir al Toreo de la Condesa los días de corrida. “Todos los domingos se llenaba la plaza”, me decía. Al final de su vida, cuando nos juntábamos en mi casa a ver la temporada grande de la Plaza México, le entristecía darse cuenta de que había más cubeteros que público en los tendidos. Meses antes de su partida, tuve la fortuna de que llegara a mis manos un ejemplar del libro *Historia de la Plaza El Toreo, Época de Oro (1929-1946)* de Guillermo E. Padilla. Cuando se lo mostré, se puso a revisarlo detenidamente, página por página. Con nostalgia, fue revisando los reportes de cada tarde, a la vez que recordaba las ocasiones, de aquellos tiempos, en que tuvo oportunidad de asistir. Verlo sentado, en mi biblioteca, mien-

tras pasaba revista a sus años de juventud, es una hermosa imagen que permanecerá en mí por el resto de mis días.

El ya referido libro comprende un periodo donde se produjo “el boicot del miedo”. El temor cerval de Marcial Lalanda por el maestro Fermín Espinosa, gran figura en todo el orbe, a quien los españoles vieron como amenaza, generó la expulsión de los toreros mexicanos de la península ibérica. El Gobierno de México intentó hacer gestiones para mediar, pero Marcial Lalanda y la Sociedad de Matadores expulsaron a los toreros mexicanos como si fueran unos apestados. Juan Belmonte lo llamó “el boicot del miedo”. El 28 de junio de 1936 se embarcaron en la Coruña seis matadores de toros, 13 subalternos y 18 novilleros en el buque Cristóbal Colón que partió rumbo a Veracruz. No fue el primer veto: en los años 20, el sindicato de toreros españoles le había impedido a Rodolfo Gaona vestirse de luces. Tampoco fue el último. En 1947, ante los triunfos rotundos de Carlos Arruza, volvieron a vetar a los toreros mexicanos. En 1957 se rompió nuevamente el intercambio entre toreros mexicanos y españoles, en esta ocasión, para frenar el paso arrollador de Joselito Huerta.

Las consecuencias del boicot del miedo de los años 30 fueron desastrosas para los toreros españoles, pero, irónicamente, favorables para la tauromaquia mexicana. Poco tiempo después inició la Guerra Civil Española y los toreros peninsulares no pudieron venir a México, donde inició lo que ahora se conoce como la Edad de Oro del toreo mexicano. Sin el concurso de los españoles, México alcanzó su independencia y autonomía taurina. Mi padre fue testigo de todo ello.

El toro

Antes y después de la pandemia, le costaba trabajo entender los cambios en la ganadería brava en México. Nunca fue partidario del toro pastueño, de embestida dulce y bobalicona. Se

pasaba algunas tardes contando las veces en que un matador citaba con la muleta a un toro sin que pasara. Llegó a contar nueve o diez cites sin que la nobleza del burel obsequiara un pase. No fue partidario de la manipulación genética para que el toro bravo diera faenas de exhibición para el torero. Decía que, hoy día, las corridas son exhibiciones de los toreros que incluso llevan sus toros escogidos para regalar, en caso de que las cosas no les salgan bien.

Los toros deben ser bravos, entrañar peligro de forma tal que la Fiesta cobre sentido y la participación de los toreros sea una exposición auténtica de su valentía, con la intención de crear arte en la ofrenda de sus vidas, para que el público se conmueva al presenciar las adversidades de la vida y la naturaleza. Alejar el peligro, suprimir el riesgo, asegurar el triunfo y desterrar la fatalidad, al menos como algo latente, elimina el aspecto ritual del toreo y lo transforma en un espectáculo sin sentido profundo, en una petulancia y no en una ofrenda; algo que a pocos divierte y a nadie hace participar. Por eso las plazas están vacías.

Lo que le gustaba

Ante el predominio del toreo de muleta, es cada vez más extraño el toreo de capa, del cual disfrutaba mi padre. Conocía, puedo decir, todos los quites o, al menos, la mayoría de las suertes que ya viven sus estertores de extinción. La orticina, la tapatía, el quite de oro, los mandiles, las crinolinas, las serpentinatas, el manguerazo, la revolera, las chicuelinas, la dulzura y profundidad de las verónicas, las tafalleras, las saltilleras, los quites del bú, la mariposa, las gaoneras, el quite por las afueras, el quite por tapatías; en fin, todas las suertes que solamente se ven en los libros, y ocasionalmente en los ruedos, fueron admiradas por mi padre, aunque quizás la caleserina era su predilecta. El ritmo y la cadencia impuestos por el Calesero

eran inigualables: la solemnidad, quietud y cadencia hacen de su quite y de su ejecución, por su creador, una magnífica obra de arte.

Los nombres que aparecían con frecuencia en sus conversaciones eran José Ortiz, Jesús Solórzano, el Calesero, Francisco Gorráez, Lorenzo Garza, el Soldado, Balderas, Silverio, Gregorio García, Luis Briones, Luis Procuna, Eduardo Solórzano, Carlos Arruza, Fermín Rivera, pero siempre tuvo una admiración y respeto muy especial por don Fermín Espinosa, a quien reconocía tanto por su condición de primera figura del mundo como ciudadano, por su sencillez, bonhomía y buen trato. Cultivó una amistad muy especial con don Alfonso Ramírez “el Calesero” y con don Rafael Rodríguez; el cariño y admiración que sintió por ellos se vio reflejado en sus libros *El aroma del toreo* y *El sentido profundo del toreo*, respectivamente.

Mi padre solía platicarme de las verónicas de Jesús Solórzano, del Soldado, obras de arte que fueron apreciadas no sólo en México, sino en todo el orbe taurino. De los toreros españoles, de Curro Puya, primer Gitanillo, admiró sus verónicas por su dramatismo y expresión; de Pepe Luis Vázquez, su elegancia y sencillez, la solemnidad de lo sencillo, la grandeza y elocuencia de lo simple. Admiraba el toreo de Juan Ortega, de quien decía que su toreo de capa era similar al del primer Gitanillo, incluso le llamaba “Gitanillo redivivo”. De Pablo Aguado, su memorable faena en Sevilla, le hizo recordar a su admirado Pepe Luis Vázquez; de Morante de la Puebla, su histrionismo y expresión le emocionaban, así como las corridas bravas de Victorino, de Victoriano del Río o de Fuente Ymbro. Todo esto le emocionaba.

El primer tercio, también casi por desaparecer, era una suerte que le gustaba, en donde un toro es colocado a distancia razonable, pero fijo hacia el caballo. Así se apreciaba su arrancada y empuje en la suerte de varas, en todo lo alto, aguantando; no como ahora que apenas señalan el puyazo al encuentro, sin fijeza porque le dejan el toro bajo el peto o el

toro se encuentra huyendo con el caballo. Las banderillas, desde don Fermín Espinosa y Carlos Arruza, hasta su época de empresario, cuando trajo a Víctor Mendes, a Nimeño II, al Soro, y se confeccionaban carteles con Manolo Arruza y César Pastor, fue una suerte que siempre llamó su atención. Hoy son un alarde, las más de las veces sin gracia y sin poesía; justo el caso contrario de don Fermín y Gallito.

Puedo decir que el toreo de muleta también le causó frecuentes exaltaciones, quizás no tantas como las anteriores, pero claro que disfrutaba. Pienso en Manolete, Silverio, don Rafael Rodríguez, Francisco “Paco” Camino, Manolo, Curro Rivera, Capea, Ponce, Fermín y Miguel Espinosa; todos toreros de arte y verdad, cuya honestidad y profesionalismo siguen ilustrando páginas de la historia del toreo moderno. De la suerte de matar siempre fue partidario de que se hiciera en corto, por derecho, ya fuera natural o en suerte contraria, pero sin salirse de la suerte, haciendo técnicamente el volapié de manera perfecta. Camino, Lomelín, Fermín y Miguel son algunos de los nombres de matadores a los que guardaba especial atención y respeto por su forma de matar a los toros.

Desde luego, Manolete fue para él la representación del cambio radical en el toreo, de hecho, lo reconocía como el eslabón fundamental del toreo moderno. Fuertemente criticado por su toreo lineal de muleta y su cite a pies juntos o de perfil, sin cargar la suerte; su quietud, solemnidad y profundidad produjeron un cambio esencial. Le gustaba decir que cuando era joven se inspiraba en la quietud de Manolete para torear. Decía que así empezó a disfrutar de su toreo propio, tanto en tientas como en festivales taurinos.

El sentido profundo del toreo

¿Qué era la Fiesta para mi papá? ¿Cómo la entendía? ¿Qué significado tenía para él? Son preguntas que trató de respon-

der y dejar constancia de ello en los libros que sobre temas taurinos escribió. Nunca pensó en la Fiesta como un espectáculo, ni como aficionado ni como empresario. El sentido sagrado del toreo y su simbología fueron temas que siempre le apasionaron. Ir a los toros era un ritual, no una visita social a la feria. Su observación era silenciosa y bastaba un intercambio de miradas entre él y yo para saber qué nos queríamos decir. Aficionado chipén, sin lujos, con sobriedad y señorío: la sencillez y el trato amable por doquiera lo distinguían. Esta actitud ceremoniosa ante la tauromaquia la sostenía incluso cuando conmigo veía las transmisiones, vía remota, de las corridas de toros. En esos días, mi padre llegaba temprano a mi casa para verlas y, en las tardes, por si no fuera suficiente, veíamos la repetición.

Aunque siempre fue un dominio de prudencia y de respeto, había detalles que le generaban cierta molestia. ¿Le molestaba el ambiente ferial? Sí, a veces. ¿Le molestaba el grito villamelón? Sólo las necesidades éticas de los feriantes. ¿Le molestaba el aficionado sabiondo que a todos quiere enseñar? Aunque los escuchaba con educación, no le agradaban. Su oposición a que los toros fueran considerados espectáculo, sin sentido ético o catártico entre público y torero, fue en todo momento una idea que guiaba su afición. Ir a los toros era la esperanza de un ritual nuevo, de encontrar una nueva forma de entender el riesgo, la muerte, la vida y el arte.

Ésta fue su manera de entender la Fiesta: el torero enfrenta las adversidades de la vida, sus límites y los peligros de la naturaleza en armonía con el público que admira el valor y la entereza del torero cuando expresa su sentir al enfrentarse a ello. El oficio litúrgico del matador, y hasta la elección de los colores en los ternos de torear, le representaban valores y formalismos rituales. En esto, recuerdo a Enrique Tierno Galván: “Tomada en su modo de ser más profundo, la esperanza, lo es por la fe; de manera que, perder la esperanza en algo supone desasirse de la

fe y, por ende, también del amor... Los toros, por el contrario, son riesgo y amor al riesgo". Mi padre, a su vez, dijo:

Si se diluye y atenúa la bravura, se pierde la razón de ser de su poder simbólico y muere con ello la razón de ser de la corrida como rito mágico-religioso, que es lo que le da solemnidad y trascendencia y lo que la defiende de caer simplemente en espectáculo negocio como tantos otros que hoy en día nacen y mueren en cruda competencia por deslumbrar y excitar a multitudes hipotecadas por lo electrónico.

Como vemos, fe, riesgo, amor, solemnidad, mito, son algunas de las palabras que unen a la gente taurina. Sin embargo, para mi padre, la tauromaquia fue un acto de esperanza, un acto de fe en la creatividad y el insondable valor del torero ante las adversidades y el peligro de la muerte. Nada más vulgar que confundir ese gran hacer con una representación que destierre todo peligro, que elimine todo misterio, que anticipe y asegure el triunfo como una presunción sin valor, sin sentido profundo, como él decía. Bien visto, ese sentido profundo no debería de perderse en ningún aspecto de la vida.

Conservaré siempre sus ideas y trataré de transmitir las a mis hijos, familiares y amigos, en defensa, no sólo de su memoria, sino de la esencia misma de la Fiesta, del sentido profundo del toreo y de lo que significó para él la tauromaquia.

Coda

De regreso a casa, acompañado por sus nietos y su hija, sufrió el primer accidente. El cuerpo del hombre que soportaba la estructura familiar dio consigo en el suelo. Se tropezó con unas piedras. Algún golpe, escoriaciones, hematomas. Todo sanó a los pocos días, restaurando su imagen y fortaleza como si nada

hubiera pasado. A los pocos años, hizo un viaje de estudios a España, con la intención de recorrer, con su alumnado, al menos parte del Camino de Santiago. En la escalinata de un monasterio en Estella, cayó. Los golpes fueron más severos, pero pronto pudo recuperarse, gozando del donaire de siempre. Cuando los días que le pertenecieron se acercaron a los 90 años, trabajando como un joven, caminando en los jardines de su querida universidad rumbo a algún auditorio, volvió a caer. Algún estudiante, quizá algún funcionario o maestro, le ayudó a reincorporarse y, como si eso no hubiera existido, siguió. Finalmente aceptó usar bastón. Fue un gran dolor para su alma aceptar la vejez de su cuerpo.

Nos acostumbramos al sonido de sus pasos, precedidos de un tercer acompañante que, con rítmica armonía, nos recordaba el inexorable e imperdonable paso del tiempo.

— Hay corrida en Madrid, te invito a verla en mi casa
—le dije.

Sus pasos, casi musicales, a tres tiempos, se presentaban en mi casa. Colocaba su bastón en un banco y se sentaba cómodamente a ver la corrida de toros.

— Me voy, hijo, tengo trabajo pendiente —decía cada domingo.

Aquí sigue su bastón en el mismo sitio en que lo dejó. Seguramente la armonía de sus pasos y de su vida descansan en otro camino. Ya no necesita de su ayuda. Yo sí.





Semblanzas

* El orden de aparición corresponde con el orden del índice.



Jorge Terrones: Aguascalientes, 1982. Escritor (ensayista, crítico y dramaturgo). Doctor en Arte y Cultura. Profesor de la Benemérita Universidad Autónoma de Aguascalientes. Miembro de la Asociación Internacional de Críticos de Arte (AICA, sección México). Miembro del Sistema Nacional de Investigadores (SNI 1). Fue fundador y curador de la Cátedra Víctor Sandoval en Crítica de la Cultura del Instituto Cultural de Aguascalientes, de 2017 a 2022. Autor de los ensayos *Tres sardinas en un plato e ideas nómadas: arte contemporáneo y Octavio Paz* (2016); *Juan disparó a un buitre que caminaba con pintura azul: un relato sobre arte en Aguascalientes* (2021); *1952: año cero. Rescate de la revista ACA* (2021); *Antes del herrero y después de la eternidad: puntos ciegos de la obra de Víctor Sandoval y Salvador Gallardo Dávalos* (2022); del libro de entrevistas *El pintor nocturno: conversaciones con Juan Castañeda* (2023); de la obra de teatro *El vuelo de Thelma* (2021) y del libro de ensayos/memorias *Recuerdo* (2022). Su libro más reciente es *No haber escrito nunca es mejor: David Markson y México*

(2024). Premio Desiderio Macías Silva (2007). Premio Nacional de Ensayo Joven Octavio Paz (2014). Premio Bellas Artes de Ensayo Literario Malcolm Lowry (2022). Sólo tres hidrocálidos, hasta ahora, han ganado un Premio Bellas Artes: Desiderio Macías Silva, en 1972; Benjamín Valdivia, en 1987, y él.

Xavier González Fisher: Aguascalientes, 1959. Licenciado en Derecho por la Universidad Autónoma de Aguascalientes. Maestro en Derecho Económico y Corporativo por la Universidad Panamericana. A partir de febrero de 2008, notario número 16 del estado de Aguascalientes. Es autor o coautor, entre otras, de las siguientes publicaciones relacionadas con la Fiesta de los Toros: *Plaza de Toros San Marcos. Imágenes de un siglo* (coautor, 1996); *Tocados por los duendes. Diez figuras de la edad de plata del toro en México* (2000); *Alfonso Ramírez El Calesero. El poeta del toro* (coautor, 2004); *Plaza Monumental de Aguascalientes. Ecos de 30 años. 1974-2004* (coautor, 2007); *El-hombre-que-no-cree-en-nada. Un siglo de toros. Antología* (coautor, 2013); *Soñadores de gloria. La vocación del toro en el mundo* (coautor, 2014).

Otto Granados Roldán: Aguascalientes, 1956. Estudió Derecho en la UNAM y Ciencia Política en El Colegio de México. Ha publicado *Reforma educativa* (2018); *El proyecto educativo de la revolución mexicana* (1992); *El sistema político mexicano y el PRI* (1989); *Estado y rectoría del desarrollo en México: una perspectiva política* (1988); *Las organizaciones campesinas* (1983); *La iglesia católica mexicana como grupo de presión* (1981) y *Salvador Alvarado y la Revolución Mexicana* (1980), así como ensayos sobre educación y políticas públicas en diversas obras colectivas. Ha sido funcionario público, académico, diplomático, conferencista y colaborador habitual en diarios y revistas, tanto de México como del extranjero.

Jesús Eduardo Martín Jáuregui: Aguascalientes. Abogado. Maestro universitario. Taurino en retiro. Egresado de la Universidad Nacional Autónoma de México. Notario público 19 en Aguascalientes, México. Consejero electoral del estado. Presidente del Consejo de Transparencia del ayuntamiento. Expresidente de la Comisión Estatal de Derechos Humanos de Aguascalientes. Integrante del Comité Técnico del Mecanismo Nacional de Prevención de la Tortura. Maestro de Derecho Romano y de Hermenéutica Jurídica en la Universidad Autónoma de Aguascalientes. Miembro fundador de la Academia Mexicana de Derecho Notarial. Maestro fundador de la Universidad Autónoma de Aguascalientes, de la Universidad Panamericana campus Bonaterra y de la Universidad La Concordia. Miembro fundador del Centro de Investigación y Estudios Literarios de Aguascalientes (CIELA-Fraguas) y del Grupo Cultural “El Reborujo”. Miembro correspondiente del Seminario de Cultura Mexicana.

David Clemente Sánchez: Aguascalientes, 1943. Contador público por la UNAM. Auditor en el despacho PriceWaterHouse. Director de Finanzas en Grupo Antenor Patiño. Asesor financiero independiente de varias empresas y director accionista de empresas proveedoras de hoteles. Director general de empresas taurinas, administrando todas las plazas de toros del país de primera categoría, con excepción de la Plaza México. Aficionado taurino, criador de caballos y cazador.

María Teresa Arellano Madrazo Vda. de Rodríguez[†]: Aguascalientes, 1933-2024. Sus primeros años de estudio los recibió de su madre, en casa, para después continuarlos con su institutriz inglesa, miss Alice Arnold. Posteriormente cursó la secundaria en el Instituto Guadalupe Victoria, con las madres de la Esperanza, para culminarlos en Toronto, Canadá, donde estudiaría idiomas. El 30 de abril de 1956 se casó, en la Catedral de Aguascalientes, con el matador de toros Rafael

Rodríguez Domínguez. Dedicada al hogar, nunca ha dejado de lado lo que sus padres le inculcaron desde muy corta edad: el profundo amor por Aguascalientes.

Javier Borrego Estrada: Zacatecas, 1962. Ingresó a la Universidad Autónoma de Zacatecas en 1980, donde estudió en la Facultad de Medicina Veterinaria y Zootecnia. Hizo amistad con don Antonio Llaguno Ibarguengoitia (50 años mayor que él), donde aprendió todos los secretos de la crianza del toro de lidia, que lo llevaron a convertirse en ganadero en el año de 1987, a la edad de 25 años, y a fundar su ganadería Santa Bárbara, en Encarnación de Díaz, Jalisco, la cual, posteriormente, en 1991, fue trasladada al Rancho Presillas, en San Pedro Piedra Gorda, Zacatecas. Fue director de Servicio Social (1984-1991) del gobierno del estado de Zacatecas; director operativo de las plazas de toros “Caletilla” de Acapulco y Monumental Lorenzo Garza de Monterrey, de 2004 a 2007, con Espectáculos Taurinos de México; gerente del Patronato de la Feria Nacional de San Marcos de 2008 a 2009 y coordinador de Enlace Legislativo del gobierno del estado de Aguascalientes de 2009 a 2010. Como ganadero, ha sido acreedor de diversos premios: a mejor toro y mejor encierro en las Plazas de Aguascalientes, León, Torreón, Tijuana, San Luis Potosí y Querétaro, además de que le han indultado 12 toros durante su trayectoria ganadera.

Librado Jiménez: Alteño de Jalostotitlán, Jalisco. Tiene 76 años. Desde niño, gracias a la cercanía de sus padres con el mundo taurino y a las amistades de ellos en el mundo del espectáculo, desarrolló una profunda y fundamentada afición taurina, así como un amor e identificación con la cultura popular y el folclor. Con estudios incompletos en sociología, se ha desarrollado como lector insaciable de literatura e historia, también ha explorado el arte en diversas manifestaciones, pintando, ilustrando, actuando y escribiendo. En 15 años, en

Aguascalientes, ha hecho la investigación, guion y dirección de más de 25 documentales para TV UNAM y UAA TV. Ha trabajado en diversas áreas de la producción cinematográfica, de radio y de televisión, al igual que en teatro. Autor del libro de cuentos *Hasta la cocina* (2015).

Carlos Landeros Gallegos: Aguascalientes, 1935. Estudió en la entonces Escuela de Economía y Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México. Obtuvo una beca del Instituto de Cultura Hispánica para estudiar Ciencias y Técnicas de la Información en Madrid. Estudió Letras Inglesas en la Universidad de Cambridge, Inglaterra. Fue ministro consejero de la Embajada de México en Inglaterra, cónsul general de México en Nueva York y subgerente de Comunicación Social en Pemex. Se inició en el periodismo en el periódico *El Día*, posteriormente en *Excelsior* y en las revistas *Siempre!*, *La Capital* y *Casas & Gente*. Fue corresponsal de la agencia noticiosa EFE. Ha realizado más de 300 entrevistas a diversas personalidades en México y en diferentes países. Tiene publicados varios libros de entrevistas, crónicas y reportajes, algunos de los cuales son: *Los narcisos* (1983), *Los que son y los que fueron* (1985), *El desamor* (1986), *Los inolvidables* (1999), *Protagonistas de su tiempo. Antología periodística 1963-2010* (2010), *Grandeza y decadencia de la fiesta brava* (2016).

Ignacio Ruelas Olvera: Ha estudiado Ingeniería Industrial, Derecho y Filosofía. Ha trabajado como secretario del jefe del ejecutivo del estado. Fue integrante de la LII Legislatura del Congreso del Estado de Aguascalientes; director de Planeación Educativa en Aguascalientes; asesor del secretario técnico de la Comisión Federal Electoral; delegado del Registro Nacional de Electores, Instituto Federal Electoral e Instituto Nacional Electoral; vocal ejecutivo en las Juntas Locales Ejecutivas de Aguascalientes y Ciudad de México; director ejecutivo del Servicio Profesional Electoral y secretario ejecutivo encargado del

despacho de la Junta General Ejecutiva del IFE; en el INE, delegado en Aguascalientes y director ejecutivo de Administración. Ha sido, durante 24 años, editorialista del *Hidrocálido* y de XEBI.

Jacinta Ruiz Rabasa: Licenciada en Administración de Empresas por la Universidad Panamericana. Bisnieta, nieta e hija de ganaderos de toros bravos. Sus padres fueron Rafael Ruiz Villalpando (banquero, ganadero y editorialista) y Ana Elena Rabasa de Ruiz Villalpando (doctora en Filosofía, profesora en la Universidad Pontificia de México y ganadera), los cuales fundaron la ganadería De Villalpando, que fue bautizada por el matador Carlos Arruza. Inició su camino en la escritura taurina en 1989, derivado de la muerte de su hermano, el matador Jorge Aguilar “el Ranchero”. Su narrativa breve describe lo que los toros han influido en su vida. Ha participado en diferentes programas de radio y ha publicado en diferentes revistas impresas y páginas web, como *El Redondel*, *Matador*, *Sangre Seda y Sol*, entre muchas otras. Desde 2005, tiene bajo su responsabilidad difundir, editar y publicar la obra de su bisabuelo, Victoriano Salado Álvarez. De este proyecto, a la fecha, en colaboración con la UNAM, la Universidad de Guadalajara y el Colegio de Jalisco, se han publicado 6 de 12 tomos. Está en proceso de edición otro volumen de esta colección, que se presentará en la Feria Internacional del Libro de Guadalajara, en 2024.

Ximena Ruiz Rabasa: Nació en la Ciudad de México. Vive en Marfil, Guanajuato. Se ha formado en la Escuela Superior de Administración de Instituciones (ESDAI), donde estudió la Licenciatura de Administración de Instituciones. En la Universidad Nacional Autónoma de México, dentro del Centro de Enseñanza para Extranjeros, ha cursado diplomados de historia, literatura y arte de México. Ha formado parte de los talleres de cuento en la Casa del Lago Juan José Arreola (UNAM), en la Casa Universitaria del Libro (UNAM) y participado en el

taller de creación literaria de la Universidad de Guanajuato. Ha impartido varias conferencias en la Alhóndiga de Granaditas de la ciudad de Guanajuato, como “El Siglo de Oro”, “Imaginoterapia (terapia del dolor o la pérdida a través de la imaginación)” y “Gastronomía y literatura”. Asimismo, en el Seminario de Escritura de la UNAM, impartió la charla “Los ritos del escritor”. Junto con su marido, tiene un pódcast, “La voz de la letras”, en el cual hablan acerca de escritores, historia, música y arte. Ha publicado un libro de cuentos y minificción bajo el sello de editorial Terracota, además de participar en antologías de cuento. Actualmente termina su primera novela: *El circo de Ovidio*.

Andrés Reyes Rodríguez: Originario de Aguascalientes, México. Profesor-investigador en el Departamento de Historia de la UAA. En el ámbito laboral también se ha desempeñado como director del Centro INAH Aguascalientes y como director fundador del Instituto Municipal Aguascalentense para la Cultura (IMAC). Es licenciado en Sociología, maestro en Estudios Regionales y doctor en Antropología Social. Miembro de la Asociación de Historiadores Latinoamericanistas Europeos (AHILA), de la Sociedad Mexicana de Estudios Electorales y de la Asociación Latinoamericana de Ciencia Política (ALACIP). La principal línea de investigación que ha trabajado se refiere a Democracia, elecciones y cultura política. Es autor de 12 libros como autor principal y de varios ensayos sobre política local del siglo XX. Es miembro del Sistema Nacional de Investigadores desde 1996, fue reconocido en 2012 como Premio Aguascalientes en Ciencias Sociales y forma parte del Seminario de Cultura Mexicana, capítulo Aguascalientes.

Eudoro Fonseca Yerena: Aguascalientes, 1956. Estudió la Licenciatura en Derecho en la Universidad Autónoma de San Luis Potosí; la Maestría en Ciencias Sociales en la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO); realizó estudios de

historia en la Universidad Complutense de Madrid; de ensaismo hispánico en el Instituto Ortega y Gasset y de literatura latinoamericana en la Universidad de Salamanca, España. Ha sido profesor en la Universidad Autónoma de San Luis Potosí, en El Colegio de San Luis, en la Universidad Pedagógica Nacional, en la Universidad Autónoma de Aguascalientes y en la Universidad de las Artes del ICA. Ha dictado cursos y conferencias en diferentes instituciones. Ha publicado seis libros de poesía. Ganó el Premio Manuel José Othón que otorga el gobierno del estado de San Luis Potosí y el Premio Ramón López Velarde, otorgado por el gobierno del estado de Zacatecas y la UAZ. Fue presidente del Instituto de Cultura de San Luis Potosí, director general de Vinculación Cultural del Conaculta, director de Educación Artística Superior del Instituto Cultural de Aguascalientes, director del Centro de Investigación para el Desarrollo Cultural y la Educación Artística del INBA y director general del Centro de las Artes de San Luis Potosí.

Agustín Ramón Morales Peña: Nació en el Barrio del Encino, en Aguascalientes. Remonta su afición a las brumosas imágenes de las novilladas a las que acudía, acompañado de su padre y de su tío Ramoncito Morales, a la Plaza San Marcos, en los ya lejanos años 70 del siglo pasado, y al íntimo orgullo de la brevísima reseña contenida en el volumen III del Cossío, donde refiere el hecho de que su citado tío vistió de luces, justo en dicho coso, en una única aparición, donde, *mutatis mutandis*, el padrino compareció con menos fortuna que suerte. Comunicólogo y lingüista de formación, tiene siete volúmenes de poesía publicados y algunos cientos de artículos en diarios y revistas locales, unos cuantos dedicados a los asuntos taurinos, los que también ha tratado en tertulias de la radio y la televisión, alguna vez de vocación exclusiva a la tauromaquia, como la serie Fiesta Brava, que condujo con Ramón Francisco Ávila Rivera “Yiyo”, a principios de los años 90, en la emisora local de Televisa. Apasionado de los toros a perpetuidad, se define

como un diletante de la Fiesta, un desencantado de cómo se manejan los asuntos taurinos en nuestro país y un comentarista de los asuntos tauromáquicos casi en retiro o en retirada.

Jesús Antonio de la Torre Rangel: Aguascalientes, 1952. Académico e investigador. Licenciado en Derecho por la Escuela Libre de Derecho, maestro en Derecho por la Universidad Iberoamericana y doctor en Filosofía por la Universidad Nacional Autónoma de México. Es profesor e investigador de la Universidad Autónoma de Aguascalientes y profesor-tutor en la Maestría en Derecho Constitucional y Amparo de la Universidad Iberoamericana León. Miembro del Sistema Nacional de Investigadores (SNI II). Ha publicado tres decenas de libros donde aborda temas relacionados con el derecho y la filosofía. También ha publicado alrededor de 100 artículos, 9 reseñas de libros y 12 prólogos. Ha sido premiado en diversas ocasiones: Premio Alejandro Topete del Valle al libro del año (1983); Premio Aguascalientes al Desarrollo de las Humanidades (1993); Medalla Rotary al ciudadano ejemplar (2011); Premio Universitario al Mérito en Investigación, Ciencias Sociales (2013); Premio Nacional en Investigación Jurídica (2014), otorgado por la ANFADE; y el reconocimiento por su labor y trayectoria en la defensa y promoción de los derechos humanos en beneficio del pueblo de Aguascalientes, otorgado por la Comisión Estatal de Derechos Humanos del Estado de Aguascalientes, en 2014.

María del Carmen Pérez Talamantes: Aguascalientes, 1952. Licenciada en Filosofía y maestra en Docencia por la Universidad Autónoma de Baja California (UABC), doctora en Educación por la Universidad Iberoamericana Tijuana. Fue profesora de licenciatura y posgrado durante 22 años en la Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales y en la Facultad de Artes de la UABC. Ha dirigido tesis de licenciatura y posgrado; publicado artículos e impartido conferencias y talleres con

temas de educación, arte y ética. Fue directora del Departamento de Humanidades y Ciencias Sociales en la Universidad Iberoamericana Tijuana durante el periodo 2014-2018; coordinadora de Formación Docente del 2012 al 2014, periodo en el que igualmente ahí impartió clases en licenciatura y posgrado. Fue directora fundadora de las sedes Tijuana y Ensenada de la UNID, de 2006 a 2012. En la UAA, participó como expositora invitada en los Diplomados Arte y cultura griega; Arte y cultura medieval; Arte que ha transformado la civilización y La mujer en el arte. Actualmente es profesora adjunta de Introducción a la Filosofía y a la Ética en la San Diego Global Knowledge University.

Cecilia Pérez Talamantes: Originaria de la ciudad de Aguascalientes. Es licenciada en Historia por la Universidad Autónoma de Aguascalientes, donde también obtuvo el Doctorado en Ciencias Sociales y Humanidades en 2011, con el tema de investigación “El valor y los alcances de la autonomía universitaria. El caso de la Universidad Autónoma de Aguascalientes (1973-2000)”. Se ha desempeñado como profesora-investigadora en el Departamento de Historia de la UAA, en la Escuela de Pedagogía de la Universidad Panamericana (campus Bonaterra), así como en la Universidad Pontificia (campus Aguascalientes). En la UAA, ha participado como docente en los diplomados La vida de México en las artes a través de sus poetas, escritores y artistas plásticos; Arte que ha transformado la civilización y El curso del pensamiento religioso a través de la historia. Es miembro de la Red de Historia de las Universidades Estatales de México y la Sociedad Aguascalentense de Historia, Geografía y Estadística. Es autora de dos libros sobre autonomía universitaria, publicados por la Universidad Autónoma de Aguascalientes: *El valor de la autonomía: Universidad Autónoma de Aguascalientes, partidos políticos y procesos electorales* (2007) y *Autonomía y gobierno, una relación en claroscuro* (2015).

Ingrid Pérez Tangassi: Oriunda de Aguascalientes, Ags. Licenciada en Derecho por la Universidad Autónoma de Aguascalientes y Máster en Derechos Fundamentales por la Universidad Carlos III de Madrid. Se ha desempeñado como abogada litigante y como practicante en la Oficina de Derechos Humanos del Ministerio de Asuntos Exteriores y Cooperación del gobierno español, en temas relacionados con derechos de personas con discapacidad y situación general de los derechos de países africanos en contacto con el gobierno español. Fue miembro del Servicio Profesional Electoral Nacional del Instituto Nacional Electoral en el puesto de vocal secretaria de Junta Distrital. Ha sido docente de temas relacionados con derechos humanos y derecho administrativo, e impartido cursos y ponencias en materia de derecho electoral, equidad de género, situación de mujeres en México, así como diversos temas de derechos humanos. Tiene un gusto particular por la lectura y la escritura, por lo que ha coordinado y participado en clubes de lectura y publicado algunos de sus textos. Actualmente, se desempeña como asesora jurídica en la Notaría Pública no. 53 del estado.

Juan Ángel José Pérez Talamantes: Originario de Aguascalientes. Es abogado y notario público de profesión. Egresado de la Universidad Autónoma de Aguascalientes, casa de estudios en la que ha sido profesor por 30 años en la Licenciatura en Derecho, impartiendo materias como Garantías Individuales, Títulos y Operaciones de Crédito, Seminario de Derecho Civil, Derecho Civil para la Familia y Contratos Civiles. Toda su vida se ha dedicado al ejercicio profesional, tanto en el ámbito académico, de litigio y notarial. Fue secretario general de gobierno del estado de Aguascalientes (2007-2010), presidente fundador de la Fundación UAA, A.C. y actualmente es presidente del Patronato de la Universidad Autónoma de Aguascalientes. Es aficionado taurino desde su infancia.

90 años, 10 décadas:
Faenas y luces de Alfonso Pérez Romo

Primera edición 2024
(versión electrónica)

El cuidado y diseño de la edición estuvieron a cargo
del Departamento Editorial de la Dirección General de Difusión
y Vinculación de la Universidad Autónoma de Aguascalientes.

